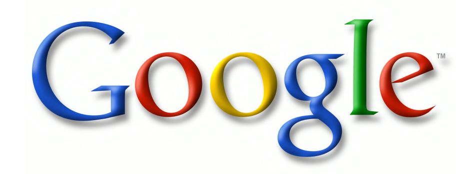
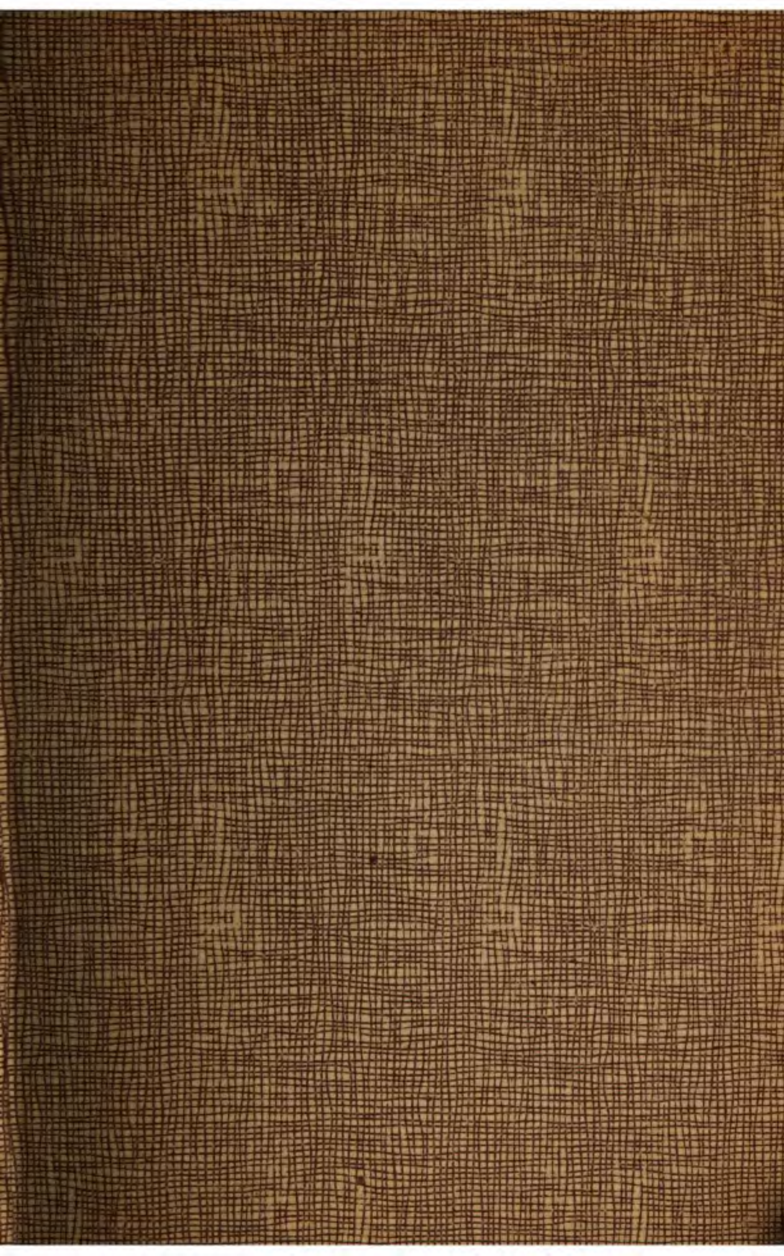




POESÍAS

DE

D. MANUEL CAÑETE,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.



Madrid,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera núm. 8

1859.

Al Excmo. Sr.

D. Antonio de Rueda y Quintanilla,

MARQUÉS DEL SALTILLO, CONDE DEL ROMERAL, VIZCONDE DE LA FUENTE DE DOÑA MARIA, ETC., ETC., ETC.

Tres años se van á cumplir, mi querido amigo, desde que me hizo V. un favor sin tener yo que pasar por el sonrojo de solicitarlo. Este proceder generoso, al que he procurado corresponder lealmente, y que en dias de amargura avivó en mí la fe que siempre he tenido en la Providencia, existirá impreso en mi corazon mientras me dure la vida. Publicándolo en la primera hoja de este libro, depositario de mis pensamientos y afectos, y lo menos malo tal vez que ha salido de mi pluma, cedo al natural impulso del alma, y aspiro á cumplir con lo que exige la gratitud, cuyas deudas, aun satisfechas, no se extinguen para el hombre bien nacido.

Madrid, 25 *de diciembre de* 1858.

MANUEL CAÑETE.

A S. M.[1]

la Reina doña Isabel Segunda,

EN RECUERDO DEL 28 DE JULIO[1].

ODA.

¿Qué voz conturba en aclamar ardiente
La paz de mi retiro?
Ten el rápido giro,
Párate, sol, en el cenit fulgente;
No despeñes tu carro al occidente.
¡Oh instante de consuelo!
¡Oh hazaña del amor! ¡Oh patrio anhelo!
Bañe, bañe tu lumbre
La de ternura y fe plácida escena,
Que de entusiasmo llena
El corazon de hirviente muchedumbre.

¡Luz á mis ojos, á mi mente fuego!
¡Señor, magia y dulzura
A los acentos de mi voz! ¡Oh gloria
No enturbiada con bárbaros despojos;

De angélica hermosura
Pacífica victoria,
Que vierte flores donde trunca abrojos,
Y enfrena la osadía
Del mónstruo vil de la discordia impía!

La Augusta de la tierra
A la Augusta del cielo inmaculada
Va á rendir su oracion. ¿Qué ignoto rayo
En su mejilla y frente nacarada
Pone las tintas del clavel de mayo?
Como busca en arroyo cristalino
Vida y salud la tórtola amorosa,
Tambien así la hermosa
Vuela sedienta al manantial divino.
En júbilo inflamado,
Síguela por do quier un pueblo entèro,
Tremulo de esperanza;
Y, en vivo amor, en el recinto austero
Como raudal se lanza.

Allí do ciėn pendones,
Ornando los sagrados capiteles,
Muestran al mundo hispánicos laureles,
Envidia á las naciones.
Allí donde el recuerdo poderoso
De Méjico y Pavía,

De Orán y de Lepanto,
Honra á la cruz, á la barbarie espanto,
Levántase glorioso
Agitando la ibera fantasía,
Y á nuevos timbres de valor la llama
Y por sus reyes y su Dios la inflama.
Allí do en trono de oro,
Velado en nubes de fragante incienso,
Luce la imágen con fulgor inmenso
De la que impera en el celeste coro, —
Allí acude ISABEL, cándida y bella
Como en el mar la matutina estrella.

Su manto rozagante
De púrpura, en preciadas
Olas de seda y oro deslumbrante,
Cae descuidado en las benditas gradas;
Al doblar la rodilla,
El cúmulo de perlas orientales
No en su diadema brilla
Como dos tiernas lágrimas que ha dado
Amor á su mejilla.
Reina, ¿quién te ha inspirado?
¿Quién derrama en tus ojos y en tu frente
Ese esplendor sagrado?
¿Quién te dicta la súplica ferviente?
¡Oh dicha sin igual de las Españas!

¡Oh puro instante de placer cumplido!
Ya Isabel ha sentido
La bendicion de Dios en sus entrañas.

—«Inagotable fuente de consuelo,
Madre del Salvador y madre mia,
Cuya mirada regocija al cielo,
De cuya luz es sombra la del dia:
¡Ay que otra vez inundan á tu sierva
El ansia y la ventura
Que Dios al gremio maternal reserva!
No agote la amargura
De nuevo en mí su cáliz inhumano;
Haz que florezca mi linaje augusto
En vástago lozano,
Como retoña la raíz del justo.

»Huerto de claridad, gozo del triste,
Madres llegan á ser tus hijas bellas,
Y de gloria su espíritu se viste;
Madre fui yo, y en lúgubres querellas
Súbito prorumpí. ¿Quiso el Eterno
Probar mi corazon en el quebranto,
Porque supiese, tierno,
De los que sufren valorar el llanto?
Humildemente á su rigor me postro;
Pero aún queman las lágrimas mi rostro:

Que el hijo más querido
Es el que llora nuestro afan perdido.

»No me reserves el dolor profundo
Que abrumó á mi rëal progenitora,
Lauro de España, admiracion del mundo.
Su mano triunfadora
Firme plantó las cruces de escarlata
Sobre hundidos imperios,
Donde vuelca Genil ondas de plata;
A su mágica voz dos hemisferios
Estrecháronse ufanos,
Como tras larga ausencia dos hermanos;
Quiso unir de la patria los jirones,
Formar una nacion de cien naciones;
Y cuando el orbe absorto
Cantó su dicha del poniente al orto,
Cuando en el hijo idolatrado puso
El alto fin de su admirable intento,
Y con engaste digno
Las quinas enlazó timbre del luso
Con el leon sangriento,
Cruda segur, en malhadado signo,
Los renuevos tronchó de su alegría;
Y uno tras otro en el sepulcro helado
Los vió caer, y el fruto sazonado
Herencia de extranjera dinastía.

»Nazca el hijo inocente
Que en mis entrañas mora;
Nazca, y su vida sea
Como perpétua aurora:
Crezca varon prudente
Cuya bondad recrea,
Y tu sello inmortal grabe en su mente;
Que si la luz de la justicia es fuego
Que alumbra y purifica,
Es rayo abrasador para el que ciego
Torres de horrenda iniquidad fabrica.
Del fortunado crímen nunca vea
Coronada la sien: ¡ay de los reyes
Cuyo poder por alimento admite
La corrupcion del pueblo y de las leyes!
Ni al huracan imite,
Potencia destructora;
Las lágrimas enjuge
Del infeliz que llora,
Y el ceño á la fortuna desarrugue.

»Nuevo Pelayo, por la patria lidie;
Susténtele la fe de Recaredo;
Venza de Alfonso el triunfador denuedo;
Y que la tierra envidie
La celsitud de su nobleza cuando
Mire estática en él otro Fernando.

»Si la hueste convoca,
Y estalla el bronce, y el clarin resuena,
Batalle por la paz; no en furia loca
Por grandezas efímeras. Si truena
Contra el derecho y la razon sencilla
La popular escoria
Que el lustre de los pueblos amancilla,
Sepa vencer, y no oprimir. La gloria
Nunca ciñe la frente
Del inícuo Neron; cándida brilla
En la virtud clemente
Del magno Tito y vencedor Trajano;
Ni crece su laurel para el tirano.

»Oiga la voz de la verdad; rechace
La de venal sirena,
Que en dorar la mentira se complace
Y el ánimo del príncipe envenena,
Cual víbora engañosa
Que muerde oculta en purpurina rosa.
No corra al precipicio,
Ni sacrifique el alma dolorida
En el altar del vicio.
El sano corazon da al cuerpo vida;
Y no será jamás grande ni amado
Quien ve la luz en régio capitolio,
Si con alta virtud venciendo al hado,

No se hace digno de ocupar el solio.

»Como al soplo de Dios la congelada
Nube, deshecha en bienhechor rocío,
Fecundiza la roca fulminada, —
Al impulso menor del hijo mio
Abra la tierra su agostado seno
En cauces mil al generoso rio;
Y el sediento arenal de abrojos lleno
Beba la linfa pura,
Y brote en plantas de eternal verdura.

»Esquifes voladores,
Alas de su ardoroso pensamiento,
A climas apartados,
Hollando el mar y el viento,
Lleven la limpia fe de sus mayores;
Y canten sus loores
Mil pueblos ignorados,
Por él á la barbarie arrebatados.

»Honre el alto saber; premie el talento,
Que acendra la moral; y monumento
De estímulo fecundo
Alce á la sacra ciencia,
Báculo de la mísera existencia,
Por quien al hombre reverencia el mundo.

»La astuta hipocresía,
Que entre callados áspides se mueve;
La seca envidia, la traicion aleve
No enturbien su alegría.
Sordo á la ofensa, de rencores libre,
De venganza crüel dardos no vibre.
Siempre nació del satisfecho encono
Feral remordimiento,
Que no da paz en su rigor violento
Ni al corazon á quien escuda un trono.

»Como vivas centellas
Del fuego del espíritu, derrame
Palabras de consuelo;
Como lluvia del cielo
Acuda al justo que favor reclame.
Busque dicha en el bien; guarde el tesoro,
Mas válido que el oro,
De sincera amistad; frutos opimos
Reciba de su amor, cual vid que crece
Cargada de racimos;
Y en la piedad afirme su corona:
¡Qué no perdona Dios al que perdona!

»Vírgen, oye mi ruego,
Tú, que la luna huellas, apresura
Su lento giro; de su casto fuego

La varia alternacion súbito pruebe
Dentro de mí, y en plácida dulzura
Al fin de mi anhelar rauda me lleve.
En tí, Madre Santísima, confio:
Bendice el fruto de mi amor; y pueda
Decir al cielo que á Fernando hereda,
Y á mi pueblo decir: Es hijo mio.»—

Calló. ¡Feliz momento!
¿Ha sonreido en el empíreo asiento
La electa del Señor? De gracia llena,
Ungida con el olio
De amor sin fin, la súplica serena
Próvida ofrece en el eterno solio.
¡Presagio celestial! Viva esperanza
Late en el pecho del esposo augusto.
¡Salud, Reyes, salud! Al aire lanza,
Pueblo dichoso, cántico robusto.
¿No escuchas ya la salva atronadora?
Del suspirado sol nuncia la aurora;
Mañana en tu ventura
Lo aclamarás con gritos de alegría
Desde el Ártico mar al que Austro endura,
Y donde nace y donde muere el dia.

Madrid, 1851

A la Luna.

Cándida Luna hermosa,
Que entre el celeste coro
De estrellas, de la noche
Cortejo luminoso,
   Sobre las verdes olas
Del agitado ponto,
Que de Guipúzcoa bate
Los ásperos escollos,
   En argentada lluvia
Derramas el tesoro
De la serena lumbre
Orgullo de tu trono,
   ¿Qué dices á mi pecho
De la mujer que adoro,
Tú, que nublarse miras
En lágrimas sus ojos?
   Cuando la noche tiende
Su espeso velo, y todo
Se rinde á los halagos
Del sueño perezoso,

¿No escuchas los suspiros
Que entrega al lève soplo
De las calladas brisas
Del piélago sonoro?
¿No adviertes cuál asoman
A su divino rostro
De pálida tristeza
Los apagados tonos?
Si á compasion te mueven
Las penas y los votos
De los que ausentes yacen
Viviendo entre sollozos;
Si en el ardiente curso
De tu brillante sólio
Las nubes que te ofuscan
Despiertan tus enojos, —
Disipa ya las nubes
Que alzó, bramando ronco,
Por duplicar mis males,
Destino borrascoso;
Los ímpetus enfrena
Del implacable noto,
Que amenazante ruge
Desde sus antros hondos;
Y trueca de la ausencia,
Astro de paz hermoso,
En plácidas delicias

La soledad y el lloro.
  A los tranquilos rayos
De tu esplendente foco
Las olas ya repiten
Gemidos amorosos,
  Y en las amigas playas
Recogen sus tesoros
Las auras de los montes
En vuelo silencioso.
  Venid, auras süaves,
Honor de estos contornos,
A refrescar mi frente,
A que os respire ansioso.
  Venid, y lleve al alma
Vuestro poder ignoto
Del alma que idolatro
Los ecos misteriosos.
  Y tú, cándida Febe,
Que en encendido trono
De fúlgidos luceros
Endulzas mis insomnios;
  Tú, cuyo tibio rayo,
Cuando abrasaba el soplo
De activa calentura
Mi pecho congojoso,
  Llegaba hasta mi lecho
Para mostrarme en torno

Fantasmas bienhechores
En círculo ilusorio, —
Desciende á estas montañas
De seculares troncos
A recibir las flores
Campestres que recojo.
Desciende, y en las ruedas
Del carro luminoso
Transpórtalas al seno
De la que amante adoro.

La Torriente (Montañas de Santander),
19 de setiembre de 1854.

A D. Manuel Tamayo y Baus.

EPÍSTOLA.

Remembrance still hallows the dust of the dead.
BYRON.

No es mucho que muera como santo
quien como tal haya vivido.
TAMAYO, *La Locura de amor*.

Caro Manuel, los bienes de la vida
Son cual humo fugaz : un solo instante
Desata el rayo y el granizo, y tala
El florido vergel. Así las glórias
De la esperanza y del amor. En vano
La humana ciencia descubrir procura
Los misterios del ser, y de la muerte
La segur embotar. En el lindero
De lo finito y lo infinito, sombras
Y dudas solo la del hombre encuentra
Inteligencia limitada ; y cuanto
Más pugna por romper el triple sello
Del hondo arcano, de sondar ansioso
Lo inescrutable, con mayor presura
Piérdese en intrincado laberinto

De ciegas presunciones, y en la nada
De su orgullosa vanidad se abisma.
Fieles nosotros á la voz augusta
De la fe sacrosanta, reverentes
A los decretos del Señor, ni ansiamos
Sus leyes contrastar, ni maldecimos
De sus fallos terribles, aunque viertan
En nuestro amante corazon el cáliz
De la amargura y del dolor. Al rayo
Doblegamos la frente, y bendecimos,
En lágrimas de angustia, la insondable
Voluntad de la sábia Omnipotencia.
Dócil así tu pecho á la desgracia,
Vió aparecer el pavoroso dia
De insólito pesar en que los ojos
Cerró á la luz la cariñosa madre
Que, en excelsa virtud acrisolada,
Los cielos te otorgaron. Yo, yo mismo
Vi luchar en sus labios entreabiertos
Con la vida la muerte; su hermosura
Marchita vi por el helado sóplo
Que en el vago confin de la existencia
La materia destruye; y la brillante
Inspiracion del arte consagrado
A mover los afectos, que á las nubes
Su genio levantaba, como espira
Luz que del jugo animador carece,

Vi con acerba pena disiparse,
Cuando el rayo divino se apagaba
En sus quebrados ojos, que algun dia
Fueron envidia del mayor lucero.
Pero ¿dónde me arrastra la memoria
De tan negras imágenes, y donde
Conforto hallar para dolor tan crudo?
Perdona si la llaga dolorida
Que vierte sangre en el oculto seno,
Este amargo recuerdo inextinguible
Se atreve á exacerbar. Cuando discurren
Breves los años sobre el bien perdido,
Vivo en el alma, como fresca lluvia
Que restaura las flores, ó cual blando
Rocío que los prados vivifica
Y del frutal benéfico engalana
Las hojas macilentas, —el recuerdo
Del dolor mismo en celestial aroma
La existencia perfuma; con los seres
Amados que perdimos en contacto
Las almas pone; y á la edad pasada,
Por un milagro del amor, transporta
La actividad del ser que vive y piensa.
Yo asi tambien, en misterioso lazo
De ignota afinidad, salvo en las horas
De profunda abstraccion el de la vida
Desconocido límite. Yo en alas

De amoroso recuerdo, me remonto
A la region eterna dondė mora,
De fulgurante claridad ceñida,
La de sencillo corazon y ardiente
Fe religiosa venerable anciana
Que cual madre solícita los años
De mi primera edad ornó de flores,
Dióme á gustar las plácidas delicias
De la piedad y la ternura, y supo
Mis instintos guiar por entre escollos
Al sacrosanto amor de las virtudes,
Puro blason del alma[2]. ¡Qué de goces
De inmaculado orígen no prometen
Al que postra el rigor del seco olvido,
Estos dulces coloquios en la esfera
De un mundo superior! ¡Cómo, guiado
Por el ardiente espíritu, venciendo
La estrecha realidad, al grato impulso
De memoria feliz, rompe la cárcel
De este mísero barro, y adivina
Las glorias para el justo reservadas!
¡Oh intuicion generosa del cariño!
¡Oh poder del espíritu! ¿Qué fuerza
Puede atajar el ardoroso vuelo
De vuestros nobles ímpetus? Las horas
Rápidas huyen, y el amor no pasa
Que con próvida ley naturaleza

En el pecho acendró. ¡Cuántos cuidados,
Cuánta solicitud, cuánta ternura,
Y cuántas delicadas invenciones
Al corazon no inspira la memoria
De los seres que amamos! Poseidos
Del fraternal afecto que nos une
Desde tu tierna infancia, ¡cuántas veces,
A par del ángel que tu vida endulza,
Frescos ramos de flores y guirnaldas
No llevó nuestro amor adonde yace
La madre tierna, la constante esposa,
La artista sin igual! ¡Cuántas cayeron
Sobre el herido corazon ardientes
Lágrimas silenciosas á la vista
Del negro mármol que los restos cubre
De la muger angélica! —¿Recuerdas
Cuando anegados en dolor corrimos
A recibir, ahogando los sollozos,
A tus tristes hermanos, que anhelantes
Abandonaron con filial ternura
Las malagueñas playas, y corrieron
A recoger el último suspiro
De la que ser os dió? ¡Cómo en el llanto,
Mal reprimido en los hinchados ojos,
Y en las turbadas frases comprendieron
Su tremenda desgracia, y los gemidos
Sus acentos de duelo sofocaron!

En mis brazos lanzándose, mil veces
El adorado nombre pronunciaban
De la querida madre, y prorumpian
En gritos de dolor, «¡Tarde!» clamando.
¡Míseros! ¡Y la muerte os arrebata
De recibir la bendicion materna
El placer inefable! ¡Solo un dia,
Y alza su muro acaso indestructible
La helada eternidad entre vosotros!
Yo al sacro templo os llevaré; su mano
Podréis besar, y en tierna despedida,
Antes que caiga la pesada losa
Sobre el yerto cadáver, en su rostro
Pálido descubrir la que aun conserva
Peregrina hermosura. ¡Qué momento
Para el pecho sensible! Arrodillados
Junto al fúnebre lecho, para siempre
¡Adios! dijisteis á la dulce madre
Que os amó con delirio; cariñosos
A contemplarla os acercasteis luego
Con piadoso dolor; y de la santa
Capilla, mustia la encendida rosa
De la faz juvenil, tristes salimos
En tétrico silencio, demandando
Resignacion para tan cruda pena
A la que, Madre universal, se goza
En templar el rigor de los dolores.

¡Oh Reina de los ángeles! ¡Oh abrigo
Del que lucha en los mares de la vida
Con el dolor y la desgracia! ¡Oh fuente
De consuelo y de amor! Tú al alma diste
Bálsamos de salud, que difundieron
Santa conformidad donde rugian
Desesperados ímpetus de muerte.
Y ¿quién sabe, Manuel, si ya elevada,
En merecido premio á sus virtudes,
Tu casta madre á la region suprema,
No condujo, celeste mediadora,
Nuestra plegaria al luminoso espacio
Donde, orlada la frente de luceros,
La Madre de las madres siempre pura
Su intercesion piadosa acogeria?
¿Quién sabe si en las álas invisibles
De virginales céfiros su mano
Vertió la copa del sagrado néctar
Que mitiga el dolor? ¿Quién, si desciende
A presidir las útiles vigilias
En que, con miras de virtud, consigues
Imágenes crear que al pueblo enseñan?
¿Quién, si el noble sendero de tus triunfos
Va sembrando de flores; y en tu padre
Y en tus hermanos la bondad nativa,
Inspirando sus sueños, acrisola?
Deja que al ver la majestad agreste

De la costa cantábrica; admirando
La inmensidad hirviente que se enlaza
Con la atmósfera azul en los confines
De remoto horizonte; cuando el rayo
Solar declina y en vapor luciente
Corona las fragosas cordilleras,
Cuyos bellos contornos se dibujan
Al occidente en pintoresca y varia
Prolongacion de términos,—me abisme
En las que el alma lacerada llenan
Dolorosas memorias, y prorumpa
En tonos melancólicos. La tibia
Claridad del crepúsculo; el silencio
De la imponente soledad; los ayes
Del mar, que estrella sus augustas olas
En ásperos escollos y los cubre
De blanca espuma; la lejana vela
Del fatigado pescador, que vence
De las aves marítimas el vuelo;
Todo el gran espectáculo que exalta
Mi pecho conmovido, la grandeza
De Dios publica y á la mente ofrece,
Bañada en melancólica dulzura,
De amor y de amistad hondos recuerdos.
Lleguen á tí, de lágrimas henchidos,
Como lluvia otoñal. ¡Dichosa el alma
Que nunca olvida, y cuyo llanto riega

Póstuma flor de inextinguible aroma!
¡Dichoso el hombre cuyo más seguro
Consuelo en la afliccion es la süave,
La dulce voz de la amistad que adoro!

Montañas de Santander, setiembre de 1854.

En un Album.

Claras ondas corrientes
Del manso arroyo,
Que os rompeis entre guijas
Al pïé del olmo;
De vuestras aguas
Los plácidos murmurios,
¿Amor no claman?

Decid, cándidas flores,
Galà del prado:
¿Llora amor esas perlas
En vuestro manto?
¿Os da perfumes
La esencia crëadora
Que á amar induce?

Verde pompa del valle,
Cuando en tus ramas
Los céfiros suspiran,
Gimen las auras,
¿No habla de amores

El eco susurrante
Que les responde?

Avecilla canora
Que audaz te elevas
Y en los aires modulas
Himnos y quejas,
¿Qué al cielo dices?
¿Habla de amor el canto
Que le diriges?

Todo, bella Elöisa,
Todo en el mundo
Habla de amor al pecho
Sencillo y puro;
Todo proclama
Que amor es en la tierra
Vida del alma.

Gusta en paz las delicias
Del casto fuego
Á que en pasion ardiente
Rendiste el cuello;
Mas no el del hombre:
Copia el amor de arroyos,
Aves y flores.

Madrid, 1852.

EN LA RESTAURACION

del Monasterio de la Rábida

y de la casa

DONDE MURIÓ HERNAN CORTÉS.

A SS. AA. RR. los Sermos. Sres. infantes de España duques de Montpensier.

De la Rábida el convento,
Fundacion de órden francisca,
Descuella desierto, solo,
Desmantelado en rüinas,
No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,
Que á la nacion envilecen
Y al pueblo desmoralizan.

Rom. hist. del Duque de Rivas.

Siempre la airada mano
Del sañudo mortal más destructora
Que la del tiempo fué. Bárbaro Atila
Monumentos del arte soberano,
Que respetó la edad, fiero aniquila;
Y Omar, afrenta del linaje humano,
Cuantas obras la ciencia enriquecieron
Y un siglo y otro acumulando fueron
En el seno feliz de Alejandría,

Para templar sus termas regaladas
Lanza en hoguera impía.
Tal su aciaga mision. Azote duro
De naciones decrépitas, debia
Llegar aquel hasta el egregio muro
Que baña el Tíber; pero al vivo rayo
De la enseña del Gólgota, y al fuego
Del supremo Pastor, absorto y ciego
Como en letal desmayo,
Desfallecen sus ímpetus, doblega
La insultante cerviz, cede en su furia,
A impulsos de piedad el alma entrega,
Y la ciudad de Rómulo no injuria.
Tanto pudo la cruz, tanto el divino
Acento de la fe, tanto las leyes
De paz y amor. Y abierto ya el camino
De la verdad incontrastable y pura,
¿Aun orgulloso el hombre se figura,
Con infernal protervia,
Que ha de ahogarla su estúpida soberbia?
¿No la mira vencer? En fanatismo
De irreligion grosero
Se aclama triunfador el ateismo;
¿Qué vale su arrogancia?
De cristiana virtud rotos los lazos,
Olas de sangre á sumergir en Francia
Un trono secular hecho pedazos

Suben rugiendo; y el ardiente soplo
De la ciencia falaz que duda y niega,
El que la vil materia dëifica
Y la bandera del horror despliega,
Pasa, sucumbe, muere;
Y el árbol de la cruz, faro brillante
En el mar de los tiempos sin ribera,
Muestra al hombre que lucha zozobrante,
El puerto de la dicha verdadera.
Pero al temblar los íntimos cimientos
De tronos y naciones;
Al nacer y morir instituciones,
Quedan en pié los nobles monumentos,
Del arte y la piedad altos prodigios,
Como ricos vestigios
De cien generaciones;
Como célica palma
Con que el fecundo espíritu cristiano
Patentiza su orígen sobrehumano,
Y la torpe maldad de los ilusos
Renegados del alma.
Y ¿el pueblo de Isidoro,
El de Pelayo, el de Isabel, un dia
En vértigo nefando, con desdoro
De su cultura y de su fama pia,
El del arte y la fe rico tesoro,
De católico ardor mística herencia,

Indigno de su nombre,
Ha de hollar en bastarda indiferencia?
¿Qué han enseñado al hombre
Los siglos que pasaron?
¿Quiénes son los inicuos que se alzaron
A destrozar sin fruto
Portentos que brillaban inmortales?
¿Los que al rumor de impuras bacanales
Sembraban destruccion y llanto y luto?
¡Oh, si pudiese la infalible historia,
En sus veraces páginas de hierro,
De tanto y tanto yerro
Negar á los futuros la memoria!
Católicos se dicen
Los que la augusta religion maldicen;
Ilustracion y libertad proclaman
Los que las glorias de la patria infaman.
¡Cómo su planta asoladora imprime
Honda huella en el santo monasterio
Cuyo huésped sublime
Dió á España un hemisferio!
Ni respeta el tranquilo
Del ínclito Cortés último asilo,
Ni la sagrada tumba de Gonzalo,
Terror del moro, admiracion del galo.
Regenerar la humanidad presumen
Resucitando estériles doctrinas;

¡Mísero error! y en ansia se consumen
De celebrar su triunfo entre rüinas.
Llora, España infelíz, tu suerte llora;
Dios es la libertad, Dios es la patria,
É hijos espúreos de tu suelo ahora
Su nombre sacrosanto,
Único alivio en el mortal quebranto,
Ciegos olvidan, cuando Europa entera,
Libre ya del naufragio de la duda,
Contra la voz de irrelígion artera
Con la divina fe su pecho escuda.
Y ¿son estos, oh Dios, los que cediendo
En oprobioso afan á injusto encono,
Saciada su codicia, en abandono
Los templos dejan, que con raro estruendo
Van á tierra cayendo?
¿Son estos los altísimos varones
Que trasmutan la faz de las naciones?
¿Qué fuera de Colon si entre las olas
El soplo de la fe, dándole vida,
No impulsara las naves españolas?
¿Tan honda es la raíz, tan escondida
De las formas políticas la esencia,
Que el vano aliento de profana ciencia,
Para cambiar tan mísero accidente,
Ha de amenguar el brillo refulgente
De la eternal creencia?

Ni aun el alcázar del saber perdonan,
Y ¡de libres, de sábios,
De cristianos católicos blasonan!
¿A qué poner con temerario anhelo,
A qué poner en pugna
La tierra con el cielo?
¡Oh aberracion punible! ¡Oh vandalismo!
Hija es la libertad del cristianismo.
Vosotros, que á la fe y al generoso,
Al puro, al verdadero patriotismo
Teneis abierto el corazon piadoso,
Príncipes, recoged las verdes palmas
Que la ibera nacion agradecida
Rinde en tributo á vuestras nobles almas.
A su antiguo esplendor restituida
Por vuestro celo ardiente
Ya se ve la morada penitente
Donde, siervo de Dios, el gran Marchena
Pan y alivio á la pena
Dió, con amor profundo,
Del destinado á redimir un mundo;
Y el humilde retiro venerable
De Cortés, en escombros sepultado,
Con mano liberal ha rescatado
De muerte al parecer irrevocable
Vuestro amor á la patria y á la gloria.
¡Oh perenal memoria

De los héroes perínclitos! La llama
De perpétua salud en vuestra fama
Los antes abatidos monumentos
Salva del rayo; y mágicos acentos,
Para vergüenza del infando encono
De los nuevos Atilas descreidos,
Ya, Príncipes, publican
Por cien pueblos y cien cómo edifican
Depuesto el abandono,
Cuando todos destruyen, los nacidos
A la sombra de un trono.

Sevilla, 9 de abril de 1855.

A.. ..

ROMANCE.

Yo te hallé, flor amorosa,
En la senda de mi vida,
Como halla el sediento el agua
De la fuente cristalina.
En las sombras de este mundo
Te vi lucir, por mi dicha,
Cual luce faro eminente
Que puerto de amor indica;
Y el antes desierto campo
Lleno de agudas espinas,
Fué á mi espíritu anhelante
Grata mansion de delicias.
En la lumbre de tus ojos
Miré mi ventura escrita;
Que unió al punto nuestras almas
Lazo de honda simpatía;
Y nó hay poder en la tierra
Cuyos ímpetus resistan
Al fuego que enciende el choque
De dos voluntades finas.

¿Quién como yo venturoso,
Si llego á mirar cumplida
La esperanza lisonjera
Que mi pecho vigoriza?
¿Quién como yo, si recoge,
En amorosa fatiga,
Mi ardiente labio el aliento
Perfumado que respiras?
¿Si unido tu seno al mio
Rápidamente palpita,
Y en paraíso de amores
Gusto célicas delicias?
Si esta mágica esperanza
Que mi amante pecho abriga
Es solo vano delirio,
Deja al menos, alma mia,
Déjame gozarla ufano,
Soñando amorosas dichas,
Y que en tus brazos olvide
Los azares de mi vida.

Madrid, 1853.

En la muerte de Palafox,

DUQUE DE ZARAGOZA.

(Dedicada á la memoria de mi querido amigo Ramon Escario[3], capitan de artillería.)

ODA.

¿Qué resonante trueno es el que asorda
La region de los aires, y estremece
La tierra, y en el alma
Cual grito de dolor sonar parece?

¿Es el rayo de Júpiter que el hombre
Supo arrancar osado al firmamento,
De su atrevida ciencia
Sublime al par que aciago monumento?

¿Por qué estalla el metal? ¿Por qué de luto
Se viste el corazon, y la abatida
Iberia en sus entrañas
Se siente al eco del cañon herida?

¡Ay! Ya los hados con terrible encono
El mortífero aliento desataron,

Y de la flor más pura
El tembloroso cáliz marchitaron!

¡Ay! Ya la luz que de Marengo y Jena
Supo el astro eclipsar nunca vencido,
Veloz como la llama
Que hace crujir el bronce, se ha extinguido!

Pena, y dolor, y llanto, y amargura
Nutre en tu seno, desolada España;
Que la implacable muerte
Tu mas digno varon siega en su saña.

¿Qué resta, oh duelo, de los claros dias
En que con pecho fuerte la violencia
Rechazaste del franco,
Azote de tu santa independencia?

Del árbol de Bailen mustias las hojas,
Pronto caerán en el sepulcro mismo
Donde la parca fiera
Ya sepultó la prez de tu heroismo.

Espúreos hijos en tu suelo ahora
Nacen tan solo, y en feral batalla
Contra españoles pechos
Nubes asestan de infernal metralla.

¡Cuán distinto blason, cuán otra gloria
Buscaban en la lid tus campeones,
Cuando al rayo del Ebro
Tembló el señor de tronos y naciones!

Vieron al héroe las soberbias huestes
Que el Vístula y el Mosa encadenaron;
Y en su férrea pujanza
Cual frágiles aristas se estrellaron.

Viéronle altivo como firme roca
Desprecio al mar y al noto furibundo,
Y atónitas le oyeron:
«No has de vencerme, aunque venciste al mundo.»

Y vencido no fué. Y el duro estrago,
La atroz desolacion, la horrenda muerte,
Los humanos escombros,
Nada pudo abatir su ánimo fuerte.

Tan solo Dios. La sábia Omnipotencia
Te arrebató á la patria envilecida...
No hayas miedo á la tumba:
¡No ha de acabar tu nombre cual tu vida!

Madrid, 1847.

AL HEROISMO

y gloriosa muerte

del brigadier Don José de Gabriel

EN LA BATALLA DEL GÉBORA.—(1811.)

SONETO.

No sed de sangre ni ambicion de mando,
La indignacion en que tu pecho ardia
Llevó, noble Gabriel, tu bizarría
Á conquistar renombre batallando.
 Huérfano casi el trono de Fernando,
Triunfante aun la extraña felonía,
Tu generoso aliento no podia
Tranquilo soportar el yugo infando.
 Y cual se arroja con ardor valiente
Moribundo lëon en ansia fiera
Al enemigo cuando el dardo siente,
 Tú al caudillo francés acometiste,
Viendo rota en pedazos tu bandera,
Y mártir de la patria sucumbiste[1].

Sevilla, 1855.

Soledad de la Vírgen.

(DEDICADA Á DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.)

Posuit me desolatam: tota die mœrore confectam.

JEREMÍAS.

Vedla: llena de gracia
La llamaron los ángeles; Dios mismo
Del sol vistióla, y á sus piés aduna
Los mil destellos de la blanca luna.
Sus nevadas mejillas
Tiñó en la luz del alba sonrosada,
Y en diadema de fúlgidos luceros
Quiso adornar su frente inmaculada.
Dióle ser vírgen, y la más hermosa,
La más cándida y pura.
Dióle ser madre, y la de más ternura.
¡Oh María, dichosa,
Entre mil bendiciones,
Te aclamará la voz en lo futuro
De cien generaciónes!

Pero el ciego mortal, desde los dias
En que perdió el Eden, corrió, luchando
Contra el poder superno,

De iniquidad por las horrendas vias,
Esclavo de la muerte y del infierno.
Roto el pudor en lúbricas orgías,
Dormido en el regazo
De verdugos deleites,
De la virtud menospreciando el lazo,
¿Cómo á puerto llegara,
Si la bondad divina
Próvida redencion no le otorgara?

¡Y el hijo de la púdica doncella,
Gloria de Nazaret, en la árdua cima
Del empinado Gólgota su sangre
Vierte en arroyos por el hombre impío!
¡El que en blando rocío
Dió alimento á Israel, hoy de su mano
Hondo cáliz recibe de amargura,
Y por borrar piadoso
Las negras culpas del linaje humano
Benéfico lo apura!

¡Y es tu pueblo, Señor, al que sin tasa
Campos de leche y miel pródigo diste,
Al que sendero por el mar abriste,
Quien de agudas espinas te corona;
Quien en desdoro de tu nombre augusto
Cánticos de irrision bárbaro entona!

¿Dónde, Señor, el rayo
De las venganzas celestiales? ¿Dónde
El rápido castigo
Que atierre á tu enemigo?

Mas ya escucha mi oido el temeroso
Rumor que causan las siniestras plumas
Del ángel de la muerte
Rápido hendiendo las espesas brumas.
Ya sobre el alto monte,
Consintiéndolo Dios, el dardo lanza;
Y al espirar el ínclito Cordero,
Junto al sacro madero
Más aviva su antorcha la Esperanza.

¡Oh santa expïacion!... Eterno Padre,
Que detuviste la segur temible,
Ya desatada contra el hijo caro,
En las manos de Abram, ¿en desamparo
Mayor y más terrible
Abandonas al tuyo á quien hoy miro
Pronto á exhalar el postrimer suspiro?

Mas ¡ay, que ya vacilan,
Retemblando en su asiento,
Los diamantinos ejes
Del ancho firmamento!

¡Ay, que la madre tierra
En hondas convulsiones
Desgarra sus entrañas, y la lumbre
Del sol se oculta en lúgubres crespones!
Ya la enriscada cumbre
Llamas despide. De la blanca luna
El argentado disco
Sangre destila. Y la rosada aurora,
Mustio su resplandor, lágrimas llora.
Las fúlgidas centellas
De las claras estrellas
Pierden su luz. En ronco torbellino
Braman los aires. El menudo polvo
Sube á la esfera en turbio remolino,
Y el valle gime con el sordo acento
De la funérea trompa.
Mundo, ¿qué es de tu pompa?
    Y tú, llorosa Madre, tú, María,
¿Qué has hecho de tu adorno y tus preseas?
¿Qué fué de tu alegría?
¿Dónde, fuente de amor serena y pura,
La gala huyó y el plácido atavío
Con que te ornó la Altura?
¿Dónde, mar sosegado de ternura,
Dónde la alegre infancia
Dulcemente apacible
Cual blanco lirio en su primer fragancia?

¡Oh Reina del dolor! Tú en quien los cielos
Sus perfecciones todas colocaron,
Tú á quien dieron la luz de su hermosura,
Yaces hoy desolada,
De hondas tribulaciones coronada,
Vestida con el manto de amargura.
Tú que entre mil querubes,
De Belen en el pobre santuario,
Adorada por rústicos pastores
Y por reyes te viste,
Hoy abatida y como nadie triste
Lloras sola en el fúnebre Calvario.
Tú que do quier sembrabas el contento
En la inicua Salem, abandonada
Gimes y hundida en sin igual tormento:
Que al fin ¡misera suerte!
De tu amante Jesus lloras la muerte.

¡Oh Madre de los tristes! ¡Oh Señora
Del mar y de la tierra!
¡Oh del hombre feliz co-redentora!
El Cielo ve ya mustia
La rosa de la dicha en tu almo seno,
Y ve tu soledad, y ve tu angustia;
Al contemplarte humilde y resignada
Soportar el horror de la agonía,
Pasmado el serafin cubre su frente

Con el plumaje de óro reluciente;
Y lágrimas de sangre verteria,
Si en la mansion de eterna venturanza
Terrenales angustias se sufrieran,
Lágrimas se vertieran!

¡Y el ser en la maldad endurecido
Pasa, flor de las flores,
Sin moverse á piedad ante el tremendo
Rigor de tus dolores!
¡Y aun, oh Madre, por él vives muriendo!
¡Y una mirada tuya dar pudiera
Felicidad á la creacion entera!

Ten compasion del mísero gusano
Que del orbe se juzga soberano.
Fuente viva de paz y de consuelo,
Benéfica intercede
Por la que fué en el suelo
Amiga, y madre, y dulce compañera
De mi niñez; por la que ornó de rosas
Los verdes años de mi edad primera;
Y ampara el desdichado
Que en su modesta lira
Hoy ha sobre tus lágrimas llorado.

Madrid, 1849.

Madrigal.

Para vivir y crecer
Buscan las amantes florès
Del sol los vivos colores,
La lluvia que les da ser.
Yo así codicio obtener
Amor de la ingrata hermosa;
Y su llama generosa
Para mi pecho será
Como la lluvia que da
Vida y frescura á la rosa.

1845.

Balada.

Flor de vivos matices,
Reina del bosque,
¿Por qué pliegas tus hojas?
—Muero de amores.
—¡Ay flor preciada,
El amor es la muerte
Del que bien ama!

1848.

A Don Luis Romero y de Cuadra

SONETO.

Cuando el arpon de los dolores crudo
Turbó la paz de la ventura humana,
Del generoso amor plácida hermana
Floreció la amistad á ser su escudo.
Venla de entonces con espanto mudo
Seco egöismo, adulacion villana;
Y ella responde á quien la busca, ufana,
Con el sencillo corazon desnudo.
Yo, yo tambien, entre la niebla oscura
Que hoy me circuye, como á blanca estrella
De presagio feliz verla consigo;
Y en alto don, que templa mi amargura,
Más sus encantos y mi gloria sella
Tu hermoso corazon, oh dulce amigo.

Sanlúcar de Barrameda, agosto de 1855.

En los dias de .....

Rendido á los pesares
Que apagan mi alegría,
Volar al Manzanares
Anhela mi pasion.
¡Ay misero! ¡Y el dia
De tal aniversario,
Ausente y solitario
Sucumbo á la afliccion!

Hoy es, hoy es: la aurora,
Que copia tu hermosura,
Del alma que te adora
Las penas te dirá.
La vió su lumbre pura
Soñando en tus caricias,
Gustando las delicias
Que nunca olvidará.

Piadosa mensajera
Te lleva mi suspiro:
¡Si en él llevar pudiera
Mi propio corazon!
Y acaso en mi retiro,
De lágrimas cubierto,
Ni á conseguir acierto
Tu amante compasion.

Sevilla, 1855.

AL MARQUES DE AUÑON,

con motivo

de la repentina muerte del duque de Feria.

. . . . Scema.
L'impeto interno dell'intensa doglia.
T. TASSO.

Hoy que al impulso de profunda pena
Dócil tu pecho, en abundoso llanto,
Sangre del alma á los hinchados ojos
Mísero envia,
Deja que el rayo de la muerte dura,
Súbita causa de tu mal, lamente;
Deja que uniendo á tu dolor el mio
Lágrimas vierta.
Nacen las flores de preciado aroma,
Gala del campo, de la tierra orgullo,
Y aires de aciaga destruccion sedientos
Quiebran sus tallos.
Nace la yerba ponzoñosa y crece;
Crece y resiste el implacable abrojo;

Y ambos difunden su semilla, y ambos
Viven y duran.
¡Ay de la vida para amar creada!
¡Ay del amor en la virtud nutrido!
¡Ay del que en aras de amistad sincera
Rinde tributo!
Ni alto linaje, ni bondad piadosa,
Ni años floridos, ni preclaro ingenio,
Pueden ¡oh Enrique! detener el crudo
Golpe del hado.
Ambos nacisteis para el bien; estrellas
De un mismo cielo fulgurasteis: ¿dónde,
Donde la llama de su luz, que hoy buscan
Ciegos mis ojos?
Fué para el mundo como flor temprana
Que abre su cáliz al albor primero,
Y antes que llegue á declinar el dia
Cierzo la hiela.
Fué clara fuente que en raudal copioso
Brota del centro de la peña, y antes
Que ávida logre fecundar el prado
Rauda se extingue.
¡Cuánto en los meses del ardor estivo,
Mísero ausente, recordaba el alma
Gratos momentos en union pasados
Dulce y tranquila!
¡Cuánto las horas en que, leve el tiempo,

Ya las delicias de tu alegre mesa,
Ya de tu lira los acordes sones
Juntos gozamos!
¡Ay, que la nube de impiedad ceñida
Cruza los aires con siniestro vuelo!
¿Quién al amigo volverá el amigo?
¿Quién lo detiene?
Béticas auras, apartad el rayo [5];
Ved á la esposa de gentil belleza,
Ved á la madre y al hermano, vedlo
Lleno de vida.
Duélaos truncar en su esplendor altivo
Árbol que ofrece tan hermosos frutos;
Ya de su ingenio las primicias llevan
Sello de gloria.
Él á su estirpe generosa puede
Nuevos blasones añadir; sus alas
Pueden al cielo sublimar el claro
Nombre de Feria.
¡Lúgubres ecos! Al dolor rendida,
Yace por tierra la que fué del monte
Verde corona. La materia inerte
Muere tan solo;
Vive su aliento. —Del amor enjugue
Lágrimas tristes la piedad. Él goza
¡Oh caro Enrique! de mayor grandeza,
Léjos del mundo.

Lloren su muerte los que no conciben
Que hay otra vida para el alma. Lloren,
Lloren aquellos cuya fe no logra
Ver lo infinito.

Mora (Toledo), 1853.

A LA SEÑORA

Doña Francisca Sanchez-Guerrero,

enviándole
un ejemplar del poema de Cervino, titulado:

LA VÍRGEN DE LOS DOLORES.

Cuando en las horas de dolor se claven
En vuestro tierno pecho las espinas
Que aun para el más feliz pródigas crecen
En el árido campo de la vida;
  Cuando del padre y del garzon brioso,
Á quien gustar debisteis las delicias
Del amor maternal, los sinsabores
Oscurezcan el sol de vuestra dicha,
  Fijad, Señora, los amantes ojos
En esta de amistad prenda sencilla;
Y poned fin á vuestras hondas penas
Al recordar las penas de María.

Madrid, 1849.

A S. M.

la Reina Doña Isabel Segunda,

despues del horrible atentado

DEL DIA 2 DE FEBRERO DE 1852.

SONETO.

Cual súbito aparece en seco estío,
Cuando más brilla el sol, nube sangrienta,
Y se ennegrece, y con fragor revienta,
Lanzando de su seno rayo impío,
  Tal en un pecho á las virtudes frio,
Y á quien cobarde la traicion alienta,
Nace crímen adusto con que afrenta
De la razon el noble poderío.
  Pero es de Dios el brazo soberano
Por la ibera nacion; mira á la ungida
Con ojos de piedad; triunfan las leyes.
  No temas, Isabel: la amiga mano
Del hispánico amor sana tu herida.
¡Dios escuda á los pueblos y á los reyes!

Madrid, 1852.

Al Conde de San Luis[6].

Hoy que el Pindo castellano,
Para vos pródigo en flores,
Os da los frutos mejores
Del ingenio soberano,

Dejad que la musa mia,
Bien que humilde, en raudo vuelo
Aspire á escalar el cielo
De la hermosa pöesía;

Y en vivíficos raudales
De luz que eterna fulgura,
Donde calla la impostura
De los míseros mortales,

Reciba la excelsa llama,
Del cielo presente raro,
Que triunfa del tiempo avaro
Si el estro del vate inflama.

No con profano deseo
Noble inspiracion codicio:
Jamás al altar del vicio
La he de llevar por trofeo.

Quiero decir la virtud
De un impulso generoso;
Que me dé su acento hermoso
La voz de la gratitud;

Y brame á tal voz la envidia,
Que á sí misma se devora;
Ruja calumnia traidora;
Hiera cobarde perfidia.

De altos espíritus es
Aspirar á empresas altas,
Y ver con dolor las faltas
De los que muerden sus piés.

Como en fresco abril las rosas
Do quiera nacen y crecen,
En nobles almas florecen
Las pasiones generosas;

Y á su templado fulgor,
Que el cieno encubre y no apaga,

Siempre se cura la llaga
Que abre villano rencor.

No los negros desengaños,
Cuya ponzoña envenena
El alma sencilla y buena
Que arde al sol de verdes años,

A tí, Señor, que la cumbre
Del poder jóven hollaste,
Y al ingenio libertaste
De oprobiosa servidumbre,

Te detengan solo un hora
En mitad de tu camino,
Como hiela al peregrino
La culebra silbadora.

Ni el mundo mires por lados
Que inclinen á aborrecer:
Gran peligro hay en creer
Que solo existen malvados.

Separa tu pensamiento
Del ingrato y del traidor;
Espera del gran valor
Un gran agradecimiento.

No niegues misericordia
A humanas debilidades;
Atizando enemistades
Mal se llega á la concordia.

Pero aleja tu esperanza
Del que instable se mostró,
Porque á muchos despeñó
Una ciega confianza.

Nunca te dejes caer
Aunque adversidad lo quiera;
El alma que desespera
Léjos está de vencer.

Ni en fatigosa inquietud
Codicies prosperidad:
Tambien es la adversidad
Gran escuela de virtud.

Ella en su duro crisol
Separa del barro el oro;
Ella es de verdad tesoro;
Sombra al malo, al bueno sol.

Premia al que en virtud florece,
No á quien alimenta el vicio;

Es recibir beneficio
Hacerlo á quien lo merece.

No te escueza vil ortiga
De calumnia criminal;
Quien del bueno dice mal
Á sí propio se castiga.

Si olvidas merecimientos,
Cura bien que te deshonras;
Que siempre de grandes honras
Nacen grandes pensamientos.

Sé para el triste rocío;
No en su herida viertas hiel;
Harto se agosta el laurel
En las sienes del impío.

Tú que al ilustre varon,
Cuyo mágico ardimiento
Detuvo el carro sangriento
De aciaga revolucion,

En generosa porfía
Como bueno secundaste,
Y trono y patria salvaste
Del furor de la anarquía, —

Ya que la senda conoces
Del perdon hijo del cielo,
Busca en él dulce consuelo,
Sordo á tiránicas voces.

No vengativo retoño
Deje creeer tu conciencia;
Las obras de la clemencia
Son como lluvia de otoño.

Sigue el austero camino
Que al bien de los pueblos guia;
Y si vuelves algun dia
A dar leyes al destino,

Restaura el patrio blason
En su antigua fortaleza,
Resucita la grandeza
De la ibérica nacion.

Haz que rompa en alabanza
Del que rige el mar profundo:
Á la voz de Dios el mundo
Se estremece de esperanza.

Y ya que con mano pia
Desataste ancho raudal

En el huerto virginal
De la casta pöesía;

Ya que de la patria escena
La vil servitud rompiste,
Y al númen de Lope abriste
Más ancha y fecunda arena;

Vén, y en los gratos vergeles
De las ciencias y las artes,
Tú que bienes les repartes,
Recoge frescos laureles.

Si están las historias llenas
Del claro nombre de Horacio,
Cual la del vate del Lacio
Es la gloria de Mecénas.

Sigue el rumbo enardecido
Del bien que á los otros labras,
Y no serán tus palabras
Trigo en arena vertido.

Combate, pues. La victoria
Mira á tus ojos lucir:
Solo es digno de vivir
El que lucha por la gloria.

Madrid, 1851.

Al Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña.

EPISTOLA.

Periere mores, ubi vitiis virtutum nomina dedimus.
SÉNECA.

Hoy que distante de la excelsa cumbre
Donde la baja adulacion tributa
Vano incienso al poder, en el retiro
Del doméstico hogar busca reposo
Vuestro agitado espíritu, mi pecho
Dulce memoria de amistad en estas
Mal ordenadas cláusulas os rinde.
No ya la voz de ponzoñosa envidia
O de calumnia vil puede á las gentes
De afecto y gratitud el generoso
Fruto mostrar como padron alzado
Al mezquino interés. La voz severa
De la santa verdad triunfante acalla
El tremendo rugir de las pasiones,
Que en hinchado torrente se desbordan;
Y cuando pasan con fragor terrible

Injusticia y traicion y negro encono,
Ella tranquila y sosegada enseña
Lo que á su noble majestad se debe.

¡Cuánto exceso do quier! En solo un año
¡Cuánta mudanza! Desfrenado el vulgo;
Flaco el poder; la dignidad del Trono
Tenida en menosprecio; la insolencia
Sublimada á las nubes; el insulto,
El asqueroso insulto, consentido
Por la impotente autoridad, robando
A la justicia sus augustos fueros;
El pacífico hogar por los impíos
Que libertad ardientes vociferan
Bárbaramente atropellado; el puro,
El desinteresado patriotismo
Que por el órden y el concierto lucha,
Lanzándose al botin; todos clamando
Fraternidad y union, y sordamente
Ansiando devorarse... ¡Cuán horrible,
Cuán funesto espectáculo! La vista
De él apartemos; y la paz süave
Que hace un año gozábamos, refresque,
Grata memoria, el pecho enardecido.

Rápidos huyen los alegres dias;
Eternos son los de amargura. Viven,

Viven, empero, los del bien pasado
En plácido recuerdo; y al influjo
De la ilusion, que los retrata al vivo,
La acerbidad del mal se desvanece.
¡Cómo á la sombra de los altos chopos
Y corpulentos plátanos que brindan
Grato frescor bajo sus verdes ramas,
Del rayo estivo despreciando el fuego,
En las florestas de Aranjuez, asilo
De alma quietud que respirar consiente
Al abrumado espíritu, las dulces
Horas recuerdo que en union pasamos
Del Balsaín en la risueña orilla
De pinos y de robles coronada!
¡Cómo se pinta en mi memoria aquella
Franca hospitalidad que á vuestro afecto
Generoso debí, cuando elevado
Al merecido honor de hacer las leyes
Cumplir y obedecer, atento solo
Al bien del trono y de la patria, en ella
Cegar quisisteis con celoso empeño
El hondo surco donde airada echaba
Negra semilla de feroz discordia,
Mintiendo patriotismo, la insaciable
Codicia del poder, que sangre y luto
Y anárquico furor ha desatado!

Allí, dando vagar á las tareas
Del noble cargo con que al lado vuestro
Quiso elevarme la que en régio solio
Aun es lazo de union, firme esperanza
De paz y dé salud, ya discurria
Libre y feliz por verdes espesuras
En los jardines del egrégio alcázar
Émulo de la pompa de Versalles;
Ya templaba mi sed en los arroyos
Que saltan murmurando entre las peñas
De la riscosa cumbre; ya me hallaba
El matutinó albor junto á la márgen
Del pintoresco Balsaín, que corre
En cascadas de espuma despeñado.

En la noche serena ¡ cuántas veces
Al misterioso rayo de la luna,
Que en derretida plata los raudales
De las sonoras fuentes convertia,
Y los montes de pinos, coronados
De cenicientas nubes, á los ojos
Con fantástica forma presentaba,
No huyó veloz el pensamiento mio,
Melancólico y triste, á la ribera
Del cantábrico mar, donde al ardiente
Latido de mi pecho, presuroso
Otro ardiente latido respondia!

¡Oh benéfico amor! Oh tú que borras
Tiempo y distancia, y fortaleza infundes
En el más débil corazon, y al bueno
A mayores bondades estimulas,
Haz que al imperio de tu ley se humille
La dél odio feroz bärbara saña;
Haz que en el humo del nefando incienso,
Que de torpe ambicion y de avaricia
Las aras cubre, sofocado espire
El impulso maléfico que en ellas
Ébrio lo arroja; que la atroz venganza,
Avarienta de crímenes, no usurpe
El santo nombre de virtud, oculta
Bajo engañosa máscara; ni alcancen
De heroicidad el nombre los delitos!

Lamentando el horror que alza su trono
En la opulenta capital, teatro
De sangrientas hazañas, donde hierven
Enconadas pasiones, donde ciego
El populacho interesable, al móvil
De cálculos distintos y del oro
Que mano extraña derramó, se lanza
A prodigar su vida en hecatombe
A la comun bajeza y á los tristes
Desaciertos de todos, la memoria,
Huyendo lo presente, se refugia,

Como en puerto de paz, en los récuerdos.
Ellos al alma dan que se dilate
Pensando en los placeres que natura
Aun no hace un año me brindaba, cuando,
En el valle que riega y fecundiza
Caudaloso Lozoya, en raudo giro
De la pasada edad al hondo seno
Me transportaba súbito, mirando
En soledad y escombros el que un dia
Albergue fué de la oracion, ó hallaba
Indefinible gozo, recostado
Al pié de añosos árboles, oyendo
De algun lejano ruiseñor los trinos,
Viendo que el sol en luminosa lluvia
A la espesa enramada descendia,
Sin que sus rayos penetrar lograsen,
Para templar su indescriptible fuego,
Hasta el raudal de las corrientes aguas.

Negra devastacion, ¡cómo has tendido
Tu sacrílego manto en la que un dia
De la virtud austera y penitente
Fué morada pacífica! Las cruces,
Venerable ornamento del callado
Gótico cementerio donde humildes,
Entre arbustos y lúgubres cipreses,
Léjos de vanidad, su sepultura

De Bruno los discípulos abrian, —
Rotas hoy, dicen sobre el musgo seco
La impiedad de los hombres y la horrenda
Barbarie de los vándalos que al grito
De libertad, por ellos profanada,
Robaron al anciano cenobita
El bien de alzarse á la suprema altura
Desde el fondo del cláustro, y destruyeron,
En horas de embriaguez, templos y casas
Que siglos de piedad fundado habian,
Centro de la oracion, gloria del arte.
¡Tirana libertad, que no consiente
Al que abomina el crímen y suspira
Por quietud y reposo, los halagos
De blanda paz en el feliz retiro
Donde se estrellan las mundanas olas!
¡Tirana libertad, siempre invocada,
Y nunca dignamente comprendida!

Aun, generoso amigo, me figuro
Ver por entre los árboles frondosos
Que ha respetado la codicia humana,
Y que el ya abandonado monasterio,
En grata profusion cercan é ilustran,
La noble sombra del egrégio vate,
Del puro Jovellanos, describiendo
En verso numeroso las terribles

Angustias de su espíritu, cansado
Del tráfago del mundo, y el anhelo
De imitar la virtud de los varones
Que aquellos hondos cláustros habitaban.
Aun de su frente, cómo luz tranquila
De existencia fugaz, miro que surgen
Los graves pensamientos que consagra
Su infatigable amor á la mejora
De las costumbres públicas, ó al digno
Fin de sembrar y difundir los bienes
Alivio de la mísera pobreza.
¡Venturoso el mortal cuyos desvelos,
En el áspera lucha de la vida,
A mejorar la condicion del hombre
Convierte generoso (sin que basten
A doblegar su voluntad los vicios
Que rugen en su contra), y prevalece
Como planta crecida en la espesura
Para exhalar su delicado aroma
En las aras de cándida inocencia!

Lleno el pecho de lágrimas, que en vano
Pugnaban por salir, de aquellos sitios,
Mudos ejemplos de la instable suerte
De terrenales glorias, pesaroso
Me alejé al cabo. Por las agrias cuestas
Y elevadas montañas que conducen,

En árboles espléndidas, al régio
Lugar fundado por el gran Felipe,
Gloria del nombre de Borbon, perdido
En mil vagas ideas, sin notarlo
Me dejé conducir; y aunque las olas
De motines sin término me arrastran,
Mal mi grado, á pensar en los rigores
Que afligen á la patria, nunca el dia
Que á la sombra pasé de los copudos
Álamos seculares que circundan
El desierto Paular, en mi memoria
Podrá borrarse, ni el tranquilo afecto
Con que al vuestro gallardo corresponde,
Ardiendo en gratitud, el pecho mio.

Adios, oh amigo; y á los cielos plegue
Que el deshecho huracan en que zozobra
La nave del Estado, combatida
Por la maldad de inícuos extranjeros,
Sedientos de robar la codiciada
Perla de las Antillas, en süave
Brisa de paz y de salud se torne:
Harto el ciego furor de los impíos
Se apacentó en cadáveres, y el llanto
Fué patrimonio de la raza ibera.

Aranjuez, agosto de 1854.

A Don Juan B. Sandoval y Manescau,

en su partida á China,

COMO SECRETARIO DE LA LEGACION DE ESPAÑA.

.....Hinc apicem rapax
Fortuna cum stridore acuto
Sustulit; hic posuisse gaudet.
HORACIO.

Nunca, nunca la llama
Que alimenta mi ser en vil ceniza
Convertida verás. Cruza los mares;
Por extraño confin trueca tus lares;
Corre del sol á saludar la cuna
En los remotos climas del Oriente:
Do quier que vayas, mi amoroso afecto,
Siempre constante, volará contigo;
Do quier que vayas vivirás presente
En la memoria de tu dulce amigo.
Sí, vivirás. Mi corazon al soplo
Del interés no vuela.
En el antro hervidor de las pasiones
Que muerte dan al sentimiento puro,
No manchó su blancura el alma mia.
Mi norte es la amistad; ella me guia;

Y en sus alas llevado,
Al puerto arribaré de la ventura,
Del mundo y de sus pompas olvidado.
Y tú tambien, y tú que, desde el lecho
De rojos lirios y nacáreas rosas
Donde arrulló tu infancia el Guadalhorce,
À la virtud, á la amistad rendiste
Ferviente adoracion, tú, al cariñoso
Halago de los céfiros hinchada
De tu esquife la lona, el alto faro
Saludarás del puerto delicioso.
El mónstruo de la envidia,
Que fabricó su nido
De lúgubre aridez en lo profundo
Del corazon del hombre, y la ponzoña
Letal vertió en sus venas,
No te impondrá su yugo: las cadenas
Que oprimen la virtud, para el cristiano
Hilos frágiles son: basta tu mano,
Sobra la libertad de tu albedrío
À tornarlas en polvo. Soberano
De tus afectos eres,
No en torpe desvarío
Siervo infeliz de míseros placeres.
¡Oh quién los pueblos, Sandoval, pudiera
Contigo recorrer, que poderosos
Reyes al carro de su triunfo uncieron!

¡Quién el suelo pisar hoy fatigado
Bajo inmensas rüinas
De gigantes naciones que se hundieron!
Mira cuál yace junto al mar la augusta
Ciudad del macedon, en los escombros
De su esplendor antiguo sepultada.
Ayer con los laureles
En el Asia cogidos la preciada
Frente ceñia; en mágicos vergeles
Educaba solícita mil flores
De regalado aroma para el seno
Que duro el áspid desgarrar debia;
Y de Omar despreciando el ronco trueno,
Nuncio del rayo, á su compás reia.
¿Dónde fué su poder? Hoy ¿dónde existe
Su opulencia magnífica? Los ojos
Solo del turco la grosera planta
Grabada miran en la seca arena;
Y en los abiertos campos ya no suena
El clamor de las haces de Alejandro,
Que al indio altivo la cerviz quebranta.
Esa rauda corriente que se arroja
Á morir en la mar, y embravecida
Rompe su cauce, y las llanuras cubre
De benéfico limo, cuando el Cancro
Y el ardiente Lëon el cielo inflaman;
Esa que nace de fontana humilde,

En los cóncavos hondos concebida
Del monte caro á la deidad nocturna,
¿No recuerda á tu mente enardecida
La oscura edad en que llevó sus aguas
Á presenciar los luctüosos ritos
Del culto de Pirómis,
Y el esplendor de Osíris? ¿No te acuerda
La extraña magnitud de sus colosos,
La de sus prepotentes Faräones
Cuyo cetro de honor fue clara estrella
Que derramó su luz en varios climas
Y apartadas naciones?
  Esas régias pirámides, asombro
De la pasada edad y la futura,
Que en arenosos piélagos reposan,
Sin que los siglos destructores basten
Á hollar un punto su soberbia altura;
Esas que celos dan al vaporoso
Blanco vellon de la intranquila nube,
Que por ceñir la frente del coloso
En vano vuela y sube,
¡Cuánto de gloria y de grandeza, y cuánto
De miseria y dolor decirte pueden!
Aun del Euro en las ráfagas que en torno
De ellas se agitan, el clamor se escucha
De innúmeras falanges; aun lamenta
Con ronca voz el Nilo

No haber visto caer sus adalides
Al hierro agudo en pavorosas lides,
Sino, de astucia en los arteros lazos,
De Cambíses crüel al férreo yugo,
En fanático espanto sumergidos,
Por repugnantes ídolos vencidos.
Aun se estremecen al clarin guerrero
Del macedonio príncipe que osado
Vence sin combatir, y de sus dioses
Desierto ven el nebuloso Olimpo,
De otras falsas deidades,
De otros risueños símbolos ornado.
Aun el pasado tiempo vive en ellas,
Como en el ancho cielo las estrellas;
Y la potente raza
Que alzó de Ménfis los soberbios muros
En los antros oscuros
Inmóvil duerme, codiciando el hora
En que la luz de libertad sublime
Sobre la patria renaciente vierta
Los vivos rayos de su dulce aurora.
Nuevo Alejandro, el águila nacida
En los escollos del Tirreno cruza,
Las encrespadas olas, y, engreida
Con el rápido vuelo de su fama,
Celosa del dominio
Del orbe todo, á las ferradas puertas

De los titanes del desierto llama.
«Cuarenta siglos (á sus francos dice),
Cuarenta siglos os contemplan, y esos
Pálidos reyes que en la tumba moran
Mi gloria envidian y mi triunfo lloran.»
Pasó; y el ave cuyas ricas galas
Nacen al sol del trópico inflamado,
Sobre la humilde tumba de un soldado
Batió amorosa sus fulgentes alas.
Màs ya las brisas de la mar sonante
Bañan tu rostro, y á tus piés murmuran
Las líquidas corrientes, y fulguran
Como el cándido espejo
De fresco arroyo cuando en él se pinta
La tibia imágen de la casta diosa.
Del piélago Bermejo
Las ondas son; del seno cristalino
Que á la escogida hueste numerosa
Del pueblo de Israel abrió camino,
Y las torvas legiones
De los ciegos egipcios Faraönes,
Rugiendo en rebramante remolino,
Sorbió, lanzando en el abismo fiero
El carro, y el caballo y caballero.
Las amigas riberas que en el soplo
De los amantes céfiros te envian
Los olientes perfumes

Del nardo y ámbar que fecundas crian,
Son la region del Yémen deliciosa.
De nómadas pastores
Patria feliz, el temeroso grito
Del profeta de Hegiaz, que en sed rebosa
De mando y de poder, tremante escucha;
Y el cayado pacífico trocando
En hierro matador, corre á la lucha,
Salva los mares, por el triunfo anhela.
«Dios solo es Dios» su fanatismo exclama;
Y de sus hijos el tropel sangriento,
Como las hojas que desparce el viento,
Por la faz de la tierra desparrama.
¿No ves la playa pérsica á tus ojos
Cómo su pompa y su verdor descubre,
Sin lamentar perdida la grandeza
Del tiempo aquel en que del Nilo al Gánges
El rayo fulminó de sus falanges?
¿Dó sus héroes están? ¿Dó su ardimiento?
De Rustan y de Ciro monumento
Los aires son que entre las leves hojas
De los copudos árboles repiten
Sus ínclitas hazañas, y en el tardo
Cultivador indiferente avivan
La plácida memoria
De horas más ricas en virtud y en gloria.
Ya, ya miras bajar por la corriente

Del Éufrates veloz fúnebres restos
De la imponente Babilonia. Altiva
Se alzaba ayer hasta tocar las nubes
Con la régia diadema de su frente;
Sus mágicos pensiles, suspendidos
Entre el cielo y la tierra,
Pasmo fueron del orbe y maravilla;
Y los dioses mentidos,
Cuya hipócrita voz al vulgo aterra,
Con asiático fausto se ostentaban
En los egrégios templos que moraban.
Mas del rico metal de las cien puertas,
De la arrogancia de los fuertes muros,
De los egrégios templos y deidades
Ya nada existe, y de su pompa solo
Nos dicen hoy la excelsitud los vivos
Ecos, que el aire dolorosos pueblan,
Del arpa de los míseros cautivos.
¿Qué profundo lamento
Vibra del centro ignoto
De la pagoda misteriosa, y hiere
Las ténues alas del callado viento?
¿No resuena en los mares? ¿No te dice,
Con angustiado acento,
Que hoy el poder sucumbe
De la casta de Brama; que la fuerza
Que muere y vuelve á renacer del fondo

De la unidad sin fin, ante la llama
De divina verdad se ofusca y yace,
Y que el antiguo disco
Del sol de la indostánica Trimurti
En polvo se deshace?
 Hélos, hélos allí: señoreados
De su inmovible pedestal de rocas,
Del mar acariciados,
El furor de los récios huracanes
Con indómito arrojo desafian
Esos escollos de verdor; y España;
Tu madre España, que del mundo entero
Reina se juzga, en su triunfal corona
Los engarza terrífica. ¿Contemplas
Cómo al rigor de la abrasada zona,
Ya de Velasco, por el gran Felipe,
La retemblante lona
Al tumbo azul la posesion disputa
Del rieo islote, y las mugientes aguas
Vence, y en él con majestad sencilla,
Como al dominio acostumbrada, eleva
El glorioso estandarte de Castilla?
 ¿Por qué tu pecho con pavor se oprime
Ante la augusta sombra cuya frente
Toca el trono del sol resplandeciente?
No hayas temor; airada
La páz no esquiva de la tumba helada.

Del magno imperio del astuto chino
Guarda las áureas puertas generosa;
Y al morador de Lōu, que la acosa
Con hambre, y sed, y proscripcion, y muerte,
Por castigar en su virtud el crímen
De hâber hechò feliz la indigna patria,
Su amor el sábio y su piedad convierte.
Oye su voz y aprende sus lecciones:
En los veraces rasgos de natura,
En el libro de hierro de la historia
Él te ordena leer, y á lo pasado
La clave arrebatar de lo futuro.
De tronos y naciones
Un leve punto la existencia dura.
En la turbia marea
De los voraces siglos arrastrado,
Juguete del error, el hombre crea
Torres de vanidad. Enardecido
Por lo que léjos ve, tras el fantasma
De una imposible dicha
Corre veloz; y sin volver los ojos
Á mirar lo que fué, donde juzgaba
Flores hallar tropieza con abrojos.
Esos imperios que pasaron; esos
Pueblos que ya no son; esas deidades
Que se devoran sin cesar; la varia
Constitucion de las errantes tribus

Y reinos poderosos; los excesos
Que en remotas edades
Esa cuna del hombre sepultaron
En mísera impotencia y la yermaron,
Todo, al recuerdo de tu patria unido,
Sírvate de leccion: hoy el Oriente
Sacude su letargo
Al soplo animador del Occidente.
En ejemplos tan útiles nutrida
Tu noble inteligencia,
Rica con los despojos
De la sábia experiencia,
Al dulce hogar donde naciste vuelve.
El carro de tu España generosa,
Auriga diestro, por la senda impulsa
Que lo conduzca al bien; estrella hermosa
Sé de su cielo de tormenta oscura;
Y en plácida bonanza
En el gremio reposa
De la tierna amistad, única fuente
Que al alma brinda perenal ventura.

Madrid, 1848.

A Don Manuel Tamayo y Baus,

con motivo de los aplausos de que es objeto en Madrid su admirable drama histórico, titulado:

LA LOCURA DE AMOR.

SONETO.

Del claro Bétis en la fresca orilla,
Donde procura el corazon herido
Sepultar para siempre en el olvido
Triste memoria que mi frente humilla;
 Donde aun la causa de mis males brilla
Para irritar el pecho dolorido,
Súbito llega á regalar mi oído
Voz que el alma suspende y maravilla.
 Es de la fama el ardoroso acento,
Que mitiga el rigor de mis pesares
De tu ingenio cantando la victoria;
 Ella eleva tu nombre al firmamento;
Ella repite por los anchos mares:
«Hoy del gran Calderon tuya es la gloria.»

Sevilla, enero de 1855.

A Don Manuel de Hoyos-Limon,

insigne médico sevillano, y autor del

ESPÍRITU DEL HIPOCRATISMO EN SU EVOLUCION CONTEMPORÁNEA.

SONETO.

Cuando tu ardiente conviccion publica
Del vil materialismo la impotencia,
Y los altos principios de la ciencia
En luminosas cláusulas explica;
  Cuando tu mente con las joyas rica,
Noble fruto de próvida experiencia,
Al bien y á la verdad de su creencia
Hasta el comun reposo sacrifica, —
  El profundo saber y la constancia
Que ofrecen vida al que muriendo yace,
Lleno de justa admiracion bendigo;
  Y á par exclamo de la culta Francia:
«En tí la luz de Hipócrates renace;
Tú eres del hombre bienhechor y amigo [7].»

Sevilla, enero de 1855.

A Don Manuel Marin y Sanchez-Guerrero.

EPÍSTOLA.

....Lo spirito lasso
Conforta e ciba di speranza buona.
DANTE.

En estas horas del tranquilo sueño,
Donde reposo el afligido encuentra
Y alivia su dolor, el alma mia,
Deshaciéndose en lágrimas, procura
Contigo hablar y suspirar contigo.
¡ Cuántas negras imágenes discurren
En torno de mi sien ! ¡ Cómo el beleño
Que da la paz al corazon se aleja
De mis tirantes párpados, y en larga
Vigilia llena de letal zozobra
Paso las noches, sin que logre un punto
Sujetar el latido presuroso
De la abrasada sangre, ni el terrible,
Ni el volcánico hervor del pensamiento !
Dichoso aquel en quien jamás el hado
Amontonó rigores ; cuya frente
Nunca hirió el rayo, y cuyo esquivo seno,
Cerrado á la amistad, á la ternura,

Fué siempre roca entre agitados mares.
Dichoso el que en helada diferencia,
Sin el fuego mortal de hondas pasiones,
Sordo á la pena y al placer, dispara
La flecha ponzoñosa, el alma hiere,
Ajeno de piedad, y pasa, y rie.
¡Cuán otro yo! De la dudosa estrella
Que me alumbró al nacer, blandos afectos
De amor y de amistad, viva ternura,
Lágrimas recibí. Cual arpa eólia
Vibran las cuerdas de mi seno al soplo
De férvida pasion, y delirante,
Ciego, á la voz del entusiasmo juzgo
La ventura tocar... ¡mísero! y caigo,
Y sucumbo al dolor.—No, no condenes,
Si débil cedo á la imperiosa llama
Que halago fué de mi esperanza un dia,
Mi mezquino valor. Dios me hizo esclavo
De la belleza que la suya copia;
Yo, mortal, la adoré: ¡cómo no amarla!
Tú que del fondo de mi pecho sabes
Los arcanos leer, tú que conoces
Mi ardiente corazon, calma sus penas.
No de estas olas al embate rudo
Tu amistad me abandone. Ya que fuiste,
Cuando, mal seco el abundoso llanto,
De mi segunda madre lamentaba

La eterna ausencia de la vida, puerto
De sosegada paz á mi amargura,
Sélo tambien cuando mi pecho ahoga
De otro dolor el sofocante yugo.
¡Mísera humanidad, cuán flatamente
Sigues la voz de las pasiones, ciega,
Y al precipicio vas, y en él te lanzas!
¿Qué vale esfuerzo varonil, qué vale
Diestro luchar, si devorante fuego
La juventud inflama, y á su impulso,
Como al aliento asolador del rayo,
Vacila el fuerte muro y se desploma?
¿Quién no se rinde á su poder? ¿Quién, lleno
De altiva presuncion, al infelice
Que sucumbe desdeña, y lo abandona,
Implacable á su mal, y desafia
Todo humano rigor? ¡Desventurado,
Desventurado el que á la excelsa cumbre
De la virtud desvanecido asciende!
Cuando más alta la orgullosa encina
Toca las nubes con erguida copa,
Y las ramas extiende que burlaron
Del huracan el ímpetu sañudo,
Sopla torvo aquilon y la descuaja,
Y en fragoroso estruendo la derrumba
Á ser fábula vil del hondo valle.
No así tu pecho, generoso amigo.

Si en su locura á despeñarse corre,
No el que elegiste cariñoso hermano,
Sino el ser más abyecto de los seres,
Ten sus impulsos; si por tierra gime,
Levántalo del polvo. Digna empresa
Esta será donde espaciarse logre
Un corazon magnánimo. Tú mismo
Sucumbirás tambien. Plugo al Eterno
En tí virtudes derramar... ¿qué importa?
Hombre naciste miserable y débil;
Tú, como todos, pagarás el feudo
De vil flaqueza á la existencia humana.
Cuando mayor tu fortaleza juzgues
Has de correr á hundirte en el abismo,
Conociendo el error; y al fin postrado,
De la virtud al renaciente soplo
Los ojos abrirás, en ancha vena
Desahogando el dolor. ¡ Oh si me fuese
Dado alejar de tan aciagas horas
El influjo maléfico ! De dichas
Inagotable copia te brindara
Solícito mi afan, y en grato sueño,
En seráfico amor te adormiria.
Templa, templa el rigor de los que sufro
Negros tormentos que mi fuerza rinden.
Oiga el alma tu voz; y ya que el cielo
Nos quiso unir en lazos fraternales,

Altos ejemplos á mis ojos muestra
De gloria y de virtud. Haz que lanzando
Del corazon herido los dolores,
Águila audaz que los espacios hiende,
En amoroso cántico prorumpa,
Bendiciendo al Señor; y logre un dia,
Limpio de mancha, reposar dichoso
En el gremio de paz donde los tiempos
Huellas no imprimen de su ardiente giro.

Madrid, agosto de 1851.

A un ramo de pensamientos.

Volad, volad, pensamientos,
Al objeto de mis ansias;
Volad, pensamientos mios,
Llenos del fuego del alma.
   Decid á la que idolatro
Que hoy el júbilo os embarga,
Decid que anhelais rendirle
Dichas nunca imaginadas.
   En vuestro leve perfume
Llevadle memorias gratas,
No desperteis en su mente
Visiones acaloradas.
   Impresos llevais mis labios,
Que en besaros se embriagan;
¡Dichosos si en vuestras hojas
Se imprimen los de mi amada!

Madrid, 1854.

En el nacimiento de la Princesa de Astúrias.

SONETO.

Del temeroso bronce el estampido,
Que de pavor el ánimo enajena,
Ya del aire en los ámbitos resuena
Por placenteros ecos repetido.
¿Qué númen celestial lo ha conmovido?
¿Quién sus mortales ímpetus enfrena?
¿Quién al ciego ministro de la pena
Hoy en nuncio del bien ha convertido?
La patria y el amor. ¿Cómo podria,
Aun siendo bronce, con rugiente saña
Sembrar de espanto y de terror el suelo?
Hoy todo se estremece de alegría;
Hoy nuevo fruto, para bien de España,
Al árbol de Isabel otorga el cielo.

Madrid, 1851.

EN EL ALBUM

de la señora

Doña Tomasa Andrés de Breton de los Herreros.

SONETO.

Cuando despojo de la parca dura
Cayó Inarco, la ibérica Talía
Seco miró el laurel que antes ceñia
Y velado su altar en niebla oscura.
   Pero la estrella de Breton fulgura.
Y de nuevo renace á la alegría;
Y la luz de la hermosa pöesía
Brilla por él con claridad más pura.
   Empero el astro, de la patria escena
Esperanza y salud, errante vaga,
Codiciando de amor las tiernas flores;
   Te encuentra al fin, se rinde á tu cadena,
Y el dulce fuego en que tu amor le paga
Le corona de eternos esplendores.

Al Pueblo Español,

al ir S. M. la Reina á presentar en el templo la augusta Princesa de Astúrias,

DESPUES DEL INÍCUO ATENTADO DEL 2 DE FEBRERO.

SONETO.

Cuando á instantes de plácida dulzura
Tu generoso pecho apercibido,
Viste trocarse en lúgubre alarido
Los acentos de amor y de ternura,
La ronca voz de la traicion impura
Lanzó rabiosa aterrador rugido,
Y el ángel de Isabel, el seno herido,
Voló radiante á la suprema altura.
¡Gloria al Señor! Renace á la alegría,
Pueblo feliz; con reverente pasmo
Mire tu dicha el infernal encono.
Sepa Isabel, en tan excelso dia,
Que es su mejor corona tu entusiasmo,
Tu amante corazon su mejor trono.

Madrid, 1852.

A la Condesa de Velle.

EPÍSTOLA.

Ego consilii.
CICERON.

Si para el alma que padece al crudo
Rigor de males que su paz conturban
Es derramarse en otra lenitivo,
Dejad que logre minorar mis penas
Y en vuestro tierno pecho generoso
Busque alivio al dolor, oh dulce amiga.
¡Cuántas el hado impenetrable ofrece
Á mi justo anhelar tétricas horas
De abatimiento y amargura! ¡Cuántas
De inexplicable afan, en las que miro
Cerrado el puerto de la dicha, y negras
Nubes que el sol de mi esperanza ofuscan!
Tal suele ufano en voladora quilla
Lanzarse el náuta por las crespas olas;
Y cuando juzga de ignorados mundos
Tocar las playas y ceñir laureles,
Mira chocar los erizados montes

Que cubre el Noto de revuelta espuma,
Siente rugir los contrapuestos aires,
Bramar el trueno en la region vacía,
Y del lampo fugaz al turbio rayo,
Nuncio de horror, el tremebundo espectro
Ve de la muerte, que con faz helada
Surge á gozarse en el comun trastorno.
¿Qué de la paz y de la dicha entonces?
¿Qué de los sueños de grandeza y gloria?
Leves aristas que arrebata el Austro,
Nacen y mueren, y en el alma dejan
Pena, y afan, y desengaño horrible,
Y odio, y rencor, y bárbaro egöismo.
¡Oh si el arcano de mi ser pudiesen
Escrutar vuestros ojos, y la pugna
Que siento en mí de indóciles deseos
Me descifrasen vuestros labios! ¡Cómo
De los ignotos móviles que alientan
Mi actividad los ímpetus reglara!
Y hora al impulso de encontrados vientos
Conmigo mismo sin cesar batallo;
Hora sediento de poder y honores,
Ya de ambicion por las ardientes vias
Corro soñando en la ventura humana;
Ya, desgarrado el corazon, contemplo
Miseria y dolo y servidumbre; ó miro
Que triunfan la perfidia y la lisonja

De virtud y saber, que el necio vulgo
Falsas deidades insolente adora;
Y por la amable soledad suspiro
Donde calla el rumor de las pasiones
Al blando aspecto de feliz natura.
¡Oh soledad, oh campos deleitosos
En que al arrullo de las claras ondas
Del manso Bétis se meció mi cuna!
¡Quién á los tiempos de la alegre infancia,
Con la triste experiencia de mis años,
Tornar me diese, y en profundo olvido
Venturoso morar en vuestro seno!
Sordo al clamor de la afanosa lucha
De la existencia cortesana, entónces
Bienes de hermosa paz disfrutaria.
Sano allí el corazon, libre la mente,
Ya en el hechizo de la flor modesta
Que abre su cáliz al menudo aljófar
De la fresca mañana, ya en la verde
Yerbecilla del prado, ya en las linfas
Del que á Sevilla caudaloso ilustra
Padre Guadalquivir, hondos veneros
De noble inspiracion, de vida y gloria
Mi férvido entusiasmo encontraria.
No entonces viendo las cobardes lides
Que de intriga falaz, ó de impudente
Desfachatez, ó de avaricia infame

Los asquerosos númenes coronan,
De indignacion y de vergüenza henchido,
Mi propio ser con ódio execraria.
Más risueñas imágenes, más puros
Sentimientos del alma generosa
Fueran grato solaz; y el torpe ahinco
De la hervidora multitud, que en sangre
De sus propias entrañas se alimenta
En el civil tumulto, indiferente
Mi sosegado pecho despreciara.
　Ni presumais que el interés mezquino,
Alma de nuestra edad, ciego me irrita;
Que ilegítimo anhelo me devora;
Que, por sueños fantásticos guiado,
Busco en el mundo lo que en él no existe,
Y la campestre soledad prefiero
Al trato de los hombres. No en la vida
Rústica y solitaria los halagos
De paz y de virtud solo residen:
El comercio social puras delicias
Tambien engendra, y la amistad süave
Más florece al amor de la cultura.
¿Por qué, pues, á mi espíritu se aferra
Melancólico humor? ¿Por qué codicio
Léjos huir de las voraces olas
Del cortesano mar, yo que no aliento
Sin humano consorcio, que idolatro

Los puros fuegos de amistad sublime?
¡Ay dulce amiga! Para el ser que nunca
Á interesables cálculos sujeta
Los afectos del alma, y se abandona
Con incesante ardor al ejercicio
Del que juzga deber, no hay en el mundo
Sino desprecio ó compasion impía:
Harto lo sé por experiencia. ¿Cuándo
Frutos me ha de brindar esta enseñanza?
¿Cuándo el camino seguiré que corren
Los que al provecho hidrópicos se arrojan?
¿Cuándo el fácil sendero que conduce
Á los honores y al favor, en alas
De la insolencia ó del audaz cinismo,
Con planta osada pisaré? ¿Qué valen
Los honrados escrúpulos? ¿No es ancha
Y expedita la senda? ¿No la siguen
Muchos, y en ella galardon recogen?
De la moral los sacrosantos fueros
En la region política sofocan,
Ya la razon de estado, ya el impulso
De utilidad ó conveniencia. ¿Debo
Vivir tan solo en tímida esperanza,
Desdeñando los bienes de la vida,
Sin ver cuán pronto la vejez asoma
Su faz temible cuando puerto amigo
Buscar no supo nuestra edad robusta?

¿Debo acallar los que en mi pecho bullen
Sentimientos de honor, y en el torrente
De la ignominia general lanzarme?
¿Rendiré vasallaje al egöismo,
Ingrato y vividor que el alma hiela?
Hablad, oh amiga, y de las negras dudas
Que mi agitado espíritu combaten,
Como rayo de sol, vuestras palabras
La densa niebla súbito disipen.
Mi vacilante fe vuestros consejos
Alienten cariñosos; y reciba
De vuestra noble inteligencia el triste
Que en tributaros amistad se ufana,
Provechosa leccion, dulce consuelo.

Madrid, 1853.

En un Album.

Como un huerto deleitable
Son regalo del sentido
De flor que no ven los ojos
Los perfumes peregrinos,
  Y al influjo de su esencia,
En el verde laberinto,
Ver soñamos que en el cáliz
Guardan perlas de rocio,
  Tal á mí llega el incienso
De los nobles atractivos
Que en vos la piedad celeste
Colocar próvida quiso;
  Y al saber vuestras bondades,
Al soñar en vuestro hechizo,
Linda flor, encanto y gala
Del puro vergel nativo,
  Embriagado en el aroma
Delicioso que respiro,
En vos la belleza aplaudo,
En vos la virtud bendigo.

Sevilla, 1855.

A Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

EPÍSTOLA.

Quando vemos el engaño
Y queremos dar la vuelta
No ha lugar.
D. JORGE MANRIQUE.

My lyre, the heart; my muse, the simple truth.
BYRON.

Desde el repuesto valle que circundan
Altas montañas de verdor, cubiertas
De encinas y de robles; donde crecen
El chopo y el laurel junto al castaño
Y al robusto nogal, y en sesgo curso
Por la llanura el Ánaz se desata,
Libre ya de la fiebre que mi sangre
Inflamó sin piedad, la fantasía
Vuela y contigo disfrutar presume
Puras delicias de amistad sincera.
Aquí, trepando por los altos montes,
Busco salud, en la eminente cumbre
Los benéficos aires respirando

Del ancho mar; y el corazon refrescan,
Ya la memoria de mi ausente madre,
Ya la de aquellos indelebles dias
En que á las verdes márgenes del Dauro
Y apacible Genil sábias lecciones
De tu amoroso padre recibimos.
Tiempos alegres, en que el sol brillaba
De la risueña juventud, ¡ cuán pronto
La cortesana vida tormentosa
Vuestra paz anubló! ¡Cuán pronto el rayo
De encontradas pasiones, que del jugo
Del corazon voraces se alimentan,
Las rosas marchitó cuya frescura
Gala fué del pensil en los floridos
Cármenes de Granada! ¡Cómo el hielo
Del desengaño aterrador sofoca
La voz del entusiasmo generoso!
¿Quién el descuido de los años breves,
Y el festivo reir, y la sencilla
Felicidad del alma, siempre abierta
Á sentir y creer, hoy que implacable
Nos arrebata el ráudo torbellino
Donde la dicha y la virtud zozobran,
Nos podrá devolver? ¿Quién las que amamos,
Con amor celestial, prendas queridas
Alzará de la tumba? ¿Quién, oh Aurelio,
Tu tierno padre, la que fué custodio

De mi primera edad y mora ufana
En regiones de luz, con mano amiga
Al sueño eterno arrancará, y al goce
Devolverá de nuestro amor? ¡Ay triste!
Nadie consigue revocar las leyes
Que natura formó. Nadie la rueda
De los veloces años poderoso
Logra fijar, ni arranca del sepulcro
Á los que en él la pavorosa muerte
Para siempre arrojó. Ciegos, errantes
Por el mundo cruzamos, á ilusiones
Rindiendo culto fervoroso, y vemos
¡Lamentable espectáculo! que nunca
De la virtud los generosos timbres
Con el honor debido prevalecen,
Sino que hundidos en el polvo yacen
Mientras el triunfo canta la insolencia
Que á todo aspira, y lo consigue todo.
¿No oyes hablar de libertad? ¿No escuchas
Cuál la proclama en discordantes voces
La chusma descreida, que se arroja,
Como feroz bacante, á profanarla?
¡Mísera condicion del pueblo hispano!
Crédulo aspira siempre á lo que ignora
Su mal culta razon; y cuando llega
El logro de su afan, siempre sucumbe,
Ó del error ó del exceso esclavo.

¡Cómo la dulce libertad que adoras
Turba rugiente desbandada afea
Con insano furor! ¡Cómo las heces
Del vino de la infamia, y el sonido
Del oro extraño, que al rumor se mezcla
De los alegres vítores, insultan
Su candor virginal! ¡Cómo refugio
Busca y amparo donde no la invoquen
Arlequines políticos, por quienes
Su majestad se trueca en ignominia!
No es esta, no, la libertad que ilustra
Y ennoblece á los hombres; no la sábia
Que da ser á los pueblos. Chilladora,
Procaz, recorre las abiertas calles
Seguida de satélites groseros;
Y ni protege la honradez, ni ensalza
La modesta virtud, ni sacrifica
La bastarda ambicion; antes se goza
En estériles cánticos, y alienta
La impunidad del crímen en la indigna
Escoria popular, sin que los fueros
De la razon á contener alcancen
De sus adeptos la insaciable furia.
¿Qué fué de aquella edad en que sin tanto
Vano y largo discurso, recogido
Á retazos sonoros de inconexa
Y mal sana doctrina en las zahurdas

De soñadores gálicos, Castilla,
Y Aragon, y Valencia, y los que beben
De Bétis y Genil las claras ondas,
Ó en los poblados montes apacientan
Del astur y del vasco, practicaban
La santa libertad, mientras gemian
Bajo el látigo atroz del feudalismo
Cien y cien pueblos de la culta Europa?
Ya el poderoso municipio, atento
Á defender y acrecentar los bienes
De la ciudad ó villa, con ventaja
De la masa comun, trocado yace
En concilio político; perpétuo
Semillero de intrigas, donde claman
Por *libertad de accion* los dignos padres,
Porque apropiarse intentan libremente,
Ya un pedacillo de terreno inculto,
Ya el inútil despojo de la poda
De un dilatado monte, ya el derecho
De repartir la carga que las leyes
Sobre todos echaron, de manera
Que lo que á todos toca no les toque.
¡Oh rural sencillez! ¡Oh hermoso fruto
De la perfecta ilustracion que importan,
Sin imitar lo bueno, los que execran
Todo lo extraño, y adorando viven
Exóticas visiones, que pretenden

Ensayar en su patria, aunque el ensayo,
Sacrílego y estúpido, pudiera
En lágrimas y en sangre sumergirla!
Tú lo sabes tambien. El solo anuncio
De esa funesta libertad... ¿qué digo?
De esa horrible anarquía, en cuyos brazos
El comunismo bárbaro se ostenta,
Bastó á inflamar el codicioso anhelo
Del que, avezado á la pereza, henchido
En los falsos principios que proclaman
Apóstoles del crímen, é ignorando
(¡Vergonzoso abandono!) cuántas letras
Contiene el alfabeto, por los goces
Del que adquirió riquezas laborioso
Con avidez suspira. Extremadura,
Galicia y las campiñas abundosas
De la opulenta Málaga publican
¡Oh aberracion! el lastimoso efecto
De tan inícuas máximas en hombres
De escasa luz y sórdidos instintos.
Allí, de la obediencia saludable
Roto el freno, los vándalos que juzgan
Cómodo y útil practicar las reglas
Que tribunos fanáticos pusieron
Como infalibles á sus ojos, rompen
La ajena propiedad; con el sagrado
Derecho de la fuerza la arrebatan

Á sus dueños legítimos; destruyen
Los antiguos linderos [8]; el trabuco
Y el fusil patriótico en sus manos
Muertes vomitan; y en el negro abismo
De su vil ignorancia se figuran
Que proceden cual libres, cuando solo
Son infames ladrones y asesinos.
¡Y estos los bienes son, estas las glorias
Á la patria doliente prometidas!
¡Oh vanidad del hombre, cuál te engañas
En tus mejores cálculos! La sorda
Codicia del poder, cuando nos ciega
Hidrópico anhelar, siempre concluye
Por despertarnos en oscura sima
De males imprevistos; siempre el rayo
Que lanza furibunda se revuelve,
Al soplo de divina Providencia,
Y el alcázar desploma que á las nubes
Sus locas ilusiones levantaron.
Yo, mi querido Aurelio, no disculpo
Las iras del poder, ni los rigores
De la suprema autoridad, acaso
Al desman y al abuso compelida
Por émulos indóciles, no todos
De igual fe y ardoroso patriotismo
En tan perennes luchas animados.
Yo lamento el error del que se aferra

Á la dorada silla; presumiendo
Que el lustre del poder se menoscaba
Si á la que juzga sinrazon sucumbe,
Y no comprende que su gloria exige
Que deponga la púrpura. Yo siento
Asco y rubor ante el audaz cinismo
Que hace del vicio ignominioso alarde.
Pero abomino al par la tiranía
Del turbulento prócer, del oscuro
Conspirador, del vano periodista
Cuyos torpes manejos ocasionan
Medidas de rigor. Y ¡ ay de los pueblos,
Ay de los tronos, si, encontrando estrecha
La atmósfera en que viven abrumados
Bajo el inmenso cúmulo de honores,
No siempre merecidos, que la patria
Les prodigó, banderas enarbolan
Caudillos militares, ambiciosos
De más alto poder, y al dócil vulgo
Deslumbran y entusiasman, y destruyen
La disciplina del soldado, firme
Basa del órden que la paz sustenta!
¡Qué invenciones despues! ¡Cuántos esfuerzos
Por disculpar lo indisculpable! Todos
Héroes son que la fama en sus clarines
Ha de llevar á los remotos siglos:
Y, disipado el vértigo, los unos

Cobran por galardon de sus perfidias
El desprecio comun; los otros lloran
La iniquidad de su soberbia; tales
Que oscurecer soñaban los blasones
Del puro Cincinato, sus laureles
Arrastran por el lodo y acrisolan
Su inconcebible nulidad; y el pobre,
El crédulo artesano que á las balas
Expone el pecho y en la lid sucumbe,
Presa es antes de un año del olvido.
¡Y siempre, oh Dios, en fratricidas luchas
Se agostarán las fuerzas de la patria!
¡Y no pondrá tu omnipotencia un dique
Al periódico mal que la devora!
Huyamos, Aureliano, del impuro
Fangal donde se agitan los farsantes
De la escena política: nosotros
Nunca en venales ímpetus cubrimos
De dura execracion las mismas obras
Que por buenas y justas cimentamos,
Ni la infanda bajeza cometemos,
Hoy tan comun, de renegar de todo
Lo que alzó nuestra fe. La consecuencia,
El honor militar, la generosa
Gratitud, siempre noble, son ahora
¡Oh vil prostitucion! vanos dictados.
Huyamos, pues, y en el cultivo ameno

De las amigas letras, fuente pura
De inefables delicias, el tumulto
De la vida política olvidemos.
Tú que al Luciano de Castilla elevas
Monumento inmortal, y tanto ilustras
La sábia oscuridad de sus escritos,
Erudito filósofo, prosigue
De tu feliz *Quevedo* en los amores,
Y al raudal de tu ciencia lo enriquece[9].
Y si te place más la blanda lira
Pulsar enamorado, de tu *Higiara*
Repite la cancion; que otra más bella
En la sonora lengua de Cervantes
No ha de ofuscar de su tersura el brillo[10].
Aquí donde el espíritu se eleva,
Entre estas melancólicas montañas
Y pintoresco valle, á los espacios
De un mundo superior, ya de natura
Los varios dones disfrutar podrémos,
Ya consagrar al provechoso estudio,
En el albergue que amistad sincera
Me concede solícita[11], las horas
De ardiente sol; ó ver que entre celajes
De azulados matices amortigua
Su blanca luz la macilenta luna.
Pero si más te agradan los lugares
Donde nació nuestra amistad, corramos

Á la morisca Alhambra, y adormidos
En sus templados bosquecillos; viendo
Saltar el agua en las marmóreas pilas,
Ó con ténue murmurio deslizarse
Al trino de los libres ruiseñores;
Oyendo, como en eco misterioso,
Besos de amor ó lánguido suspiro,
Retornarán las apacibles horas
En que tu hermano allí nos acordaba
Los triunfos de Alhamar; en que creia
Nuestro entusiasmo juvenil, do quiera
Por el moruno alcázar transparente
Ver revolar fantásticas huríes.
Allí tambien, en el Sagrado Monte,
Claro honor de Granada, nos espera
La cordial amistad del venerable,
Del puro sacerdote á quien debiste
Lecciones de virtud; por quien un dia
De los reyes austriacos las hazañas,
Las bondades ó vicios á los ojos
Del mundo se pondrán, con los colores
De la verdad austera, y cuyo recto
Jüicio y noble corazon se agradan
En hacer bien y practicar lo justo.
Ó volemos á Córdoba; y al lado
De tu amorosa madre, en los tendidos
Olivares de Zuheros, á la sombra

De tu heredado hogar, de las finezas
De la que ser te dió cogiendo el lauro,
Su ancianidad en flores regarémos.
¡Venturosos nosotros que en las olas
De estos revueltos mares no perdimos
La pureza del alma! ¡Venturosos,
Que en virgíneo candor aun admiramos
Las gracias de natura; que sentimos
Á las memorias de la edad primera
Palpitar nuestro pecho, y al ajeno
Dolor, á la desgracia de otros seres
Ni compasion ni lágrimas negamos!

La Torriente (Hermosa), octubre de 1854.

En la noche de Todos los Santos.

Shades of the dead! have I not heard your voices
Rise on the night-rolling breath of the gale?

BYRON.

¿Qué sombras se deslizan en lágrimas regadas
De luces moribundas al trémulo fulgor,
Cruzando ante mis ojos por montes y cañadas
De fúnebres tañidos al lánguido clamor?

Helados airecillos de noches otoñales,
Escarcha desparciendo con ténue suspirar,
Salpican los sudarios que en largas espirales
Se pierden en las nieblas que vienen de la mar.

Reprimen los arroyos su gárrulo murmullo;
Las hojas que se cubren de triste amarillez
Espiran en el árbol que fué del bosque orgullo;
Los valles aletarga nocturna lobreguez.

Resuenan en los aires cual místicos gemidos
Clamores que despiertan recuerdos de dolor;
Clamores que redoblan del pecho los latidos
Y en almas criminales acrecen el pavor.

No son estas que pasan fantásticas visiones;
Las miro por la niebla confusas revolar;
Hoy rompen de la tumba las tétricas prisiones,
Sus lúgubres arcanos ansiando revelar.

¡Miradlas! En sus ojos no hay rayos, y fascinan;
Sin voz ni lengua, en himnos prorumpen de placer;
Jazmines de su frente derraman, si la inclinan,
Y al punto se ven otros en ella florecer.

¿Qué dicen? Escuchemos el eco misterioso:
«No es vida la del vicio, la vida es la virtud.
En brazos de la muerte llegamos al reposo
Que brinda con los frutos de próvida salud.»

¡Oh voz de los que yacen en el sepulcro helado,
Tú sola nos anuncias la luz y la verdad;
Tú sola manifiestas al hombre desdichado
La patria en que los buenos respiran libertad!

Y tú, sombra querida, que en más pausado giro,
Dejando á tus hermanas, me miras con amor,
Y plácida recoges el íntimo suspiro
Que dice de mis cuitas el áspero rigor,

Devuélveme al contento de más tranquilas horas,
Renueva los halagos del sueño juvenil,

Así como al rocío de cándidas auroras
Renacen con los años las galas del abril.

De indómitas pasiones el mar embravecido
Con mano poderosa modere tu bondad,
Y oculten á mis ojos las alas del olvido
Memoria siempre viva de horrenda iniquidad.

Tú sabes que en la lucha con hados implacables
La santa Providencia mis pasos dirigió;
No dejes que los vientos que rugen indomables
Mi espíritu dobleguen que tanto resistió.

Pues noble compañera, y amiga, y madre fuiste,
Que ornó de blandas flores mi tierna juventud,
Hoy Rosa[12] de los cielos que al ábrego resiste
Sustenta y fortifica, piadosa, mi virtud.

Adios, sombra querida; sé bálsamo á las penas
Que afligen á mi madre, distante por mi mal,
Y llévale amorosa las blancas azucenas
Que guardan en su cáliz la dicha del mortal.

La Torriente (Hermosa), 1.° de noviembre de 1854.

A Don Isidoro Millas y R. de Segovia.

Ya, mi querido Isidoro,
Luce la llama del dia
Que del santo de tu nombre
Las virtudes solemniza.
  Hoy la católica España
Rinde á su ciencia divina
En tributo de oraciones
Recompensa merecida;
  Y humillada en los altares
De su egrégia sede antigua,
La que aun por patron lo aclama
Lágrimas de amor le brinda.
  Tanto pueden, tanto logran
Virtudes y ciencia unidas,
Si en Dios el orígen buscan
De la paz y de la dicha.
  Por él nacen, por él viven,
En edades infinitas,
Glorias que sin él se apagan
Como luz que al viento espira.

Jóven eres: en tu pecho
Nobles ímpetus se abrigan:
Tan altos ejemplos copia;
Tan rara piedad imita.
Apartándote del fango
De la negra duda impía,
Busca el sol de las verdades
Que las almas purifican.
Sigue el plácido sendero
Que sus rayos iluminan:
Hacer bien es para el hombre
La mejor sabiduría.
Adios: en dulce memoria
De amistad constante y fina,
Doy á las auras del Bétis
Los acentos de mi lira.
¡Ojalá, cuando á tu oído
Cariñosas los repitan,
No cual yo triste suspires
En negra melancolía!

Sevilla, 17 de abril de 1855.

Al Doctor Don Fernando de Ulíbarri.

EPISTOLA.

Medicus naturæ minister et interpres.

G. Baglivus.

Doctor, la ciencia que con mano amiga
Y paternal solicitud devuelve
Al aterrado corazon del hijo
(Que, en lágrimas deshecho, se juzgaba
Huérfano ya de amor) el dulce halago
De una querida madre, no del hombre,
Hija es de Dios. Y el alto sacerdocio
De ministrar la vida, que atesora
Consuelos inefables para el alma
De quien sabe querer, vivo trasunto
De la virtud angélica. Dichoso,
Dichoso yo que en las amargas horas
En que, asomado al tenebroso abismo
De la más negra soledad, miraba
Con indecible angustia el brazo helado
De la implacable muerte junto al seno
De mi adorada madre, en el tesoro
De vuestra ciencia generosa alivio
Á mi afan encontré, y al noble impulso

De vuestra experta mano contenerse
Las olas vi de la caliente sangre
Que cual torrente súbito lanzaba
Del fondo de su pecho la que un dia
En sus entrañas me abrigó. ¿Qué gloria
Puede igualar á la tranquila y pura
Del que inocentes víctimas arranca
Del númen destructor al ansia fiera,
Y en envidiable galardon recoge
Flores de tierna gratitud y el gozo
De ver felices prolongar sus años
Á los que en brazos del dolor yacian
Y con la dura muerte reluchaban?
¿Será tal vez la del tirano impío
Que se apacienta en crímenes, ó el triunfo
Que con muertes y lágrimas se compra?
¿Será el vano oropel en que se envuelve
Quien por regir la sociedad conspira,
Y á su ambicion hidrópica de mando
La paz, la dicha, la virtud pospone?
¿Será el aplauso efímero que otorga
Ilusa plebe al mentidor tribuno
Cuando, profeta del error, difunde
Torpes delirios que al incauto halagan?
No, no será. Si embrutecida ó ciega
Pudo la humanidad tejer coronas
En otros siglos para ornar la frente

Victoriosa del mal, ya enardecido
En mortífera lid, ya deslumbrado
Por vanidosos timbres, la mentira
En oprobio del hombre difundiendo,
Hoy, á despecho de la saña odiosa
De una ciencia falaz cuyos rugidos,
Cual de huracan asolador, conturban
Los mas nobles espíritus y el fondo
De la espantada sociedad remueven,
Hoy florecer en su apartado valle
Miro la paz de la virtud cristiana,
Y, como roca, en inflexible tallo
Fragancias esparcir, sin que disipe
Su benéfico hechizo la violencia
Del furibundo error que la combate.
Así, rasgando la tiniebla impura
Que á los ojos del mundo mitigaba
El esplendor sublime de la heróica
Ciencia amiga del hombre, y los afanes
De sus sábios ministros envolvia
En injusto desden, vuestros desvelos
Podrán hallar el galardon süave
Que los triunfos del alma glorifica.
Así tambien los que en su pecho albergan
Fuego de gratitud podrán gozosos
Coronar vuestra sien, y el fresco lauro
Que al lento giro de la edad resiste

Á vuestras plantas tributar; que nunca
Triunfo más digno conseguir fué dado
Que vencer á la muerte, y satisfecho
Vivir entre amorosas bendiciones.

Sevilla, febrero de 1855.

A Don Joaquin José Cervino.

EPISTOLA.

Nuestro estado normal es la anarquía.
BRETON DE LOS HERREROS.

Lasciam le cose andar, che andranno bene.
CASTI.

¡Con que, á pesar de tu honradez sin tacha,
De tus largos servicios, de tu ciencia,
Sereno te despacha,
Procediendo con rígida conciencia,
Un grave consejero al apartado
Retiro de tu hogar! Ya se han salvado
La libertad y el trono. Ya los fueros
De la moral augusta profanada
Vindicados están. Ya, buen Cervino,
Habrá un héroe feliz de barricada
Pescado en la refriega tu destino.
¡Oh codiciar modesto!
¡Oh triunfo de la patria manifiesto!
Con tan sencillo cambio se restaña
Y recobra en un punto la vertida
En la fraterna lid sangre de España.

Y aunque de *sanguijuela del Estado,*
Timbre que en santo horror te conferia
El neto liberal (hoy empleado),
Has perdido el renombre; pues del lecho
Huyó aterrada la viruela impía
Que se cebó en tu sangre, y sacudiste
Sus últimos resabios, deja al pecho
Que indómito resiste
De pertinaces fiebres la porfía,
Que por el bien de la salud precioso
Llegue á felicitarte cariñoso.
¿Escuchas los clamores?
¡Patria! ¡Honor! ¡Libertad! ¡Vengan á tierra
Los pérfidos traidores!
¡Moralidad, moralidad ó guerra!
Y esa indignada turba de patricios,
Á la que espantan los horrendos vicios
De los fieros tiranos,
¿De quiénes se compone? Ayer propicios
Séides los más ó viles cortesanos
De los que insultan eran, ó tronaban
Con píticos furores contra el crímen
De los seres abyectos que chupaban
La sangre de la patria en un destino;
Y hoy, querido Cervino,
Como siniestro bando de vencejos,
Por su parte en el triunfo, se disputan

Aun los más miserables destinejos.
¡Oh vergonzosa indignidad! ¡Oh mengua!
Apartemos los ojos de este cuadro,
No manche el describirlo nuestra lengua.
¡Qué vida tan feliz la del que goza,
Sin remar en la barca del Estado,
Blanda holgura que el ánimo alboroza!
¡Cuán negra la del mísero empleado,
Que con muy justos méritos percibe
El necesario sueldo con que vive!
Exento aquel de agitador cuidado,
Libre respira en su modesto asilo;
Este, siempre intranquilo,
Ve sobre sí, terrífica enemiga,
La pendiente de un hilo
Espada del favor y de la intriga.
¡Triste suerte, por Dios! ¡Y hay quien se emplea!
¡Quien, por llamarse *el director Fulano*,
Siendo de sus riquezas soberano,
Esta insegura esclavitud desea!
Mas aunque algun ejemplo lastimoso
De tal codicia ó vanidad punible
Se haga en la cosa pública sensible
(Hablando en periodista riguroso),
Segun dice el adagio castellano,
Una sola volátil golondrina
No hace nunca verano;

Y lo que aflige siempre y desatina
Al más experto y justo gobernante
Es ver ¡necesidad endemoniada!
Que cuando media España está empleada
Grita la otra mitad: «¡Quedé cesante!»
Dura verdad. El cáncer que devora,
Sin otros mil, la hispana monarquía,
Que hoy yerman y destruyen á porfía
Del *Cólera* la sed devastadora
Y el colérico afan de la anarquía,
Es, bien lo sabes tú, *la empleo-manía.*
¿Por qué? No hay que buscar á este deseo
De entrar en el político rebaño,
Luchando con teson año tras año
Por lograr un empleo,
Recónditos orígenes. ¿Hay modos
De que decentemente vivan todos
Los que nacidos en mediana esfera
Han seguido con gloria una carrera?
Y al pobre á quien espíritu divino
Dió sublime cantar, ¿qué suerte espera,
Si nó pega petardos al vecino,
Más que el crudo rigor del hambre fiera,
Sin la estéril limosna de un destino?
Abriéranse en España los senderos
Que honra y provecho dan en otras partes,
Donde, á par del aplauso, la cultura

Brinda ricos veneros
Al númen de las ciencias y las artes;
Y ní al peso gimiera doblegada
De tributos sin fin la agricultura,
En rutinario círculo encerrada;
Ni el laborioso apóstol de la ciencia
Su modesta ambicion consumiria
En vano afan de digna independencia;
Ni la devoradora *empleo-manía*
El giro que ha tomado seguiria.
  Es cierto que al amor de esta intratable
Funesta precision levanta el grito
Mucho moscon inútil, mucho instable
Régulo de café, mucho erudito
En los nobles arcanos del garito;
Y que tanto da á veces en la breva,
Que el más desvergonzado se la lleva.
Pero este duro mal que nos desdora
La verdad de mi aserto corrobora;
Y achacar no se debe á la codicia
Lo que más bien es fruto
De la necesidad y la impericia.
De la impericia, sí, del incivismo
De los que siempre atentos estuvieron
Á destruir vandálicos, é hicieron
Monopolio especial del patriotismo
Para empujar la patria hácia el abismo.

¡Cuánto *pronunciamiento glorioso!*
¡Cuánta revolucion! Y las más de ellas,
Aunque *puras* y *santas*, han cegado
Con su fango asqueroso
El manantial fecundo desatado
Por la prudente libertad; y hoy lloran
Los que la triste suerte
De la nacion ibérica deploran,
Ver sus vitales gérmenes hundidos,
Por el ciego furor de los partidos,
En el oscuro centro de la muerte.
Tú lo lloras tambien. No porque hambriento
Sórdido exclusivismo te arrebate
Al cargo que ilustraba tu talento;
Porque en tu pecho late
Puro amor de la patria, y te da pena
Que arrastre envilecida la cadena,
Sierva siempre del hórrido egöismo
De algun desenfrenado despotismo
Que su vida envenena.
Caro Joaquin, cuando el arrojo exalta
La escoria popular á dictar leyes,
¡Ay de pueblos y reyes!
Cuando no regeneran las naciones,
¿Para qué fabricar revoluciones?
A su vil impotencia abandonadas,
Maldecidas sucumben y execradas.

Los cielos te dotaron
De ingenio y de saber : la pluma enristra,
Y al ministro perdona que administra
Tan mal justicia. Por distintos modos
Así suelen ser todos.
El que hayan muchos tu modestia honrado,
Viendo que tú con aptitud laudable
No eras *hombre político marcado*,
Sino recto empleädo,
¿Qué importa? El patriotismo de estos dias
Es menos manejable:
El mérito, Joaquin, no *causa estado*.
Al arma, pues. Las dulces armonías
De tu inspirada voz entrega al viento.
En el sublime y sacro monumento
Coge bíblicas flores,
Y lánzate á luchar ¡mísera lucha!
Con avaros libreros y editores.
Tú que pintaste de *la casta hebrea*
El amor de la patria generoso,
Que del asirio la arrogancia afea,
No pintes el afan ignominioso
Que en son de patriotismo nos rodea.
Ni de tu eterna *Sara*
Al vivo amor y plácida ternura,
Siempre á las madres cara,
Del ódio, del error, de la impostura

Hoy contrapongas el aleve instinto
Que anuncia mortandad en sangre tinto.
Canta las glorias de *Bailen*. El vuelo,
Émulo de Lëon, remonta àl cielo.
Diga la voz de tu dolor profundo
La *espiracion* del Redentor del mundo;
Y en tu lira resuenen soberana,
Pasando á otras edades,
Las ínclitas verdades,
Los altos triunfos de *la Fe cristiana* [13].

La Torriente (Hermosa), octubre de 1854.

En un Album.

Clara luz de esta ribera,
De tu hermosa juventud
Con puro entusiasmo cantar ambiciono
La egrégia virtud.
—¡Ay del cantor!
En sus labios la dulce armonía
Sofoca el dolor.

Las delicias disfrutando
Del cariño maternal,
Aun ves de la vida cubierto de flores
El seco erial.
—¡Ay del cantor!
En las flores abrojos encuentra
Que causan dolor.

De tus bellas ilusiones
Goza el encanto feliz;
Que pierden las flores al soplo del Austro
Su rico matiz.

—¡Ay del cantor!
Soñó dichas, y en brazos despierta
De negro dolor.

Y cuando tristes pesares
Turben tu felicidad,
Invoca el auxilio de aquella que es fuente
De inmensa piedad.
—¡Ay del cantor!
Á los cielos que templen suplica
Su aciago dolor.

Sevilla, junio de 1855.

A Don Antonio Rodriguez Ogea.

EPÍSTOLA.

Non potes avelli.
OVIDIO.

Llora, querido Antonio: cuando nácen
Del corazon las lágrimas son gloria
De las almas que en ellas se deshacen.
Gócese el crudo pecho en la victoria
De no llorar, y, como roca dura,
Cierre á tiernos afectos la memoria;
Más alta, y noble, y generosa, y pura
Es la esfera en que vive el que alimenta
Los frutos del amor y la ternura.
El ánimo gallardo se apacienta
En sentimientos puros; el impío
En la lucha del alma turbulenta.
Como aura fresca en ardoroso estío,
Como perfume de tempranas flores,
Como lluvia de plácido rocío
Es el amigo llanto á los dolores.
¡Qué fuera del mortal si en la amargura
Lágrimas no templasen sus rigores!

De este apartado valle la hermosura,
La austera majestad de estas montañas,
Estos campos cubiertos de verdura
Fueron libre teatro á las hazañas
De tu primera juventud. ¡Y ahora,
Para siempre tal vez, de ellos te extrañas!
¡Y en lágrimas prorumpes! Llora, llora;
Que harto debes llorar cuando te alejas
De esta grata mansion encantadora.
Aquí los padres amorosos dejas
Que en ausencia del tuyo te arrullaron
En la niñez con útiles consejas,
Y, cuando en tí los años despertaron
La clara luz de la razon divina,
Tus laudables anhelos coronaron.
Cada verde laurel ó añosa encina,
Cada herbosa pradera, cada fuente
De regalada linfa cristalina
Pone á tu amante corazon presente
Algun dulce recuerdo de la infancia,
De los que siempre viven en la mente.
De estas silvestres flores la fragancia,
Que aduló tantas veces tus sentidos
Sin vanidoso afeite ni arrogancia;
Los frutales espléndidos, rendidos
Al peso bienhechor de su riqueza
Y á recrear el gusto apercibidos;

Del Pico de Solares la belleza;
La sosegada paz de La Torriente,
Que alza á par de los montes su cabeza;
El sencillo candor de la inocente
Vida del campo; la cancion sentida,
Que suena en las cañadas tristemente,
Todo á gozar de la quietud convida
De este mundo aldeano, que no seca
La flor del alma para el bien nacida.
¡Y hoy el rigor de tus deberes trueca
Por este delicioso apartamiento
De la hispana Babel la pompa hueca!
¡Hoy el trino del pájaro, el aliento
Del céfiro apacible, que suspira
Dando á las leves hojas movimiento,
Por escuchar la voz de la mentira
Pierdes, y oir los bárbaros rugidos
De la ambicion sedienta y de la ira!
Vuelve, vuelve á estos valles escondidos,
Y á estos montes de nubes coronados
Y de soberbios troncos revestidos.
Aquí, de los rigores olvidados
Que amontonó voluble la fortuna,
Burlarémos la furia de los hados.
Ni agobiará la cháchara importuna
De algun nuevo Demóstenes, portento
De sábia erudicion desde la cuna,

Nuestros pobres oídos; y el tormento
De ver tanta bajeza enaltecida
Mitigará más grato pensamiento.
Aquí el alma, en sí propia sumergida,
Puede libre gozar sus ilusiones,
Como el ave en la rama donde anida;
Ó remontando el vuelo á las regiones
Orígen de la luz, beber la llama
Que depura y acendra las pasiones.
Si el sonoro clarin de justa fama,
Llegando á este retiro montañoso,
Desconocidos méritos proclama,
Tributémosles culto generoso
Con sincero entusiasmo; que la envidia
Devora el corazon del envidioso.
Y ¡ay del débil espíritu que lidia
Con esta vil carcoma de los huesos,
Fuente de iniquidad y de perfidia!
Que arrastrado al rigor de sus excesos,
Morirá como planta que se agosta
De aire nocivo á los ardientes besos.
Esta bella mansion, pobre y angosta
Á los ojos es ya de la que, hambrienta,
Cébase en rica mies fiera langosta;
Y pues de aquí su codiciar la ahuyenta,
Bendigamos á Dios, que en récios mares
Tan abrigado puerto nos presenta.

Al tranquilo sosiego de estos lares
La vòz no alcanza del civil tumulto,
Perenne manantial de hondos pesares;
Ni el ronco acento del cobarde insulto;
Ni el crímen entre sombras concertado
Y para ejemplo saludable inulto.
El númen de las selvas encantado
Estos valles pacíficos preside,
De su rara belleza enamorado;
Y del paraje ignoto en que reside,
Con sus gigantes robles y laureles
Á todo agitador el paso impide.
Ya del invierno precursores fieles
Rudos vientos los árboles desnudan;
Ya rebosa el panal en rubias mieles,
Y al otoño benéfico saludan
Con el granado fruto los castaños
Y las encinas que de ser no mudan.
¡Y este sábio concierto de los años
No ha de enseñar al hombre, á quien seducen
De anhelo codicioso los engaños,
Que sin tiempo y sazon nada producen
Los más fecundos árboles, que mienten
Los fuegos fátuos que á sus ojos lucen!
¡Ay de los tristes que en vivir consienten
Amarrados al banco del deseo
Cuya esterilidad nunca presienten!

¡Ay del error abominable y feo
Que insulta la razon y ávido aspira
Á dominar, impenitente reo!
Mira ese arroyo murmurante; mira
El ciprés solitario, que se eleva
Como plegaria que el dolor inspira;
Las revolantes hojas que se lleva
Rugiente sur en turbio remolino,
Para dar ocasion á pompa nueva;
Y la espumante rueda del molino
Que el rústico maíz ágil prepara,
Regalo del humilde campesino,
Y di si en esta sencillez, no avara
De la inocente libertad que en vano
De las ciudades al amor se ampara,
Puede reposo hallar el que con sano
Corazon fatigado se retira
De la lucha del mundo cortesano.
¡Y al fin nos abandonas! ¡Y suspira
Tu conturbado pecho! ¡Y un gemido
Entre tus labios trémulos espira!
¡Oh fuerza del deber! Apercibido
En la opulenta corte el premio espera
Á tu constante aplicacion debido;
Ya, término feliz de tu carrera,
Del sacerdocio ilustre del derecho
Vas á subir á la eminente esfera.

Y cuando henchido de placer tu pecho,
Al recibir tan noble investidura,
Respire de sí mismo satisfecho,
Enturbiará mi gozo la amargura
De ver que á separarnos cruda ausencia
Con brazo inexorable se apresura.
Mas no vaciles, corre. La presencia
Te aguarda ya del padre que te adora:
Ríndele el homenaje de tu ciencia.
Y en la region donde perpétua mora
Primavera gentil, y fué tu cuna,
Perla de las Antillas brilladora,
Encadenando altivo la fortuna
De tu saber al laborioso imperio,
Blason de la jurídica tribuna,
Tiende la vista al horizonte hesperio;
Abre el alma al recuerdo cariñoso
Que hácia tí volará de este hemisferio.
¡Feliz yo si al impulso generoso
De tu amistad corresponder consigo;
Si logra el corazon verte dichoso
Y eternamente apellidarte amigo!

La Torriente (Hermosa), octubre de 1854.

A Don Antonio Rueda,

marqués del Saltillo,

EN LA MUERTE DE SU QUERIDA MADRE.

SONETO.

Como súbito rayo que á deshora
Rasga las nubes y desciende al suelo,
Sembrando confusion, y espanto, y duelo,
Al rigor de su furia destructora;
La saña de la peste asoladora,
Justo castigo que nos manda el cielo,
Nada respeta en su implacable anhelo;
Ni aun á la madre que piedad implora.
Templa el dolor. No lágrimas merece
La que, amparo feliz del desvalido,
Cayó al impulso del azote odioso.
En la mansion donde la paz florece,
En maternal amor enardecido,
Vela por tí su espíritu glorioso.

Sanlúcar de Barrameda, octubre de 1855.

Plegaria.

Non dubdo mi perdimiento,
Señor, si tú non me vales.
EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Señor tres veces santo,
Cuya piedad insólita
Del corazon del mísero
Mitiga la afliccion;
Arranca de mi pecho,
Arranca ya los gérmenes
Legado del espíritu
Que ofusca la razon.

Yo de la fuente viva
De tu pureza cándida
Beber ansiaba el límpido
Benéfico raudal;
Pero, al correr sediento,
Los implacables númenes
De las pasiones sórdidas
Lleváronme hácia el mal.

Caí, mas no vencido;
Que, despertando el ánima,
Con generosos ímpetus
La mancha sacudió;
Y al contemplarse fuerte
Para pugnar intrépida
Con el pecado indómito,
El vuelo remontó.

¡Ay del orgullo humano!
Luché con fuerzas débiles
Cuando llegar al término
Sin tropezar juzgué.
Donde ceñir creia
De triunfo lauros fáciles,
Solo despojos fúnebres
De la virtud hallé.

¡Piedad, Señor! Acoge
Mis amorosos cánticos.
¡Piedad, Señor! Libértame
De tan amargo afan.
Présteme luz el fuego
De tu diadema fúlgida;
Que mis ardientes lágrimas
La culpa lavaran.

¡Piedad, Señor! No dejes
Que de asechanzas pérfidas
El enemigo báratro
Circunde mi dolor.
Tú ves del alma mia
Los senos más recónditos:
¡Oh Dios! oye la súplica
De mi ferviente amor.

No ya de vil flaqueza
Luche en los mares náufrago;
Déme, léjos del piélago,
Reposo tu bondad.
Ni sufras que las almas
De los humanos frágiles
Muevan injusto látigo
De bárbara impiedad.

¿Quién el mortal soberbio
Que se imagina incólume,
Que hiere cuando próvido
Tú calmas la afliccion?
Ya rompe el nublo airado
Tu claridad vivífica.
¡Grata esperanza! Alégrate,
¡Oh pobre corazon!

Madrid, agosto de 1851.

A Don Mariano Esteva y Ulíbarri,

PRIMER SECRETARIO DE LA LEGACION DE MÉJICO EN ESPAÑA.

EPÍSTOLA.

.........Oh saudade!
Magico numen que transportas a alma
Do amigo ausente ao solitario amigo.
ALMEIDA GARRET.

Héme al fin en las márgenes del Bétis:
Aquí fué donde niño,
Por vez primera, en sin igual delicia,
Madre y *amigo* pronunció mi labio;
Aquí donde reposa
Mi triste padre bajo yerta losa.
Há pocos meses, cuando el rudo azote
Hijo infecto del Gánges
En el emporio cántabro rugia,
Y cerca yo, del huracan juguete,
Con ánimo sereno
Asilo hallaba en enriscado seno;
Cuando, al partir á la natal ribera,
Tu afecto generoso
Quiso estrecharme al corazon, y en alas
De amistad peregrina heróicamente

Á mi lado volaste
Y el asiático mal menospreciaste,
No imaginaba saludar en breve
De la que fué mi cuna
Los bellos campos ni las gayas flores;
Y yo que ansié por aspirar su esencia,
Ni en tan mágico centro
La paz del alma, desdichado, encuentro.
¡Cuántas memorias de felices dias
Y de indelebles horas
De eterna execracion aquí me asaltan!
¡Cuál se agitan indóciles! Y á veces,
En lágrimas deshecho,
¡Cómo procuro desahogar mi pecho!
¡Oh amistad! ¡Oh venero inagotable
De célicas dulzuras!
Como el rayo de sol la niebla fria,
Mis acerbos pesares desvanece,
Y vuelve á la memoria
Tus risueñas imágenes de gloria.
El lejano verdor de las colinas
De olivos coronadas,
Las altas torres, la oriental palmera,
Los bosques de naranjas y cipreses
Que bordan la llanura,
Las dulces auras y la linfa pura,
Todo á cantar tu triunfo se dispone,

Alma deidad que invoco;
Todo en mi bien por tu favor conspira;
Y á tu influjo benéfico despiertan
En la turbada mente
Vivos recuerdos del amigo ausente.
Ya despreciando las gigantes olas
Del férvido Oceáno,
Más que el aire veloz, el pensamiento
Al hemisferio occidental se lanza;
Ya, cariñoso amigo,
Á las playas de Méjico te sigo.
Allí tal vez, volviendo á lo pasado
Los anhelantes ojos
Que nuestro torpe abatimiento lloran,
Hallar podrémos saludable olvido
Para el horror presente
En la virtud de nuestra antigua gente.
¡Oh Colon! ¡Oh Cortés! ¡Héroes augustos,
Que por la fe guiados,
De ciencia y de valor fuisteis ejemplo,
En ambos mundos nuestra raza triste,
Ciega esclava del vicio,
Corre, desalumbrada, al precipicio!
Abandonad la tumba; en nuestros pechos
Infundid amorosos
De vuestra fe la omnipotente llama;
Ya que, mintiendo sin igual cultura,

Cual piedra en el abismo,
Yace la sociedad en su egöismo.
Tú, pues, oh Esteva, que en la egrégia corte
De la nacion hispana
Universal estimacion lograste,
Galardon á tu mérito debido,
Tú mi espíritu anima
Desde los campos de tu fértil clima.
¿Recuerdas, hoy que en el hogar paterno
Plácido amor disfrutas,
Las dulces horas que en union pasamos
Donde al pié del nevoso Guadarrama,
Sarcasmo á lo presente,
El austero Escorial irgue la frente?
Limitando la espléndida llanura,
Su cúspide levantan
Áridos montes á los altos cielos;
Y á su abrigo, en la tierra vigorosa
Que árboles mil sustenta,
Allí la hermosa fábrica se asienta.
De arte severo singular prodigio,
Casa y tumba de reyes,
Templo de Dios, de la virtud morada,
Sagrado de las letras bienhechoras,
De fe raro portento,
De hispánica victoria monumento,
El que á par de los montes colosales

Elévase á las nubes
Alcázar inmortal del grân Felipe,
Timbre glorioso del insigne Herrera,
La índole peregrina
De una raza y de un siglo determina.
¡Cuál gozamos allí! Naturaleza
Melancólica y grave
Á nobles pensamientos convidaba,
De majestad agreste revestida,
Y entre nacientes flores
Desataba raudales bullidores.
Allí, bajo la bóveda de tilos,
Cuyo verde follaje
Quiebra del sol el caudaloso rayo,
Junto al alegre surtidor que turba
De la sonora fuente
La sosegada linfa transparente,
Tendidos en la yerba hospitalaria,
Oyendo en la espesura
La voz de la cascada rumorosa,
¡Cómo á Dios nuestros pechos bendecian,
Exentos de cuidados,
De sinceros amigos rodëados [14]!
Allí tambien, cuando al morir la tarde,
En el jardin umbrío
De arrayanes simbólicos, al viento

La pálida mosqueta, reclinada
Sobre los sacros muros,
Daba en fragante olor álitos puros,
El alma dulcemente conmovida
Ver pensaba á lo léjos
De la hueste jerónima los blancos
Hábitos penitentes, y juzgaba
Que la fábrica pia
Sin ella al abandono sucumbia.
¡Cuántas sombras allí, cuando entre nubes
De cárdenos colores
Apagaba su antorcha en occidente,
Rey de los astros, el mayor planeta,
Á mis ojos se alzaban
Y á la luz del crepúsculo vagaban!
Allí la Fe con la Impiedad luchando;
A compasion moviendo,
Allí la quebrantada Monarquía;
La armada Libertad que recelosa
Su propio estruendo escucha,
Temblando ante la mísera Capucha;
Pueblos, reyes, filósofos, sistemas,
Todos allí clamaban;
Y regado con lágrimas se via
El sangriento laurel que la discordia
Para sus triunfos guarda,

De infernal ambicion hija bastarda.
  Allí tambien..., Pero la voz süave
Del órgano sonoro,
Jubilosa llegando á mis oidos
Cual ecó celestial, como disipa
Ráfaga de humo el viento,
Las sombras ahuyentó del pensamiento.
  ¡Ay, cuán pronto la grey firme y constante
Que á su redil tornaba,
Tras largos años de llorar dispersa,
Abandonar en dispersion debia
Otra vez el tranquilo
De paz cristiana venerable asilo!
  Y el hirviente volcan que á nuestras plantas
Sordamente rugia
Ya próximo á romper, ¡cómo, al imperio
De asustadiza libertad postrado,
Cuando estalló tronante
Siervo fué de su saña intolerante!
  Vén, caro Esteva, y en el suelo hermoso,
Con altas maravillas
De la piedad y el arte enriquecido,
En la eterna ciudad del gran Fernando,
De tan felices dias
Recordemos las puras alegrías.
  Vén; y si el yugo del deber lo impide,

Lleguen á mí veloces
En invisibles aires tus memórias;
Cual dos estrellas en su giro enlaza,
Por el azul del cielo,
Estiva exhalacion en raudo vuelo.

Sevilla, marzo de 1855.

Gotas de rocío.

(PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DE PEREZ HERNANDEZ.)

Ya hundió su disco fulgente
En el hondo mar la luna
Silenciosa;
Ya se muestra por oriente
El alba mecida en cuna
De oro y rosa.

Recoge la noche umbría
Su manto de luces bellas
Vacilantes;
En la ancha region vacía
Desparecen las estrellas
Rutilantes.

Nace en remoto horizonte
Rósea claridad que augura
Mayor lumbre;
Vuela súbito, y del monte
Corona, en ráfaga pura,
La árdua cumbre.

¡Cuánto matiz peregrino!
Ya es nácar la oscura nube
Pasajera;

Ya en celaje purpurino
La luz se derrama y sube
Por la esfera.
Despiertan las castas flores
Al soplo bañado en hielo
De la aurora;
Y el ángel de los amores
Desde el claro azùl del cielo
Perlas llora.
Léves auras las conducen,
En átomos transformadas
Fecundantes,
Y diáfanas relucen
En las hojas salpicadas
Cual brillantes.
Cada flor abre al tesoro
De este llanto que da vida
Su corola;
Por él la perpétua es oro,
Tiria púrpura encendida
La amapola.
Guardad en cáliz amante
Esos jugos soberanos,
Tiernas flores;
Que su sér vivificante
Pone miedo en los gusanos
Röedores.

Al tímido albor del dia,
En sus más cándidas horas
Engendrados,
Distribuyen la alegría,
De mil gracias seductoras
Adornados.
En ellos el bien reside
Y la más alta belleza
Peregrina;
Por ellos el triunfo impide
Á los vicios la pureza,
Que es divina.
Esmalte de los pensiles,
Astros del verde plantío
(No lo dudes,
Niña de frescos abriles),
Esas *gotas de rocío*
Son virtudes.
Ellas vuelven á las flores
Que insecto vil marchitaba
Con su escoria,
Vida, matices y olores;
Y cuando la vida acaba,
Luz y gloria.

La Torriente (Hermosa), octubre de 1854.

Cordat.

AL DIRECTOR DE UN SEMANARIO DE MONTPELLER,

por haber dado á luz un elogio de este eminente profesor,
gloria de la medicina contemporánea.

EPÍSTOLA.

Oui: le temps, par qui tout viellit et dégénère,
Rajeunit chaque jour le grand octogenaire...
F. E. DE SALLE.

El anciano venerable, demostracion viviente
de la perpétua juventud del alma.
HOYOS-LIMON.

Aquí tambien, en la risueña orilla
Del Bétis, coronado de azahares,
Que besa el pié de la sin par Sevilla,
Del que ilustra las palmas seculares
De la escuela de Hipócrates sublime
Y á la santa virtud erige altares,
La voz se escucha que al mortal redime
De prematura muerte, y en la ciencia
Sello de eterno resplandor imprime.
Aquí tambien la plácida cadencia
De los cisnes que cantan sus loores
Llega, por vos, en métrica excelencia;

Y siguiendo los pasos bienhechores
Del sábio, aquí tambien crece con gloria
Árbol cubierto de perpétuas flores [15].
¡ Oh de los buenos singular victoria !
Hoy què la prensa, para el bien fecunda,
Lengua ës del mal indigno de memoria,
Ved cómo vuela en conviccion profunda
Y publica do quier con noble llama
Timbre que solo en el saber se funda.
¡ Oh del hijo querido de la fama,
Que la razon severa simboliza,
Lauros que el mundo agradecido aclama!
Deja la tumba, funeral ceniza
Del anciano de Cos, y al triunfo asiste
Del que tus sábias leyes preconiza.
Aunque con torpe vanidad resiste
Ciego materialismo sus verdades,
Suya es la luz por quien el hombre existe;
Suyo el caudal que innúmeras edades,
Ya depurado, atesorando fueron;
Suyo el laurel de célicas bondades [16].
Vanamente los años pretendieron
Quebrantar de su espíritu los lazos;
Vanamente abatirlo presumieron.
Como crece abrigada en los ribazos
Flor que al Cierzo y al Noto desafia,
Tal de la ciencia en los amantes brazos,

De inmensa juventud antorcha y guia,
Él vió lustros correr, y al fin descubre
De su esperanza el refulgente dia.
Ya, como suele en proceloso octubre
La atmósfera limpiar dura tormenta
Del cargado vapor que el éter cubre,
En científica lid nubes ahuyenta
El sincero esplendor de su doctrina;
Ella lucha en Paris y el triunfo cuenta.
Próvida siempre la bondad divina
La edad prolonga del ilustre anciano,
Cuya clara razon nunca declina,
Para que cierre por su propia mano
Una histórica edad, y en la que hoy nace
Logre infundir su aliento soberano [17].
¡Oh fecunda mision! ¡Cuál se complace
Mi espíritu inmortal en ver la lumbre
Del astro puro que el error deshace!
Dios te remonta á la suprema cumbre
Del horizonte humano de la ciencia
Porque tu luz al universo alumbre.
Dios, anciano feliz, te da conciencia
De la fuerza del alma poderosa,
Reflejo de su viva omnipotencia,
Para que tú la sávia generosa
Del sistema espirante fructifiques
Al que hoy aguarda la funérea losa;

Para que pongas al influjo diques
De soberbias hipótesis, y el templo
De oropeles bastardos purifiques.
Ya de la ciencia secular contemplo
La divina grandeza y los favores,
Y de sus hijos el heróico ejemplo.
¿Qué otro mayor? Ministros bienhechores
De la sábia natura, siempre viven,
Con santa abnegacion, entre dolores.
Del cláustro maternal ellos reciben
Al ser que nace; para el ser que llora,
Vida, salud, consuelos aperciben;
Mantienen la esperanza salvadora
En la familia que angustiada espera
Crudo rayo de muerte asoladora;
Y cuando ya de la segur certera
Brilla implacable el filo temeroso,
La víctima le arrancan lastimera.
Intérpretes de Dios, ¡cuán amoroso,
Cuán grande, cuán feliz vuestro destino!
¡Qué difícil al par y qué azaroso!
Mas no es siempre de abrojos el camino
Que en el bien acrisola vuestro aliento,
Vivo trasunto del poder divino.
Ved al sábio *Lordat*, á quien asiento,
Viviendo aun, su patria orgullecida
Erige en perdurable monumento.

Ved en obras de amor su larga vida
Ya coronada, y bendecid al justo
Que con lecciones tales os convida.
Y vos que dais al tribunal augusto
De la prensa periódica la llama
Por quien todo poder crece robusto;
Vos que gozais en difundir la fama
Del héroe de la ciencia bienhechora,
La que os mando enlazad pálida rama
Al verde lauro que su frente honora.

Sevilla, julio de 1855.

PARA EL ÁLBUM

DE LA

Princesa viuda de Anglona,

marquesa de Javalquinto.

La flor de amistad nacida
Junto al pobre Manzanares,
Crece amorosa y lozana
Del Bétis en la ancha márgen;
Y ni ausencia la marchita,
Ni otro suelo y otros aires,
Cuando es la simiente pura,
Borrar sus encantos saben.
Feliz yo que, entre las olas
Borrascosas de los mares,
Donde ingrato el seco olvido
Tiernas memorias abate,
Os encuentro, noble faro
De amistad siempre constante;
Firme torre, que desprecia
Del olvido los embates.

Aquí, donde solo abrojos
Y sangrientos peñascales
Halló mi planta en los años
Que el amor más dulces hace;
Donde mísero juguete
De rigores implacables
Fuí, niño aun, arrojado
Al crisol de los pesares;
Aquí donde hierve ahora
Con justa altivez mi sangre,
Depurada su nobleza,
No esclava del ódio infame,
Aquí más, oh dulce amiga,
Preciar los encantos sabe
Que le ofrece generosa
La pura amistad de un ángel.

Sevilla, enero de 1856.

La Ascension del Señor.

(DEDICADA Á DON RAFAEL MARÍA BARALT.)

ODA.

Assumptus est in cœlum,
et sedet à dextris Dei.
EV. DE S. MARCOS.

Torna, Señor, á la amorosa diestra
Del Padre, en cerco de irradiante gloria;
Sube á su trono y en su luz fulgura;
Y asentado con Él, como Él potente,
Sábio, eterno, inmutable,
Mira rodar bajo tus piés los siglos;
Mira en giro insaciable
Alzarse y perecer generaciones,
Nacer y al punto sucumbir naciones.

¡Oh momento sin par! Las cataratas
De transparente azul abren los cielos
Á recibirle en triunfo; cual si torna
De justa lid, en lauro victorioso
La sien ceñida, varonil mancebo,
Luego se agitan con afan vehemente,
Por estrecharlo al seno conturbado,
Las dulces prendas de su amor ardiente.

Ángeles, Tronos, Patriarcas, Justos,
Coros, Dominaciones celestiales,
¡Volad! El Santo vuelve
Á la etérea mansion. Aprestad flores,
Y jubilosos cantos, y loores,
Y adoracion. ¡Ya llega! Recibidle
En su eternal Jerusalen del modo
Que en la Sïon terrestre le acogieron
Los de sencillas almas
Que en Él la dicha y la esperanza vieron.
¡Hoy es el nuevo triunfo de las palmas!

Para verle pasar el curso tienen
Atónitos los orbes; las estrellas
Se estremecen é inflaman
En más claras centellas;
Entre la llama de los cielos pura,
Como en rudo crisol oro fundido,
En majestad fulgura;
Y el divino esplendor que el aire puebla
Junto á su viva luz solo es tiniebla.

¡Cuál sube, cuál traspasa
El éter vano que los ojos miran!
¡Cómo en áureas regiones
Que gozo eterno espiran
Penetra ya, y el Padre le recibe,

Y el Espíritu vivo,
Dentro del sumo bien; y allí reposa
Miéntras la tierra en su dolor le envia,
Huérfana y triste, con piadoso anhelo,
Un ¡ay! de soledad y desconsuelo!

¡Oh Justo! ¡y con nosotros permaneces
En esencia y presencia,
Incomprensible en el poder, mil veces
Aun más incomprensible en la clemencia!
¡Te acoge el centro de la luz, y al mundo
Dejas en prenda de tu amor fecundo
(Oh divina eficacia)
La salvadora antorcha de la gracia!...
¡Dichoso el hombre que la paz prefiere
De la santa virtud al vicio inmundo!
¡Dichoso el que en tí vive y en tí muere!

Madrid, 1848.

La Perla de la montaña.

Á DON CALIXTO FERNANDEZ CAMPO-REDONDO.

Avecilla cariñosa
Que antes de nacer el alba
Me despiertas con gorjëos,
Dulce regalo del aura;
¿Qué me quieres? ¿Qué me anuncias
Trinando en las altas parras
Que festonan y sombrëan
Esta alegre balaustrada?
¿Por qué del bosque frontero
Dejas las ocultas ramas
Y la fuente bullidora
Que en estas vertientes mana?
¿Qué airecillos voladores
Impulso dan á tus alas
Porque en estas hojas bebas
El licor de la alborada?
¿No te acuitan mis pesares?
Si te afligen, ¿por qué cantas?

¿Ó presumes que tus trinos
Pueden mitigar mis ansias?
Avecilla cariñosa,
Bien haya el amor, bien haya,
Con que alegre me saludas
Cuando nace la mañana.
Las sonoras vibraciones
De tu mágica garganta
Con sentido misterioso
Resuenan dentro del alma.
Ellas dicen á mi pecho
Que no hay fuerza en la desgracia
Para hundir el fuerte muro
Que fina amistad levanta.
¿Con un tesoro me brindas
De más precio que la plata
En quien toda su ventura
Cifra el vulgo de las almas?
Oh avecilla que en el huerto
De flores en flores saltas,
¿Dónde hallar ese tesoro,
Perla oculta en la montaña?
Ya te sigo; ten el vuelo;
Dulces cánticos exhala;
Que al señuelo de tus trinos
Dirigiré mis pisadas.
Ya los risueños pradales

De Hermosa dejo á la espalda
Y las mieses amarillas
Que riega fecundo el Ánaz.
Ya cruzo el inhiesto monte
Que helechos rinde á mis plantas
Y en racimos de corales
Los acebos engalana.
Nuevos prados, nuevas mieses
Á mis ojos se dilatan
Desde el Templo de Cudeyo
Á la Peña de Cabarga;
Y al pié de la erguida mole,
Ceñida de nubes pardas,
De otra pintoresca aldëa
Diviso las altas casas.
¿Reprimes el raudo vuelo?
¿Quién habita esa morada
En cuyos anchos balcones
Bates las ligeras alas?
—«Aquí del celeste númen
Se abriga la excelsa llama;
En este recinto mora
La Perla de la montaña.» —
Caro alumno de las musas,
En tu lira delicada
Ya resuenan las virtudes
De los héroes de la patria;

A tu voz ya por los aires
Miro sombras venerandas
De los ínclitos guerreros
Prez y orgullo de Cantabria[18];
Y al romano poderoso
Rendido miro á sus plantas,
Y miro al hijo del Yémen
Sucumbir á su pujanza.
Oh cultivador amante
De la ciencia soberana,
Goza feliz del sosiego
Que te ofrecen las montañas;
En tanto que yo, al impulso
De las olas que me arrastran,
De este abrigo deleitoso
Pierdo ya la dulce calma.
Adios, adios. Libre el cielo
De traidoras asechanzas
Al ave inocente y pura
Nuncio fiel de tu morada.

La-Torriente (Hermosa), noviembre de 1854.

A Don Fabian Gutierrez Casso de la Vega,

con motivo

DE LA REPENTINA MUERTE DE SU QUERIDA HERMANA.

SONETO.

¿Qué es la vida, Fabian? Cruda pelea
Donde triunfa el dolor, en cuyo abismo
Hoy bárbaro sepulta el egoismo
Al alma vírgen que la paz desea.
  Cuanto más pura nuestra dicha sea,
Más combatida. En el deleite mismo
Trúncala fulminante parasismo
Que en difundir angustias se recrea.
  ¡Y aun el sepulcro de tu dulce hermana
Riegas con llanto, y en mortal desvelo
Triste lamentas su final partida!....
  Ella feliz, que de la vida humana
Trueca los males por la luz del cielo:
La muerte es el camino de otra vida.

Sevilla, noviembre de 1855.

A un Pensamiento.

Flor de moradas hojas,
Púdico emblema
Del tierno pensamiento
Que el alma crea,
Dios te bendiga:
Son tus varios matices
Nuncios de dicha.

Desde el seno turgente
De la que adoro
Á mi seno viniste
Como despojo.
Feliz destino:
Sentir temblar dos almas
A un amor mismo.

El aura lisonjera
Que en los vergeles
Acarició tu tallo
Fresco y naciente,

No es tan süave
Para tí como el de ella
Suspiro amante.

Prestan á otras mil flores
Dulce regalo
Las auras que refrescan
Los verdes prados;
A tí tan solo
Te da ser el suspiro
De la que adoro.

¡Cuánto á mi pecho dices,
Flor misteriosa!
¡Cómo ufana recuerdas
Plácidas horas!
Dios te bendiga:
Tú eres, flor, para el alma
Nuncio de dichas.

Madrid, 1853.

A Don Federico de Vargas y Bulnes.

SONETO.

No temas, no, que la simiente hermosa
De sincera amistad, que en fértil suelo
Vertió tu corazon con dulce anhelo,
Muera cual flor en tierra pantanosa.
  No es solo premio al alma generosa
Ingratitud hallar y desconsuelo;
Ni es justo nunca blasfemar del cielo,
Que unió á la espina la fragante rosa.
  Afecto que al nacer sufre el martirio
De cruda ausencia, si en verdad se funda,
Su amorosa virtud más acrisola.
  No como el débil resplandor de Sirio,
Cual la llama del sol, siempre fecunda,
Las más oscuras nubes arrebola.

Sevilla, enero de 1856.

Fernan Caballero[19].

Cargada va de triunfos y victorias.
FRANCISCO DE LA TORRE.

The friend of man, to vice alone a foe.
R. BURNS.

Cual lirio modesto de cándida esencia,
Regalo y adorno de antigua heredad,
Aromas esparce de pura inocencia;
Tesoros derrama de buena experiencia,
De augusta verdad.

Con fáciles rasgos, que envidia natura,
La vida retrata del pueblo andaluz;
¡Qué plácido encanto, qué rara hermosura,
Si pinta los bienes que al hombre asegura
Triunfar en la Cruz!

Jamás en su labio, jamás en su mente
Rodó pensamiento de ciega impiedad:
Cantor de virtudes sencillo y ferviente
Las glorias publica del alma creyente,
De santa humildad.

¡Cuán alto destino sembrar en la tierra
Cristianos ejemplos de paz y de amor;
Mostrar los peligros horribles que encierra
De rudas pasiones indómita guerra
Que atiza el error!

Oculto á la sombra de altivos pinares
Allá donde Bétis se lanza en el mar;
Con lágrimas tiernas regando sus lares,
Si ajena desdicha, si extraños pesares
No logra endulzar,

El ángel que cubre su sexo y su nombre,
Cual flor que ignorada perfuma el vergel;
El ángel que ilustra la ciencia del hombre,
Y esquiva sincero brillante renombre,
Mundano laurel,

Del siglo soberbio que ansioso pretende
Sagradas doctrinas, audaz, destruir,
Los nobles impulsos, aun vivos, defiende,
Y en fuego divino su espíritu enciende,
Y enseña á morir.

Madrid, agosto de 1856.

La Ausencia.

Siempre ha sido la ausencia
Para el que adora,
Nube que el sol enturbia
De nuestra gloria;
Sordo gusano
Que la dicha destruye;
Cielo sin astros.

A su aliento de muerte
Las almas tibias
Desfallecen, sucumben,
Y al fin olvidan.
Pero las fuertes
Arrostran sus rigores,
Luchan y vencen.

Herido yo en el alma,
Bien que idolatro,
Voy á sentir de ausencia
Los negros daños;
Mas desafio
Los ímpetus voraces
Del seco olvido.

En las cántabras playas
Donde los mares,
Azotando las rocas,
Rompen en ayes,
Piensa, bien mio,
Que esos ayes son ecos
De mis suspiros.

Madrid, 1853.

A Don Juan Federico Muntadas.

EPÍSTOLA.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Fr. Luis de Leon.

¡Con qué placer á respirar contigo
Las frescas auras del boscaje ameno,
Y á ver saltar por entre rudas peñas
Cien cascadas y cien yo partiria!
En la serena paz del grato albergue
Que asilo fué de la oracion piadosa,
Y hoy tu rica heredad, ¡cómo al recuerdo
Del Casto Alfonso, que sus fuertes muros
Alzó del Piedra en la espumante orilla,
Latiera el corazon! ¡Cómo al aspecto
De natura magnífica, trocando
Por inocentes goces el rugido
De las sangrientas furias desatadas
¡Horrenda ceguedad! en el emporio
De la nacion ibérica, la mente
A más puras regiones volaria!

¡Mísero yo! Para el amor nacido,
Abierto el pecho á la amistad süave,
Exento de ambicion, entre las olas
Del mar de la política batallo,
Cuando en la paz de la campestre vida
Todo mi gozo y mi placer residen.
¡Dura necesidad! —Mas no el impulso
De la venal codicia á que se entregan
Los rígidos Catones que se asombran
Del ajeno desliz, y el propio crímen
No ven ni quieren ver, en el furioso
Torbellino del siglo me arrebata.
No miserable apóstata levanto
A las nùbes un ídolo, y al punto
En que con él á naufragar se expone
Torpe interés mezquino, de sus aras
Con furibundo estrépito lo arrojo.
No á pulmones batientes vocifero
Libertad é igualdad, á plebe insana
Dando el cetro de odiosa tiranía,
Por alcanzar en el comun desastre
Viles goces en lágrimas regados.
No con dañado espíritu en el lodo
De asquerosa blasfemia me revuelco.
No falso apóstol del amor atízo
Fanatismo brutal, que el hierro aguza
De seducida multitud y al fuego,

Para curar la temerosa llaga
De impróvida escasez, las rubias mieses
Y las veloces máquinas entrega.
Entre la hedionda corrupcion que cubre
Del piélago social la superficie,
Hoy que aun las heces del revuelto fondo
Todo lo invaden, con esfuerzo lucho
En pro de la verdad; y la obediencia,
Que engendra el bien, y la virtud proclamo.
¡Dichoso tú, que á la apacible sombra
De árboles mil copudos, en el seno
De dulce soledad, no das oído
A las voces satánicas que insultan
La sensatez de nuestro pueblo en este
Hervidero de infamias! Entregado
Al amor de natura, en el consorcio
De sincera amistad embellecido,
Ya ves que el sol por entre verdes ramas
Pasa, y, al fuego de su luz brïosa,
De los vivos raudales despeñados
Es nieve y oro la bullente espuma;
Ya te deleitan las cambiantes nubes
Del horizonte vespertino, y luego
En apartada estancia de las noches
Das al estudio las tranquilas horas,
Ó de fecunda inspiracion al rayo,
En exaltado arrobamiento, expresas

De fantásticos seres las pasiones,
Y cómo es bella la virtud, y cómo
Es de sí misma la maldad verdugo.
¡Oh mil veces feliz! Yo en tanto pierdo,
Caro Muntadas, en infanda lucha
Las fuerzas del espíritu, y ahogo
Mil generosos ímpetus. Bendita,
Bendita, empero, la Bondad suprema,
Que de nobles amigos me concede,
Próvida siempre, el sin igual tesoro,
Y me presta valor, y con recuerdos
De blanda paz mi corazon endulza.

Madrid, agosto de 1856.

A la niña Inés,

EN LA PRIMERA FESTIVIDAD DE SU SANTO.

Dedicada

á su cariñosa madre, la Sra. D.ª Bárbara Perez-Seoane de Ceriola.

En época terrible
Naces al mundo,
De rosal floreciente
Lindo capullo;
Y abres los ojos
Cuando enconados luchan
Bárbaros ódios.

Sedientas ambiciones,
Con honda saña,
Desataron el rayo
Contra la patria,

Y, en ciego impulso,
Santificar quisieron
Viles perjurios.

En vano: ya las olas
Cuya soberbia
Con destructor empuje
Crímenes siembra,
Ya se adelantan,
Y el castigo aperciben
De tanta infamia.

Cándida flor, que duermes
En el regazo
De mil altas virtudes
Noble dechado,
Plácida aspira
En el materno aliento
Puras delicias.

Ángel eres: aún vives
Sorda al rugido
Que al inflamar las turbas
Exhala el vicio,
Hoy que sin freno
Es de inícuas pasiones
Mísero siervo.

Dichosa tú: las alas
De la inocencia
Con su níveo plumaje
Tus ojos velan,
Y es en tu pecho
El corazon trasunto
Del almo cielo.

Nunca el cendal virgíneo
De la ignorancia
En que al nacer al mundo
Reside el alma,
Nunca se rompa,
Si ha de trocarse en guerra
Tu paz de ahora.

Como flor que al abrigo
Crece en el valle
Sin que su tallo agiten
Los huracanes,
Duerme en los brazos
Donde el amor te arrulla,
Dichas soñando.

Y cuando en breve giro
Despierte el alma
Del pacífico ensueño

Llamado infancia;
Cuando en tu sangre
Pasiones prepotentes
Fuego derramen,

Por la razon guiada
Postra su imperio;
De los que ser te han dado
Sigue el ejemplo;
Y justa y buena
De fiel esposa y madre
Sabrás la senda.

Así podrás, si el cielo
Te otorga un hijo,
Lograr que en sus virtudes
Se estrelle el vicio,
Que, en noble audacia,
Del mal á que hoy se rinde
Salve la patria.

Sevilla, enero de 1855.

En la muerte de Victorina [20].

Á DON JUAN ANTONIO DE LA TORRIENTE.

Sunt lacrymæ rerum.
VIRGILIO.

Voló al cielo su espíritu desnudo.
FERNANDO DE HERRERA.

¡Y la que fué tu encanto,
Ángel puro de amor ascendió al cielo!
¡Y en las horas de llanto,
Con generoso anhelo
Darte no pudo mi amistad consuelo!
¡Ay! De la frágil vida
Basta el lazo á romper un soplo leve.
¡Cuánta ilusion perdida!
La dicha es como nieve
Á la que pone el sol término breve.
Herida ya del rayo,
Busca en las brisas de la mar sonante,
Con lánguido desmayo,
Tu cara esposa amante
Fuerza que el yugo de su mal quebrante.

¡Inútil esperanza!
Mientras á viento y mar salud implora,
Más implacable avanza
La fiebre destructora,
Más la flor de su vida descolora.
¡Estéril sacrificio
El de la tierna madre sin ventura!
Al hondo precipicio
De muerte prematura
La juventud cayó con la hermosura.
Cayó, léjos del suelo
Donde creció en virtudes al amparo
Del maternal desvelo:
Ni hay posible reparo
Para la madre y el esposo caro.
Tierra siempre florida,
Escollo del Atlante, donde impera,
Gozo brindando y vida,
Risueña primavera,
¿Cómo pusiste fin á su carrera?
Con alas virginales
Cruzó este mundo, sin tocar la escoria
De pasiones mortales.
Suya fué la victoria:
Suya es del bueno la perpétua gloria.

Madrid, marzo de 1856.

A Don Guillermo Morphy,

despues de haberle oido tocar

DOS DE SUS BELLAS COMPOSICIONES MUSICALES.

I am never merry when I hear sweet music.
SHAKSPEARE.

Cuando en ebúrneas teclas
Posas tu mano,
Y en delicados tonos, dulcemente,
Frases modulas de supremo encanto,
Tu inspiracion arranca por despojos
Lágrimas á los ojos.

Cuando en raudo torrente
De honda armonía,
Ora el rugir del fragoroso trueno,
Ora la voz de la cascada imitas, —
Dando á tu númen del saber la palma,
Absorta queda el alma.

Dichoso tú que sabes,
En claras notas,
Del corazon al sentimiento dócil
Herir las cuerdas que el amor corona...
¡Ojalá siempre tu bondad nativa
Pura en tus cantos viva!

Madrid, diciembre de 1856.

Risas en las Cortes.

(AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON CÁNDIDO NOCEDAL [21].)

Væ vobis, duces cæci,.....
.....quomodo fugietis à judicio gehennæ?
EV. DE S. MATEO.

Nombra el Sr. Nocedal en la Asamblea á DIOS TODO PODEROSO, y al observar que los diputados acogen con carcajadas tan sacrosanto nombre, *el Padre* se siente inclinado á ser un nuevo Jeremías.

.....La impiedad es ya tan vieja, que chochea.....
EL PADRE COBOS, núm. XVIII.

¡Reid, héroes, reid! En carcajadas
De santa mofa y venerable escarnio
Atronad esas bóvedas doradas.
¿Qué villano traidor, qué vil farsante
Hoy vuestro noble patriotismo irrita?
¿Quién esa augusta hilaridad excita?

¿Qué símbolo brillante
Resplandece en el techo,
Fuente de luz sin cuya excelsa llama

No hay verdad, ni justicia, ni derecho[22]?
¿Por qué reis? ¡Oh estúpida insolencia!
¿Por qué reis cuando el ardor divino
Invoca al Uno y Trino?
¿Cuál la digna creencia
Que hoy os arroja en tan atroz demencia?

¡Sábios legisladores
De la remota antigüedad, insignes
Monarcas y pastores
Que al limpio rayo de la fe cristiana
Leyes dictasteis á la gente hispana[23],
Todos alzad el indignado grito;
Aterrad al blasfemo;
De los que insultan el Poder Supremo
Castigad el delito!

Ya las voces escucho
De vuestra injusta indignacion; ya os veo
Cubrir el rostro á la imperial matrona
Que de piedad católica blasona,
Porque tan vil degradacion no mire
Ni de dolor y de vergüenza espire.
Decid, ¿quién de vosotros
Se burló de su Dios? ¡Oh injuria! ¡Oh mengua!
¿Dónde el ardiente rayo que al impío
Paralice la lengua?

En el nombre de Dios la ibera gente
De la dura irrupcion del agareno
Detuvo la corriente;
Salvó á la Europa; desde el hondo seno
De la region astur fundó la patria;
Y con las armas de la fe divina,
Tras ocho siglos de luchar constante,
Lanzó al infiel que la ofendió arrogante
Á las playas del África vecina.

En el nombre de Dios á los peligros
De ignotos mares se arrojó el hispano;
Siguió á Colon; el portentoso arcano
Rompió de otro hemisferio;
Y utilizando su feraz grandeza,
Bajo los brazos de la Cruz sublime
Trocó en piedad del indio la fiereza.

En el nombre de Dios á las regiones
Voló del Asia el español denuedo;
Triunfaron en Lepanto sus pendones;
Puso, cual fuerte, miedo
En el audaz pirata berberisco;
Plantó en Oran la enseña salvadora,
Y la llama nubló que el inca adora.

¡ Y hoy los llamados á formar las leyes,

Al Sábio, al Justo, al Poderoso insultan
Por quien viven los pueblos y los reyes!....
¡Reid, ciegos, reid! La voz severa
De los que aun aman á su Dios publica
La desdichada suerte que os espera.
¿Seréis eternos? Al llegar la hora
De la angustia mortal ¿no os dará espanto
La eternidad al vicio aterradora?
¡Reid, reid! A contener el llanto
Que ha de ahogar vuestra voz no hay en el hombre
Suficiente poder. ¡Reid! Ya avanza
La justicia de Dios. ¡Ay del impío!
¡Ay del que yace á los encantos frio
De santa Fe, de célica Esperanza!

Sevilla, febrero de 1855.

A Don Ramon de Campoamor.

Caro Ramon, la dicha
Corona tus amores,
Y es á tus plantas el vital sendero
Campo de flores.

Templas la sed de triunfos
En ondas cristalinas;
No hay en las rosas que te dan perfume
Duras espinas.

Como á la altiva garza
El cariñoso hijuelo,
De tu epicúrea musa juguetona
Sigues el vuelo.

Á sus halagos dócil,
Todo, Ramon, lo olvidas:
Son en tus versos las de llanto amargas
Horas perdidas.

Pero si ves á un triste
Sumido en hondo duelo,
Tu hermoso corazon raudo le lleva
Dulce consuelo.

Madrid, octubre de 1856.

A Don José María de Alava,

CATEDRÁTICO DE DERECHO ROMANO EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

EPÍSTOLA.

Quis furor est atram bellis arcessere mortem?
TIBULO.

Vén, y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea.....
RIOJA.

Cesando en las pacíficas tareas
Con que ilustras tu nombre generoso
Y á la estudiosa juventud recreas,
Vas á dejar el plácido reposo
De la bética orilla y á engolfarte
En el inmenso mar hoy borrascoso [24].
No la llama científica, no el arte
De pura luz, ni el prodigioso invento
Que mil dones bénefico reparte,
Donde hallaron no há mucho digno aliento
Ya preponderan; su apacible halago
Muere al impulso de rigor sangriento.
Ya no resuena por el aire vago
Sino de madres huérfanas el grito;
Ni más se ve que asolacion y estrago.

Dura ambicion esclava del delito
La humanidad sofoca y la justicia,
Y el rayo triunfa del error precito:
Del desatado averno la malicia
Con destructoras máquinas pretende
Dar alimento á su infernal codicia;
Y á cada globo que los aires hiende
Y estalla con fragor nuncio de horrores,
Más su funesto codiciar se enciende.
Entre humo denso y fúnebres clamores
El coronado muro se desploma
Y vencidos sepulta y vencedores.
El más heróico ardor bárbaro doma
Plomo abrasado en el gigante asedio:
Nunça vió tal la prepotente Roma.
¿Y no ha de hallarse á la ambicion remedio?
¿Y ha de ser siempre indómita pelea
De abatir la maldad único medio?
Huye el hórrido azote que en Crimea,
De llanto precursor, montes y valles
En sangre tiñe que caliente humea,
Y busca otra region donde no halles
Tan duro ejemplo de soberbia impía,
Ni en quien con ansias de dolor batalles.
Ínterin llega de la paz el dia,
Plácido rayo de celeste aurora
En el horror de la mortal porfía,

Corre al hogar tranquilo donde mora,
Noble ocasion de provechosas lides,
La llama de la ciencia bienhechora.
No de otros años el ejemplo olvides:
Coge los frutos del saber germano,
Y vuelve á la ciudad que fundó Alcídes[23].
Próvido aquí tu aliento soberano
De la que al mundo entero dictó leyes
Sacará á luz el misterioso arcano.
Y como buscan, de los campos reyes,
Muertos de sed en abrasado estío,
Fresco raudal los laboriosos bueyes,
Al de tu ciencia fecundante y pio
Irá la juventud que ufana admira
De tu castiza elocucion el brio.
¡Ojalá siempre en acordada lira
Suene tu nombre, de los buenos gloria,
Y el noble impulso que mi canto inspira
Difunda y eternice tu memoria!

Sevilla, junio de 1855.

A Don Cárlos de Haes,

EXCELENTE PAISAJISTA BELGA.

SONETO.

Robar el vuelo al aire transparente,
A las cambiantes nubes la hermosura,
Al espacio su azul, y su frescura
Al oculto raudal de limpia fuente;
   Llevar al lienzo el bullidor torrente;
La régia pompa de la selva oscura;
Ya la agostada miés, ya la verdura,
Ya el rústico gañan ó el toro ardiente;
   Parar el sol, y en su brillante lumbre,
De la natura intérprete divino,
Diestro mojar los mágicos pinceles,
   Tal es tu ciencia: en la gloriosa cumbre
Claudio, y Velazquez, y el pintor de Urbino
Cortan ya para tí frescos laureles.

Madrid, diciembre de 1856.

17.

Al Marqués de Heredia.

Como en abierto prado
De tierra fértil la purpúrea rosa,
Rompiendo el cerco alado,
Al aura vagarosa
Da la esencia del alma generosa,

Tal en tu pecho amante
Cándida inspiracion rica en ternura
Brota en plácido instante,
Y difundir procura
Leve perfume de inocencia pura.

De tu esposa adorada
Siempre el amor en tus cantares suena;
Siempre, en lira acordada
Que el ánimo enajena,
Cantas á Dios que los espacios llena.

No dejes el camino
Donde la flor del sentimiento puro
Exhala olor divino;
Cristiano Palinuro,
Sigue la luz del inmortal seguro.

Madrid, diciembre de 1856.

A Don José Fernandez Espino.

EPÍSTOLA.

¡Qué felicidad es no ser envidioso!
FERNANDEZ ESPINO.

Tienes razon: la ponzoñosa envidia,
Caro Fernandez, á la estéril roca
Nos sujeta del ódio, y, como buitre,
Las míseras entrañas nos devora.
¡Feliz mil veces el mortal que nunca
Tributo le rindió! ¿Qué dicha logra
Quien al impulso de su afan cediendo
Se alimenta de saña destructora?
Míralo allí: ¡qué lástima no inspira
La enfermedad moral que lo aprisiona!
La verdinegra tinta de su rostro,
De su incierta mirada recelosa
El siniestro fulgor, la torpe llama
Que sus malos instintos acalora,
Todo denuncia al envidioso. ¿Quieres
El abismo medir donde sofoca
Gratitud y amistad? Óyelo un punto.
No hay profunda virtud, no hay alta honra

Que mancillar no intente. De sus labios,
Como las heces que el molino arroja
Y el aire infestan, en raudal inmundo
Corren palabras de desprecio y mofa
Contra quien algo vale. Si despierta
La bondad aficion, él la desdôra
De flaqueza tachándola. Si austero
Los vicios huye, y en la paz hermosa
Busca el justo la dicha, el envidioso,
Que ni lo humilde en la virtud perdona,
Hipócrita le llama: contra el mismo
Que le tendió la mano generosa
Y á la miseria le arrancó, sañudo,
De su perversa condicion traidora
La hiel escupe. Ni le aplaca el blando
Halago de inocencia pudorosa,
Ni el arrojado esfuerzo del que lucha,
Pródigo de su vida, por la gloria.
Pero aun es nada lo que ves: convierte,
Convierte la mirada escrutadora,
Caro Fernandez, al risueño campo
De las letras pacíficas. ¡Qué sorda
Fermentacion verás! ¡Cuántas miserias!
¡Cómo la envidia sin cesar malogra
Claros ingenios, y en abrojos muda
Lauros nacientes y purpúreas rosas!
Aquel tétrico jóven (¡quién creyera

Que marchitase con tan vil carcoma
Su temprano verdor!) apenas vive
Con otro afan que el de la envidia; y goza
¡Oh villano gozar! cuando los otros
En el revuelto piélago zozobran.
Álzase en alas de potente númen,
Como fragante lirio entre amapolas,
Genio brillante; y al comun aplauso
Que el mérito arrebata de sus obras,
Al corazon del infeliz que miras
Toda la sangre súbito se agolpa.
En el hondo furor de su despecho,
Como en la red de araña artificiosa
Queda humilde volátil, en los grillos
Que la insensata vanidad le forja
En vano lucha por el triunfo; presa
De la infernal envidia, ya provoca
Sangrientos epigramas en desdoro
Del ilustre rival, ya la corona
Que su dinero le costó recibe
En medio de algazara estrepitosa,
Sin engañarse el triste y engañando,
Como preciado signo de victoria.
Aquel otro infeliz... Pero apartemos
De esta infecunda tierra pantanosa
El angustiado corazon. ¡Qué suerte
La del que dentro de su pecho ahoga

Todo noble entusiasmo! ¡Qué ventura
La del que aplaude con el alma toda
En los demás el mérito, y los sigue
Con digno áfan, y la verdad pregona!
Páramo triste donde nunca vierte
Su jugo el cielo en cristalinas gotas,
El desdichado cuyo seno abriga
La pestilente llaga cancerosa
Á dura esclavitud siempre se entrega,
En duplicados infortunios llora.
¡Negro destino acrecentar los males
Que lleva en sí la desventura propia
Con el ajeno bien! ¡Feliz quien solo
Envidia la virtud que al justo honora!

Madrid, setiembre de 1856.

El Arbol seco[26].

DEDICADA Á DON PANTALEON DE LA TORRIENTE.

BALADA.

Ciñen el valle
Verdes montañas.
¡Qué ricos prados!
¡Qué puras aguas!
Densas neblinas
Males presagian;
Pero respetan
Esta comarca,
Y benéficos aires las impelen
Más allá de la Peña de Cabarga.

Limpia de aspecto
Vese en la falda
De una colina
Pobre morada.
Dios la bendice:
Nunca las ansias
De honda miseria
Turban su calma,
Y generosas nubes enriquecen
El huerto estrecho, las sedientas parras.

Junto á la lumbre
Yace sentada,
Triste y doliente,
Linda zagala.
Reza su madre,
Reza en voz baja;
Y ella, entre angustias
Mal sofocadas,
Rinde al honrado esposo el casto fruto
Á que prestó alimento en sus entrañas.

Pálido el rostro,
Lirio entre zarzas,
Sale á los campos,
Troncha una rama,
Clávala en tierra
Junto á su casa,
Dulce suspiro
Lánguida exhala,
Y á que brinde con sombra la conjura
Á su albergue y al hijo que idolatra.

¡Cómo los años
Rápidos pasan!
Hombre es el niño;
Tiende sus ramas
Árbol la un tiempo

Rústica vara;
Sola murmura
Tiernas plegarias
La hermosa madre, y el garzon brioso
Parte á buscar riqueza en otras playas.

¡Ay si á las olas
Jóven te lanzas!
Pisa el mancebo
Costas lejanas;
Piensa en su madre;
Lucha y trabaja...
¡Vanos esfuerzos!
¡Loca esperanza!...
Al fin sin padre, sin salud, rendido,
Torna al hogar de su apacible infancia.

Ya del otoño
Soplan las auras;
Visten los picos
Nieves tempranas;
Yace del árbol
Mustia la gala;
Triste la madre
Que lo regaba
Con lágrimas lo riega: el hijo amado
De lentas fiebres al rigor se apaga.

¡Cuán larga noche!
¡Qué dura escarcha!
Más del enfermo
Crecen las ansias;
Sangre á torrentes
Mísero lanza;
Grita espirante:
«¡Madre adorada!»
Y la madre infeliz, cayendo en tierra,
Clama en hondo clamor: «¡Hijo del alma!»

Súbito el árbol
Blande las ramas;
Vuelan sus hojas;
Sangre las mancha.
Rueda en el prado,
Cárdena y lacia,
La última, há poco
Verde y lozana,
Y el tronco gime cual si ardiente rayo
Calcinado le hubiese las entrañas.

Pasa el invierno:
Llena de galas
Flora los prados
Cándida esmalta.
Trinan las aves;

Bullen las aguas;
De hojas se cubren
Todas las ramas...
Solo el árbol fatídico desnudo
Yace, velando por la humilde casa.

«Míralo, madre
Desventurada...
¡Cómo á los cielos
Aun se levanta,
Tronco sin jugo,
Seco fantasma!
¡Cuál le dirige
Mudas plegarias!...»
¡Ay! Tambien su cadáver gigantesco
Vendrá por tierra al espirar la anciana.

La Torriente (Hermosa), octubre de 1854.

Á LOS DOS AÑOS.

Al Conde de San Luis.

Cuando el atrevimiento no halla
castigo ni resistencia, presume
de hacerse mérito.

ANTONIO PEREZ.

. . . . La conciencia

. . . .

A ninguno, por fuerte, diferencia.

LOPE DE VEGA.

En vano aspira la maldad, que huella
De toda ley el sacrosanto fuero,
Á gozar de sus triunfos: un instante
Brilla en la cumbre con fulgor siniestro,
Y á tierra viene y execrada espira.
¡Oh veleidad funesta de los pueblos!
Falaces ilusiones los deslumbran,
Los seducen fantasmas; corren ciegos,
De la lisonja al engañoso arrullo,
Tras soñadas visiones; y creyendo
Libres y reyes ser, despiertan solo
De míseras pasiones instrumento.
Tú los has visto en indelebles horas,
Tú los has visto, con furor tremendo,
Insultos vomitando y anatemas,
Roncos gritando libertad, al fuego

Y á la codicia de moral pillaje
Tu casa dar en vengativo empeño,
Maldecir de tu nombre. ¡Cuántos, cuántos
Que aun ayer mismo á tu bondad debieron
Amparo generoso, no encontraban
Disculpa á la traicion, nobles pretextos
Á la sedienta furia de los malos,
Del crímen á los hórridos excesos!
¡Qué no atropella el interés! Repara,
Repara, oh Conde, el lastimoso aspecto
De tu patria infeliz: ¿dónde los bienes
Que tan profusamente le ofrecieron
Los que al incauto pueblo alucinaron,
Los héroes *redivivos* del progreso?
¿Dónde la hartura en el hogar del pobre?
¿Dónde el alivio al labrador? Los buenos
¿Cómo no prevalecen cuando impera
Nueva edad de Saturno? ¿Por qué vemos
Sobré la ciencia y la honradez subido
Al miserable chillador grosero?
¡Oh lamentable aberracion! ¡Oh rabia
Codiciosa de mando! Los austeros,
Los que hóy deploran el atroz desórden
De la pujante multitud, é incienso
Queman del Trono en las augustas aras,
Que ayer de inícua execracion cubrieron,
No há mucho, al rayo de calumnia odiosa

Difundida con arte; sin respeto
Á lo que hoy mismo idólatras subliman,
Quizá por interés; mostrando anhelo
Por la que acaso en su interior juzgaban
Perfeccion imposible; en un momento
Que grabará con lágrimas la historia
Bañada en sangre, desdichados siervos
De indómita ambicion, de la anarquía
Abrieron paso al infernal cortejo;
Y por curar los males de la patria,
En horrores sin número la hundieron.
No envidiemos tal suerte. Condenados
A ser de dudas incesante objeto,
Por más que altivos la cerviz levanten
Para ocultar el propio vilipendio,
La voz no han de acallar de la conciencia
En el oculto fondo de su pecho.
¿Qué tormento mayor? Ellos que el dique
De la obediencia popular rompieron,
Ellos que á los ilusos arrastraron,
Hoy, del cañon al temeroso estruendo,
En la española sangre que derraman
El galardon reciben de su intento.
¡Oh Providencia! La segur terrible
Ya no se aparta del audaz plebeyo
Que en uniforme convirtió de mando
La abigarrada chupa del torero.

¡Cómo le siguen en su rauda fuga'
Las sombras de los tristes indefensos
Á quien, gritando libertad, inicuo
Llevó á la muerte con furor sangriento!
Dos años há, y el que se alzó á tirano
De la menuda gente de su gremio,
El que impuso á los héroes salvadores,
Que tamaña ignominia consintieron,
Atravesado el corazon espira
De vergüenza y de horror mísero objeto.
¡Cuándo será que en los tranquilos goces
De fraternal amor, ávido el pecho
Busque las glorias y la dicha encuentre
Negada á criminales pensamientos!
¡Cuándo será que la ambicion, bastardo
Fruto del mal y la soberbia, al cielo
Con insaciable codiciar no insulte,
Ni derrame en el alma su veneno!
¡Si utilizar supiesen los futuros
Tan amarga leccion, tan duro ejemplo!......
Mas ¡ay! no esperes que labrar consiga
En la masa comun tal escarmiento.
Cuando los lazos del deber se aflojan,
Cuando se otorga á las perfidias premio;
¿Pueden no ser juguete las naciones
De la astucia falaz de los perversos?

Madrid, 20 de julio de 1856.

A D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca,

capitan de artilleria y esclarecido ingenio,

EN SUS BODAS.

Si el tálamo nupcial produce flores,
Árbol hallen en tí que los dé abrigo.
TAMAYO, *Virginia*.

Llegó el ansiado instante
De coronar tu dicha
Uniéndote por siempre,
Caro Fernando, á tu adorada Elisa [27].

Á mi anhelar propicio,
Dios vuestra union bendiga;
Y en virginales flores
Riégueos la senda de la dulce vida.

Como la vid que al soplo
Del aura matutina
El delicado fruto
Con generosos pámpanos abriga,

Cuando el amor duplique
Vuestra existencia misma
En cándidos renuevos,
Logro feliz de plácidas caricias,

Escúdelos amante
Vuestra virtud sencilla
Contra el rigor del vicio
Que la pureza y la bondad marchita.

¡Dichoso el que al impulso
De tierna simpatía
Logra encontrar el alma
Para regalo de su amor nacida!

¡Dichoso el que unir sabe
Á la piedad nativa
Las raras perfecciones,
Caro Fernando, de tu amada Elisa!

Madrid, 1856.

———

A D. Antonio Arnao.

Es lengua la verdad de Dios severa,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
QUEVEDO.

¿Qué espera la virtud, ó en qué confia?
RIOJA.

¿Quién el terrible arcano
De la intrincada ciencia de la vida
Rompe con fuerte mano?
¿En qué ignota guarida
La luz de la verdad yace escondida?

¡Ay del mísero pecho
Que en su modesta rectitud fiado
Vive en círculo estrecho,
Contra el rigor del hado
Solo de honor y de constancia armado.

Aun la codicia ardiente,
Aun la villana deslealtad impía,
Con altanera frente,
Cogen en la porfía
El lauro que á los buenos se debia.

No se compra con oro
Del indomable corazon honrado
El sin igual tesoro;
Mas no caiga aterrado
El lëal al traidor sacrificado.

¿Dónde volver los ojos
Si de virtud las delicadas flores
Se truecan en abrojos,
Si colma de favores
El miedo ó la sandez á los traidores?

Cuando la excelsa cumbre,
En la que solo de imparcial justicia
Debe brillar la lumbre,
Asedia la malicia
Al impudente adulador propicia;

Cuando es casi delito
El haber afrontado la insolencia,
En ardoroso escrito,
De triunfante demencia,
Sin vacilar un punto en la crëencia,

¿Qué estímulo decente
Hay, caro Antonio, para el alma noble?
¿Qué fe que la sustente?

¿Qué corazon de roble
Que á ejemplo tan funesto no se doble?

Tú que en ebúrnea lira
Cantas el dulce amor y las bondades
Que la piedad inspira,
Si huir quieres maldades
Busca asilo en agrestes soledades.

Trocadas las nociones
Yacen aquí de la virtud y el vicio,
Triunfantes las pasiones
Y abierto el precipicio
En que amenaza hundirse el edificio.

¡Ay del soberbio entonce
Que alimenta en su pecho la injusticia!
No habrá muro de bronce
Que ataje la avaricia
Del que arrastrarlo á sucumbir codicia.

Huye, querido Antonio,
Huye de la política palestra;
Que es ciencia del demonio
La que, en intrigas diestra,
En dura iniquidad nos amaestra.

Madrid, 29 de diciembre de 1856.

Recuerdos de la montaña.

Á DON VICENTE DE LA TORRIENTE.

> Más que non dorado colmo
> De real pabellon, me agrada
> Choza de pajas tramada
> E secas greñas del olmo.
>
> Moreto, *Los jueces de Castilla.*

Desde el odioso hervidero
De intrigas que llaman corte,
Donde siempre alerta viven
Todas las malas pasiones,
   Por llegar á saludaros
Parten con alas veloces
Versos que inspira el afecto
Que más ennoblece al hombre.
   ¡Cómo en el plácido abrigo
De esos valles y esos montes
Por siempre buscara el alma
La paz que en ellos se esconde!
   ¡Con qué placer trocaría
El brillo de los salones

Por la sombra hospitalaria
De chopos, lauros y robles!
Aun están en la memoria,
Como en láminas de bronce,
Por la gratitud impresas
Vuestras finas atenciones;
Y en vano querrá el olvido,
En vano que el tiempo borre
Lo que ella graba en el alma
Que á sus ímpetus responde.
Gratas memorias, alivio
De mis hondos sinsabores,
¿Qué dicha igual á la dicha
De amorosas ilusiones?
Cuando apartando los ojos
Del rudo y nefando choque
De bajezas, fruto digno
De estas ciegas ambiciones,
Raudo volar me figuro
En consolador transporte
Á la cumbre de las sierras,
Á la pompa de los bosques,
¿No se dilata mi pecho?
¿No se dobla, no se rompe
Del ódio vil cortesano
El inexorable azote?
¡Oh madre naturaleza!

¡Oh recuerdos bienhechores!
¿Dejaréis que en este golfo
Mi humilde bajel zozobre?
Ya de Umbuena y de Pedredo [28]
Los raudales saltadores
Miro bullir á la sombra
De silvestres pabellones.
Ya de los *siete pinceles*, [29]
Alta majestad del bosque,
Las verdes ramas que prestan
Abrigo á los ruiseñores;
Y las esbeltas encinas
Á que puso caros nombres
Mi anciano amigo[30], y del huerto
Las parras, frutas y flores.
¡Qué gozo, cuando del sol
Los nacientes arrebolos
La espesa niebla iluminan
Que en largas cañadas corre,
Ver rodar sobre las hojas;
Con dorados tornasoles,
Gotas vertidas en ellas
Por las auras de la noche!
¡Qué gozo ver los senderos
Serpeantes que interrompen
El verdor de las montañas
Y cruzan estrechas hoces,

Ó de escarpadas alturas,
Peñas arrastrando enormes,
Bajar á los hondos ríos
Torrentes asoladores!
¡Oh hermosa naturaleza!
¡Oh amistad! En tales goces
No hay corazon angustiado
Que no olvide sus dolores.
El sosiego de los valles,
La aspereza de los montes,
La sana y útil fatiga
De las rústicas labores,
Cuanto despierta en nosotros
Inocentes emociones,
Y yo feliz disfrutaba
En esos augustos bosques,
El ánsia en mi pecho activa
De volver á las regiones
Donde el alma se engrandece
Léjos de aciagos rencores.
¡Permitan los altos cielos
Que á veros mis ojos tornen,
Que por ese hogar querido
Nunca el infortunio asome!

Madrid, diciembre de 1856.

A Don Manuel N. Zarco del Valle

y Espinosa de los Monteros.

You have a noble and a true conceit,
Of God-like amity.

Shakspeare.

Cuando ruge do quiera
De la desgracia el huracan impío,
Á cuya saña fiera
El más fuerte navío
Corre á estrellarse en áspero bajío,

Y el corazon valiente,
En olas de dolor arrebatado,
Desfallecer se siente,
Viéndose ya turbado
Víctima triste del rigor del hado;

Solo una clara estrella
Paz nos anuncia y bienhechor consuelo

Inmaculada y bella;
Solo en férvido anhelo
Nos salva la amistad hija del cielo.

Feliz quien en el mundo,
De la comun degradacion testigo,
Contra pesar profundo
Halla plácido abrigo
En el abierto pecho de un amigo.

Allí se embota el rayo
Que la cobarde ingratitud fulmina;
Como en risueño mayo
La rosa purpurina,
Crece allí flor de perfeccion divina.

Tal en tu amante seno,
Donde la voz de la amistad impera,
Crece, al amor sereno
De verde primavera,
Cándido lirio de virtud sincera.

Tú que rindes tributo
Á la que goza en endulzar dolores,
Coge amoroso el fruto,
Rico en blandos olores,
Con que te brindan de amistad las flores.

À la tierna memoria
De la que vive en tí, y al dulce halago
Del padre que es tu gloria,
Sin mi destino aciago,
Une esta flor, de mi cariño en pago.

Madrid, 1.° de enero de 1855.

A Don José María Bremon,

DIRECTOR DEL PERIÓDICO « LA ESPAÑA » EN JULIO DE 1854
Y JULIO DE 1856.

SONETO.

Seguir la senda del deber que traza
La noble inspiracion de un pecho honrado
Es (sin ofensa á la razon de Estado)
Es dár muestras de ser un calabaza.
Otro es el rumbo de la ilustre raza
Que siempre goza del favor del hado:
La prudente virtud es mal pecado;
Para medrar, insulta y amenaza.
¿Qué te valió con generoso aliento
Á la sombra lidiar de tu bandera
Cuando más cruda la batalla ardía?
Pasar ¡oh ingratitud! por el tormento
De ver que logra la falacia artera
Lo que á la fe constante se debia.

Madrid, enero de 1857.

La niña huérfana[31].

Á DON EMILIO ESCARIO Y FERNANDEZ DE NAVARRETE.

Héla, héla, héla
La blanca paloma.

DURAN, *Leyenda de las tres toronjas.*

Cándido lirio naciente,
¿Por qué con el alma herida
En la aurora de la vida
Miras nublarse tu frente?
¿Qué dardo, qué dardo pudo
Traspasar tu corazon?
¿Por qué la inocencia no sirve de escudo
Contra el rayo implacable del dolor?

Privada en tu albor primero
Del cariño de una madre,
Viste luego á tu buen padre
Dar el aliento postrero;
Y aunque apenas comprendía
Tal desgracia tu razon,
Impulso secreto del alma decia
Cuán terrible es el rayo del dolor.

¡Oh divina Providencia!
Á tu abrigo dulce y caro
Consuelo encuentran y amparo
La desdicha y la inocencia.
Pobre huérfana, no llores
En tanta tribulacion;
Que ya nuevos padres tapizan de flores
El áspero sendero del dolor.

En las puertas de la vida
Te enseña la desventura
Que á la edad lozana y pura
Tambien va la muerte unida.
Sol de angélica belleza,
Nunca olvides la leccion:
En estos breñares de dura maleza
Se purifica el alma en el dolor.

Madrid, febrero de 1857.

A Don Luis Fernandez-Guerra y Orbe,

COLECTOR Y BIÓGRAFO DE MORETO [32].

Hoy que procuras emular los triunfos
De nuestro dulce Aurelio, y de tu padre,
Caro á las musas y á la ciencia [33], sigues
El luminoso ejemplo venerable;

Hoy que al nombre inmortal del gran Moreto
Unes el tuyo en erudito alarde,
Y rasgar el arcano de su vida,
Y confundir á la ignorancia sabes,

Deja que henchida de entusiasmo ardiente
Se acerque la amistad á tus umbrales,
Deja que goce en aplaudirte, deja
Que de memorias de dolor se aparte.

Desde mi edad primera reluchando
Con tormentosos hados implacables,
Como relucha con revueltas olas
El náufrago infeliz en leño frágil,

De avara iniquidad víctima triste,
Al amparo de Dios crucé los mares
De la mísera vida, y los escollos
Diestro salvé donde debí estrellarme.

Avezado á sufrir, en la desgracia
Fuerzas hallé para vencerla. ¿Sabes
Quién mitigó piadosa mi amargura,
Secó mi llanto? La amistad süave.

Ella es el númen que mi pecho inspira
Enfrenando el rigor de los pesares;
Ella es la luz de mi esperanza; en ella
Cifro la dicha de mi amor constante.

¡Plegue á los cielos que por luengos años,
Con tu adorada esposa y con el ángel
En quien el ser y la bondad dilatas,
Cielo sin nubes la existencia esmaltes;

Y que unido tu nombre al de Moreto
(Sol de la escena, admiracion del arte),
Ejemplo de virtud sencilla y pura
Viva con gloria innúmeras edades.

Madrid, enero de 1857.

Al Coronel Don Joaquin de Bouligni y Fonseca,

NOMBRADO AYUDANTE DE ÓRDENES DE S. M. EL REY.

¡Y dejas, oh caro amigo,
La paz, el amor, los goces
Que en las márgenes disfrutas
Del Eresma y del Clamores!
¡Y truecas el blando halago
De los rústicos albogues,
La hermosura de los valles,
La grandeza de los montes,
Por la furia desatada
De las sórdidas pasiones
Que en lucha incesante viven
En el seno de la córte!
¿Por qué abandonar te miro
Las científicas labores,
Y á ese plantel de guerreros
Negar tus sabias lecciones[51]?
Bien haces; aquí te llaman
Deberes que honran al hombre:

Al mandato de sus reyes
Al punto el leal responde.
Servir te cumple al Esposo
De Aquella que orna de flores
El cetro honor de dos mundos,
Siempre á la clemencia dócil.
Mas cuida que en los palacios
La intriga falaz se esconde;
Que artera lisonja en ellos
De injusto favor dispone;
Y con prudente discurso
Combate ciegos errores,
Trata verdad y justicia
Como bueno y como noble.
No temas de ánimo egrégio
Que austera virtud le enoje:
Gustar puede la lisonja,
La honradez respeto impone.
Tú que á las cándidas musas
Debiste dulces favores,
Claro espejo de discretos
En palabras y en acciones;
Tú que en la escuela de Marte
Preciado laurel recoges,
Y puedes honrar tu escudo
Con científicos blasones,
Bien estarás al abrigo

Del que une á su excelso nombre
De ilustrado y generoso
Los vivísimos fulgores.
Protector infatigable
Del arte gloria del orbe,
Digno amparo de las letras,
Consuelo y salud del pobre,
Dará á tus prendas Francisco
El honor que corresponde:
Príncipe que honra á los buenos
Su augusto deber conoce.
Deja, pues, mi dulce amigo,
Deja la paz de los bosques,
Deja el amable sosiego
Del Eresma y del Clamores;
Que aquí donde el mal sus diques
Con furia espantable rompe,
Bien es que á enfrenarlo acudan
Esforzados corazones.

Madrid, enero de 1857.

Á LA MEMORIA

de mi querido amigo

José Angel Colmenares.[35]

Murió de veinte y dos años
Por más lástima dejar.

Cancionero de Juan del Encina.

Apenas pasa un dia
Sin que muera una flor,
Sin que algun árbol en la selva umbría
Pierda el fresco verdor.

¡Arcano misterioso
Del ser y del no ser!
Cual flor marchita, cuando más brioso,
Miro al jóven caer.

¡Ay dulce amigo, en vano
Te invoco en mi afliccion!
¿Por qué á sierpe tan vil rendiste insano
Tu noble corazon?

Brisas del mar de Atlante,
¿No os conduele mi mal? —
¡Ay! Ni endulzó su primer instante
El beso maternal.

Madrid, octubre de 1857.

EN LOS DIAS

de la Serma. Sra. Infanta de España

Doña María Luisa Fernanda de Borbon,

DUQUESA DE MONTPENSIER.

SONETO.

Hoy la ciudad á cuyos piés se lanza
Bétis augusto en los soberbios mares,
Lleva ofrenda de amor á los altares
Donde brilla su luz y su esperanza.
  ¡Oh generoso lauro! ¿Quién lo alcanza
Si no se goza en endulzar pesares?
¿Quién, si no brinda en sus egrégios lares
Con abrigado puerto de bonanza?
  Feliz mil veces la que en alto solio,
Clara estirpe real, como rocío
Fecundador se ostenta bienhechora,
  Y ennobleciendo el régio capitolio
Enjuga el llanto del dolor impío
Con las santas virtudes que atesora.

Sanlúcar de Barrameda, 25 de agosto de 1858.

A mi amigo Caracuel.[36]

SONETO.

> La sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.
>
> CERVANTES.

No es infalible signo de nobleza
Régio blason, ni alcázar esplendente,
Ni el poder que se juzga omnipotente,
Ni el brillo seductor de la riqueza.
Con menos aparato de grandeza
Brota en el corazon; es clara fuente,
Cuya virtud ensalza al indigente
Y el orgullo castiga y la flaqueza.
Yo ví la ciega vanidad alzarse,
Noble creyendo ser por rica ó fuerte,
Á despreciar en la eminente cumbre;
Yo la ví en ignominia revolcarse,
Y brillar á despecho de la suerte
De los nobles cual tú la hermosa lumbre.

Madrid, octubre de 1858.

Al Excmo. Sr. D. Manuel García Barzanallana.

EPÍSTOLA.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
QUEVEDO.

¿Y aun tienes fe? ¿Y en la palestra odiosa
Donde se viste la ambicion sañuda
Tanto disfraz, y donde osado el crímen
Á la virtud su galardon disputa,
Sigues luchando? ¿Y el feliz sosiego
De la tranquila soledad no buscas,
Ya en el verdor de los alegres sotos,
Ya en la aridez de la montaña augusta?
¿No ves cuál rugen en la ardiente arena
Ciegos instintos, y, en sangrienta furia,
Contra el bien de la patria desatados,
El remedio á sus males dificultan?
¿Qué esperas ya? Cuando en la excelsa cumbre
Tormentas y tormentas se acumulan,
¿Cómo impedir que el fulminante rayo
Los árboles destroce en la llanura?
No pienses, no, porque indignado execro

La comun sordidez que nos abruma,
Que de esta edad misántropo maldigo
El prodigioso aliento y la cultura.
No pienses, no, que, forjador insano
De esperanzas quiméricas, las puras
Delicias de un Eden nunca gozado
Busco en la tierra. Perdurable lucha
Es la vida del hombre, y quien desmaya
Encadenar no logra la fortuna.
¡Cuántos, empero, la corriente siguen
Del torpe codiciar! ¡Cuántos fluctúan
Entre el deber y el egöismo! ¡Cuántos
Doblan el cuello á la infernal coyunda
De insaciable ambicion! En vano esperas,
Hoy que el clamor preponderante escuchas
(Afrenta á la razon) de tanto y tanto
Político en agraz de ciencia infusa,
Que prevalezca la justicia. Limpio
Vemos el sol cuando su luz no enturbian
De insalubres marismas y hondos valles
Nieblas espesas que la mente ofuscan;
Mas si negros vapores se desprenden
Del centro de las fétidas lagunas,
Y en la region del aire condensados
La clara antorcha luminosa ocultan,
Solo nubes siniestras ven los ojos
Que luto, y noche, y tempestad auguran.

Míralo bien, y llora : no hay ejemplo
En cuanto el sol en su carrera alumbra,
De desvergüenza igual á la que hoy campa
En la escena política. ¿Qué burla
Mayor de la moral, que encarecerla
Á cada instante en frase campanuda,
Y olvidar sus preceptos, y pisarla
Sin el menor reparo cuando pugna
Con ella el interés? Pues tal se observa
Desde que el goce del poder disputan
Los semidioses impecables. Rota
La valla del pudor, ya no se duda
En vivir de mentiras; ya se llama
Noble al traidor, grande al rebelde; y suma
De patriótico amor se considera
Al miserable apóstata, que en lucha
Con la conciencia y la codicia vende
Al medro la opinion, y canta, y triunfa,
Invulnerable á los ajenos tiros,
Gracias á la ignominia que le escuda.
En tanto cunde cual funesta plaga
El egöismo hidrópico; saludan
Al nuevo sol los tránsfugas logreros
Que gozan del botin; la fe robusta,
Blason del alma que la alberga, suele
Escarnecida ser por los que fundan
En no creer su gloria; la justicia,

Una y mil veces conculcada, busca
Paz en otra region; la ley, hollada
Sin freno alguno por la noble y pura
Fe de sus pulcros defensores, huye
Del suelo ibero; la infernal calumnia,
Que tanta asolacion y tanto estrago
Causó en las honras y en la patria, ilustra
Sus generosos timbres cuando impera
Nunca vista moral; y aunque no escupa
Su asqueroso veneno, cual un dia
Osada lo escupió con lengua inmunda
Sobre objetos sagrados, envidiosa
Sigue mordiendo; con tenaz censura
La ponzoña crüel de la sospecha
Cauta difunde, y, como sierpe astuta,
El ánsia criminal que es su alimento
Pretende que á los otros se atribuya.
¡Oh patria! ¡Oh confusion! El miserable
Libelista procaz que en su espelunca
Vomitó ayer con criminosa idea
Tanto inícuo baldon y tanta injuria,
Honrado yace, aunque sin honra, en puestos
Negados al leal. Fácil impulsa
Al indocto escritor de misa y olla,
Que en sentido comun no trató nunca,
De un solo arranque á la eminente cumbre
Su abominable mercenaria pluma.

Es mérito adular, que alcanzar logra
Cuanto anhela insolente; y se repugna
Y se castiga la verdad severa
Que tanta horrible enormidad dibuja.
Cunde así el deshonor; cunde el funesto
Ejemplo de avaricia inverecunda;
Muere la fe; los descontentos crecen,
Y no hay sagrada institucion ninguna
Que no amenace sucumbir. Oh patria,
¿Dónde te lleva la insolente chusma
Que se proclama liberal, y solo
Es liberal de escándalo en las urnas?
Bien haces en luchar, mi dulce amigo.
Si cuando llena de insolencia pugna
La anarquía moral por sujetarnos
Á su cetro de hierro, y se disputan
El campo del honor negros rencores,
Y á la sublime juventud, espuma
De pátrio amor, para su propio medro
Mezquino el mayor bien se le figura
Con ilustrada abnegacion; si cuando
El egöismo sin careta insulta
Á la probada fe los buenos ceden
É indiferentes á la suerte cruda
De la mísera patria se retiran
Al doméstico hogar, ¿qué voz robusta,
Qué generoso impulso podrá entonces

Salvar la nave de la roca dura?
¿Quién tratando verdad, quién pondrá coto
Al mal que hoy crece en progresion que asusta?
Bien haces en luchar. La fe sincera,
Que no se tuerce ni se apaga, trunca
Los renuevos del mal, y enfrena al cabo
Del vicio triunfador la audacia impura.
¡Ojalá muchos generosos pechos
Fuertes luchasen por la paz fecunda
En patriótica lid! ¡Ojalá muchos
Al vano aplauso honrosas amarguras,
Y á la rabia de medro antepusiesen
El bien de la nacion! Cuando resulta
Más ventaja real de hacer la corte
Que de cumplir con el deber, ¿quién duda
Del fin aciago á que camina el pueblo
Donde tan grave mal se perpetúa?
Ponedle dique los que habeis por dicha
Fe y experiencia; y si procaz insulta
La fracasada adulacion cobarde
Tan noble empeño, despreciad su furia:
Harto al desprecio condenarse debe
Á quien sin patria y sin honor procura,
Hablando de moral y de justicia,
Hollarlas ambas y saciar su gula.

Madrid, octubre de 1858.

A D. German Hernandez Amores,

AUTOR DEL HERMOSO CUADRO QUE REPRESENTA Á SÓCRATES REPRENDIENDO Á ALCIBIADES EN CASA DE UNA CORTESANA.

EPIGRAMA.

Del arte griego la ideal belleza
Con noble ardor emulas arrogante,
Hoy que indigestas críticas bosteza
Contra hermosura tanta el ignorante [37].
¿Qué importa su clamor? Sigue adelante!

Madrid, diciembre de 1858.

El Alcázar de Sevilla.

Á DON JOAQUIN DOMINGUEZ BECQUER.

—«Viejo estoy; mano enemiga
De ignorante ó de malvado
Cubrió mis vivos colores,
Tapió mis abiertos arcos.
  Presa de torpe abandono
Hizo en mí la lluvia estragos,
Y del oro de mi veste
Ni leves restos quedaron.
  Destruyen mis artesones
À par la incuria y los años,
Y la ignorancia destroza
Mis ricos alicatados.
  ¿Dónde estás, Rey justiciero
Fundador de estos palacios?
¿Dónde están tus alarifes,
Dónde el poder de tu brazo?

Tú ante quien siempre temblaban
El pechero y el hidalgo,
¿Por qué á mi clamor no acudes
Para remediar mis daños?»—
Así el espléndido Alcázar
Donde emula ingenio humano
Los hechizos de las selvas,
La esplendidez de los astros,
Así con hondos gemidos
Lamenta su desamparo,
Viendo ya entrar la rüina
Por los muros grieteados.
Mas ¡ay! que su Rey D. Pedro
Yace en eterno descanso,
Tal vez ante el Rey de Reyes
Injusto rigor purgando;
Y los sabios alarifes,
Luz del arte mahometano,
Lloran en sombras eternas
Del Profeta los engaños.
Levanta la egrégia frente,
Oh Alcázar, enjuga el llanto,
Que acude á templar tus cuitas
La Madre del pueblo hispano.
Ya la segunda Isabela,
Cuyo espíritu gallardo
Goza en salvar los portentos

De otra edad regio legado,
Benigna el proyecto acoge
Que ardiendo en orgullo patrio
Formó en tu honor y en el suyo
Tu alcaide Nuñez de Prado [38].
Ya con solícito esmero,
Y con arte soberano,
Súbito Becquer te infunde
Nuevo ser y nuevo encanto [39].
—«¿Es sueño? Es verdad? ¡Oh gozo!
¿Al fin benéfica mano
Cura mis hondas heridas,
Restaura mi honor preclaro?...
¿Al fin la máscara horrible
Que envidiosos ó villanos,
Afrenta al comun sentido,
En mi rostro colocaron,
Artista glorioso arranca
Lleno de noble entusiasmo?
¿Vuelven á luz mis labores
De leyendas y de lazos?
No hay duda: ya el oro esmalta
Anchos frisos y recuadros,
Y luce el azul del cielo
En pechinas y resaltos.
Las pesadas galerías
Con que un tiempo me abrumaron,

Bastarda expresion marmórea
Del gusto greco-romano [10],
Si aun viven, ya no amenazan
Á muerte arrastrarme al cabo,
De sañudos aquilones
La altivez desafiando.
Tu celo, Becquer insigne,
Me torna al fulgor pasado;
Tú de extranjera barbarie
Borras el mísero rastro.
Por tí de nuevo recobro
Mi antiguo esplendor, mi fausto;
Por tí las caras efigies
De los Reyes castellanos.
¡Oh dicha! oh gloria! oh segunda
Isabel! Si en tu reinado,
Fanáticos ó perversos,
Á fuer de libres y sábios,
Se dieron á hundir prodigios
Que diez siglos levantaron [11],
Tu amor y piedad ya ponen
Dique al torrente nefando.
Dígalo yo que despierto
De larguísimo letargo
Á dar á las gentes muestra
De tu espíritu ilustrado.
Ejemplo será el Alcázar

Donde á Isabel y Fernando
Se rindió la media luna
Tras ocho siglos de agravios.
Vuelve los amantes ojos,
Vuélvelos, Reina, al milagro
De sin igual hermosura
Timbre de Genil y Darro.
El estrago de los tiempos,
La codicia de los sándios,
El vandálico abandono
En que muchos la dejaron,
Fué de la mágica Alhambra
La antigua beldad menguando,
Y hoy tiemblan ya en sus cimientos
Ricos templetes calados.
No consientas su rüina,
¡Oh Isabel! Salve tu amparo,
Salve la artística joya,
De España y del mundo pasmo
En tanto que agradecido
Tu nombre bendigo ufano
Al pié del templo que guarda
Las cenizas del Rey Santo [43].

Madrid, diciembre de 1858.

A D. José Gutierrez de Agüera y Manjon.

SONETO.

Hoy que me hiere el bárbaro acicate
De agudo padecer, y el claro dia
Que en las playas gocé de Andalucía
Noche se torna que mi gozo abate;
   Hoy que mi pecho apresurado late
Viendo en sombras nacer torpe falsía,
Y que aumenta el rigor de mi agonía
Voluble proceder en duro embate,
   Más y más echa el corazon de menos
Las dulces horas en tu hogar pasadas;
Más precia tu virtud, tu fe de amigo;
   Y al verte ansiar el lauro de los buenos,
Exclamo entre estas negras oleadas:
¡Oh sincera amistad, yo te bendigo!

Madrid, 30 de noviembre de 1858.

Al Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores,

MARQUÉS DE MOLINS.

EPÍSTOLA.

. . . . *hoc est*
Vivere bis, vitâ posse priore frui.

MARCIAL.

Siempre favorece el cielo los buenos deseos.

CERVANTES.

CUANDO en los años de la edad florida,
Con estusiasmo juvenil, ansiaba
Por la gloria del genio apetecida,
Mi corazon acorde palpitaba,
Amándote ya en ellos, con los seres
Que tu fecunda inspiracion creaba.
Y en la estacion en que la roja Céres
Los áureos granos en la troje humilla,
Embebido en fantásticos placeres,
De *Haro* y *Garcés* con dulce maravilla
Recordaba los nobles sentimientos
Del ancho Bétis en la fresca orilla.
¡ Cuántas veces ¡ ay me ! dando á los vientos,
Como alivio al rigor de mi desgracia,
La voz de tus honrados pensamientos,

No encontró el corazon nueva eficacia
Para sufrir de la impiedad ajena
La insoportable y cruda pertinacia!
¡Cuántas veces, rompiendo la cadena
De propíncuo dolor, el alma mía
Soñó con tu amistad que hoy la enajena!
¡Ay del ciego mortal que desconfía!
¡Ay del que dobla la cerviz cobarde
Al caso adverso en la vital porfía!
Arde en el hombre la esperanza, y arde
Dicha en su corazon; de necia duda,
Dándola de filósofo, hace alarde,
Y en acerba inquietud su paz se muda;
Niega el poder de la piedad divina,
Y ni sombra de amor su pecho escuda.
¡Oh voluntad del cielo peregrina,
Por qué ignoradas sendas nos conduces
Al fin á que tu ciencia nos destina!
¡Cómo en las horas de borrasca luces,
Cual eminente faro en turbios mares,
Y á comprender tu fuerza nos induces!
¡Si pudieses saber cuántos pesares,
Cuánta historia de lágrimas, oh amigo,
Encierran de mi vida los azares!
Luché y vencí; y al poderoso abrigo
De la bondad de Dios, con mi victoria
Dí al que usurpó mi bien noble castigo.

¿Qué mas alto blason, qué mayor gloria
Que ser lanzado al cieno y salir puro,
Y vivir del inícuo en la memoria
Como tenaz remordimiento? Muro
Fué mi pecho infantil á la desgracia;
Mi constancia y mi fe puerto seguro.
En vano quiso interesable audacia,
Sedienta de mi mal, en polvo hundirme;
Mucho más pudo la celeste gracia.
Y hoy satisfecho de mí propio, firme,
Aunque algun tanto fatigado, puedo
Compadecer al que intentó abatirme.
Tenga en buen hora á la conciencia miedo
Quien sofocó su voz por la codicia
De oro y de vanos títulos; yo ledo,
Sin que turben mi sueño la avaricia,
Ni el mal de nadie, tu amistad consigo,
Y el honor que á los buenos acaricia.
Feliz con ella el corazon, oh amigo,
Que comprende y aprecia sus favores,
De tu egrégia virtud dulce testigo;
Feliz quien enfrenando los rigores
De la enemiga estrella, trueca ufano
En pura luz sus tibios resplandores.
Sin el vivo oropel de un nombre vano
Que otro lleva por mí, solo, abatido,
De la existencia en el verdor temprano

Corrí á luchar como leon herido
Con la desgracia y la miseria, y fuerte
Tras tanto batallar las he rendido.
¿Qué les valió que la implacable suerte
Desatase con saña destructora
La horrenda iniquidad nuncio de muerte?
Fué para el temple de mi pecho aurora
De vida y triunfo, y encendió en las venas
La indignacion, del bien engendradora.
¡Oh santa indignacion! Ni aciagas penas,
Ni tremendos reveses, ni dolores,
Ni mortales angustias, con cadenas
De humillacion ahogaron mis ardores:
Cuando más cruda adversidad rugia,
Más mi valor, mis ímpetus mayores.
Y en tan vivo afanar y tal porfía
Nombre y puesto alcancé digno y honroso,
Y el mayor bien que el alma apetecia,
La estimacion del bueno. Generoso
Tú, además, gozas en mirarme orlado
Con el laurel que ilustra al estudioso,
Y en que muestre mi pecho engalanado
Con la envidiada insignia en que campea
El timbre de las letras más preciado.
¡Gloria al Señor, cuya piedad se emplea
En consolar al que injusticias llora,
En alentar al triste que flaquea!

¡Gloria al Señor! El pecho que le adora
Gracias le rinde por el dulce halago
De tu amistad que tantos atesora.
¡Envidiable amistad! En verde pago
Flor de purpúrea claridad ceñida,
Salva al rigor de tormentoso estrago.
En tu tranquilo hogar, en donde anida
La bondad que las almas engrandece,
Digno ejemplo de honor brinda tu vida.
Por tí con nueva majestad florece
La musa de Leon y de Rioja,
Y el castizo romance resplandece:
Por tí su cetro abominable arroja
La pereza fatal que nos abate,
Y su guirnalda con furor deshoja.
En el muerto arsenal de nuevo late
Vital impulso á tu ilustrado imperio,
Y la rutina odiosa lo combate.
Zarpan súbito á dar á otro hemisferio
Fe de tu actividad y patriotismo
Uno y otro bajel de puerto hesperio.
Como invencion de un sueño, entre el abismo
De la pasada destruccion se elevan
Máquinas y taller á un tiempo mismo.
Veleros buques á los mares llevan
De la region antípoda memoria
Del nombre hispano, y tu constancia prueban.

Tuya, nuevo Ensenada, la victoria
Que á sus flamantes grímpolas se liga,
Tuyo el honor de su pujante gloria [44].

Como en agosto la dorada espiga
Del útil labrador colma el deseo
Con el peso feliz que la fatiga,

Así colmada tu esperanza veo
Con el amor de tu adorada esposa,
Que no pudo anhelar más dulce empleo;

Así con la esperanza deleitosa
De ver tu ilustre nombre dilatado,
Y que en tus hijos su virtud reposa.

Tus hijos... ¡oh dolor! aun angustiado
Llora mi corazon al ángel que era
De talento infantil noble dechado [45].

Quísolo Dios, y á la celeste esfera
Raudo voló su espíritu: acatemos
La voluntad que sobre todo impera.

Y en el revuelto piélago en que vemos
Sirtes doquier de encono y de avaricia,
Exentos de odio y de ambicion, busquemos
El puerto de la paz y la justicia.

Madrid, diciembre de 1858.

FIN.

NOTAS.

(1 *pág.* 1.) Dia del año 1851 en que, adelantado ya el embarazo de la Reina, S. M. fué pública y solemnemente, acompañada del Rey su augusto Esposo, segun piadosa costumbre de nuestros monarcas, á implorar en el templo de Atocha el favor de la Santísima Vírgen para el momento en que hubiese de dar un sucesor á la Corona. En 20 de diciembre del mismo año S. M. dió á luz á la princesa María Isabel Francisca.

(2 *pág.* 18.) Más de diez años hace ya (como que fué en marzo de 1848) que dejó de existir á los 65 de edad la Señora Doña Rosa Romero, á quien Dios y mi madre quisieron confiar el cuidado de los primeros años de mi vida, y cuya santa abnegacion y raras virtudes estarán hoy recibiendo en el cielo su recompensa.

Á ella aludo en estos versos.

Si hubiese en el lenguaje humano voces que bastasen á indicar siquiera lo mucho que debemos á quien nos enseña el bien, las emplearía en este sitio para expresar cuánto debo á la que fué mi segunda madre, y ve desde la mansion de los justos que mi cariño es inmenso, inextinguible.

Permítase este desahogo de tierno amor á quien no gusta de profanarlo con ostentosos alardes. Se trata de uno de los seres más nobles y puros que han existido en la tierra, de la amiga, de la hermana, de la compañera de mi madre; recuerdo al guia inmaculado de mi juventud, al corazon más cristiano y generoso que pudo nunca imaginar la bondad misma, y no quiero ni debo guardar silencio. Seria yo indigno de los cuidados que me prodigó, si no ennobleciese

este libro en alguna de sus páginas el nombre de mi querida Rosa.

([3] *pág.* 35.) Falleció del cólera en Aranjuez en 1855, cumpliendo con sus deberes con el mismo celo con que habia cumplido con ellos durante toda su vida. Mientras vivió fué modelo de cristianos, de amigos y de leales.

([4] *pág.* 38.) Me inspiraron este soneto las siguientes palabras de un opúsculo titulado *Noticia biográfica del brigadier D. José de Gabriel, caballero del hábito de Alcántara*, debido á la pluma de mi caro amigo Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, oficial de los más distinguidos en el cuerpo de Artillería.

«Viendo de Gabriel (dice el biógrafo) que todo estaba perdido, y que nada le era dado ya remediar como jefe, lleno de generoso despecho, y resistiéndose á su noble valor el huir del campo de batalla, dirigióse resueltamente á las filas francesas, seguido solo de tres soldados, cuyos nombres no conserva desgraciadamente la historia»..... «y ansioso de ser útil á los suyos al sacrificarse así á ciencia cierta en las aras de su patria, arrojóse sobre el duque d'Arenberg, que, á la cabeza del regimiento de caballería que mandaba, se disponia á cargar al corto resto de infantería española que aun se conservaba firme. Atravesó con ardimiento las filas enemigas, penetró hasta d'Arenberg, y tirándole una furiosa estocada hubo de errar el golpe, consiguiendo únicamente herirle el caballo. En el instante mismo cayó sin vida acuchillado por los oficiales», etc.

([5] *pág.* 52.) El Duque murió repentinamente en Écija. Algunos meses despues de escritos estos versos falleció en Madrid su jóven y hermosa viuda, con gran dolor de cuantos tuvieron la dicha de conocerla.

([6] *pág.* 57.) Escribí estas redondillas para incluirlas en el *Álbum poético* que casi todos los más notables escritores de España pertenecientes á las diversas escuelas políticas dedicaron al conde de San Luis, cuando no era Ministro, por los años de 1851 y 52. La idea de formar este *Álbum* nació en la tertulia que entonces tenia yo en mi casa todos los sábados,

y á la cual solian asistir, á par de algunos distinguidos políticos, la mayor parte de nuestros esclarecidos ingenios, y no pocos jóvenes de los que despues han acrecido notablemente su fama y alcanzado legítimos triunfos literarios. El *Álbum* á que aludo habla tanto en pro de los que llenaron sus hojas, como en favor del Mecenas que tan felizmente ha logrado emancipar á los poetas dramáticos de la servidumbre en que yacian con notorio perjuicio de sus intereses.

([7] *pág.* 34.) Al decir esto no hago sino repetir lo que han proclamado á la faz del mundo, acerca de nuestro insigne compatriota, las *Revistas* médicas de Paris y los más notables profesores de la escuela de Montpeller.

([8] *pág.* 107.) Nada de cuanto se expone en estos versos es invencion del poeta. Para persuadirse de que en ellos se bosquejan pálidamente sucesos que han pasado á vista de todo el mundo, basta con apelar á las noticias y observaciones publicadas en los mismos diarios amigos de la revolucion en los primeros meses que siguieron á la de julio de 1854.

([9] *pág.* 110.) Para los que conocen la admirable coleccion de las *Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas*, corregidas, anotadas é ilustradas por Fernandez–Guerra con saber y criterio imponderable, fuera pálido cuanto yo apuntase aquí en ánimo de encarecerlas. Los que no conozcan todavía este prodigio de erudicion y talento, que lo busquen en la famosa *Biblioteca de Autores Españoles*, monumento levantado á la gloria nacional y á la suya, con inquebrantable constancia, por D. Manuel Rivadeneyra. Para estos últimos, conocer el trabajo de Guerra será admirarlo.

([10] *pág.* 110.) No puedo resistir á la tentacion de acreditar lo que digo, trasladando á este lugar la delicada cancion amatoria á que me refiero. Dice así:

A Sigiara.

Despertad, y en vuestro aroma
Bañad el ambiente, flores;
Que el alba vertiendo amores
Ya por el oriente asoma.

Y, á sus mágicos destellos,
Los horizontes perdidos
Ostentan colores bellos
Que enamoran los sentidos.
El arroyuelo sonoro
Corre con ledo murmullo,
De los sauces al arrullo,
De aves mil al libre coro.
Y sus raudales de plata,
Copiando la inmensa altura,
Pára súbito, y retrata
De mi dueño la hermosura.
Aura, levántate y ven
Del campo sobre las galas,
Con tus suavísimas alas
Refresca mi ardiente sien.
Y llévale en raudo giro
Á la luz de mis contentos
Mi enamorado suspiro,
Mis amantes pensamientos.
Llévale de mi pasion
Los ayes acongojados,
Que en ellos irán mezclados
Pedazos del corazon.
Del fuego que me devora
Llévale como despojos
Estas lágrimas que ahora
Se deslizan de mis ojos.—
Yo me ví ser bien amado;
Vuelta en gloria mi amargura,
En cielo de lumbre pura
Todo un abismo trocado.
Y si matara el placer,
¡Ay, que no viviera, no!
¿Pude tanto merecer?
¿Más alto bien lograr yo?—
Esa aurora tan galana
Que por las puertas de oriente
Se muestra resplandeciente
En su carro de oro y grana;
Que arroja, en blando desvío
De su mano de azahar,
Perlas al bosque sombrío,
Plata al indómito mar;
Que dora la densa bruma,
Y envuelve en tintas extrañas

El humo de las cabañas,
De los torrentes la espuma,—
Iris de dichas fecundo,
Fué la aurora que reia
Cuando descendiera al mundo
El ángel del alma mia.
¡Higiara! Higiara!, de amor
Cifra, y de gloria y dulzura;
Astro de mi noche oscura,
Bálsamo de mi dolor;
Mar ajeno de mudanza,
Cielo de mi libertad,
Tú eres mi sola esperanza,
Tú eres mi felicidad.
Si de tu hechicera voz
Perdido escucho el acento,
Por mis venas al momento
Discurre fuego veloz;
Y túrbome al deleitoso
Eco, y mi ser se estremece,
Y en mi labio tembloroso
La palabra desfallece.
Si entre cien bellas, al fin,
Mi corazon te columbra,
Como la flor que deslumbra
En encantado jardin,—
En cruda ansiedad deshecho
Y en zozobra y confusion,
Salirse quiere del pecho
El cautivo corazon.
Ver las horas deslizarse
En tus amorosos brazos,
Y en tan dulcísimos lazos
La existencia dilatarse;
Pender mi gozo y mi bien
De tu boca regalada,
Y en ella mirar tambien
Toda el alma enamorada:
Aquel extraño sentir,
Aquel afanoso estar,
Aquel amante esperar,
Aquel inquieto vivir;
Mi mano á tu mano asida,
Verte, oirte, contemplarte.....
¿Qué dicha iguala en la vida
Á la dicha de adorarte?—

¿La gloria?.... Efímero nombre,
Don fatal de varia suerte,
Veneno que da la muerte,
Fósforo que engaña al hombre!
¿El humo de la lisonja
De plebe inconstante y vana?....
En hiel empapada esponja,
Flor del almendro temprana!—
Eres mi gloria mayor,
En tí mis delicias fundo,
No existe nada en el mundo
Para mí de más valor.
Mi constante pensamiento
Es la fe que te ofrecí.....
Si te olvidare un momento,
Fálteme la vida á mí.
(Granada, 1842.)

Basta tener alma para apreciar debidamente las bellezas en que abundan estos versos. Excuso, pues, encarecerlas, no sea que se atribuya el elogio á parcialidad de amigo.

Ni terminaré esta nota sin revelar quién fué el *venerable sacerdote* á quien Fernandez-Guerra debió *lecciones de virtud* en el Sacromonte de Granada, y al cual aludo en los últimos párrafos de mi Epístola. Años despues de escrita, impresa ya la parte de este volúmen que la contiene, ha dejado de existir el *Ilmo. Sr. D. Juan de Cueto y Herrera*, que es el varon insigne de que se trata, y de quien hice en mis versos conmemoracion sin nombrarlo, por no ofender su modestia. Pérdida tan dolorosa me impone el deber de resumir aquí en breves palabras las noticias de su vida y escritos; noticias que más docta pluma da en estos dias á la estampa con mejores atavíos. Ninguna sazon tan oportuna para hablar de este inolvidable amigo y maestro, como aquella en que se hace justicia á las dotes intelectuales de su más caro discípulo.

El Sr. D. Juan de Cueto y Herrera nació en Colmenar, provincia de Málaga, á 18 de febrero de 1793. En 1801 comenzó á estudiar en el Sacromonte de Granada, bajo la direccion de su tio el Sr. D. Manuel de Cueto y Ramirez, despues abad de aquella colegiata, y obispo electo de Mérida de

Yucatán. La filosofía, teología, cánones, lenguas sábias é historia, fueron fecunda ocupacion de su ingenio. Secretario del obispado de Málaga en circunstancias harto azarosas, cura de Benagalbón en 1828, canónigo del Sacromonte desde el último dia de aquel año, consejero real de Instruccion pública y juez auditor supernumerario del supremo tribunal de la Rota en setiembre de 1857, individuo de número de las reales academias de la Historia y de Ciencias morales y políticas, continuador de la *España Sagrada*, falleció en Madrid á 17 de enero de 1858.

El más celoso cumplimiento de los deberes del ministerio sacerdotal, las misiones por todo el antiguo reino de Granada, y la constante enseñanza de la juventud por espacio de cuarenta años, dieron alimento á la actividad de su espíritu, á la dulzura de su carácter, á la persuasion y eficacia de su palabra.

Ha dejado casi concluidos los trabajos siguientes:

Historia literaria de España, no ceñida á las bellas letras únicamente, sino comprensiva de cuantos conocimientos se han cultivado en nuestro suelo desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias.

Diccionario geográfico de la España antigua, sin los delirios de caprichosos etimologistas, con muchos datos y documentos y suma sobriedad, librándose de la palabrería con que suelen suplirse aquellos.

Historia de los dos Felipes III y IV y Cárlos II.

Iglesias del Pirineo, uno de los tomos de la *España Sagrada*.

Varios tratados de *Teología* y *Cánones*, de *Física* y *Química* para enseñanza de sus discípulos.

La memoria de este varon preclaro, y el nombre de Fernandez-Guerra, despiertan en mí el recuerdo de Granada, donde permanecí tres años en los primeros de mi juventud, y contraje amistades aun más firmes hoy que en aquellos dias de entusiasmo juvenil y cordiales expansiones. ¡Hermoso privilegio de la amistad verdadera, no debilitarse ni perder, antes bien fortalecerse y arraigar, á despecho de los años y de las vicisitudes!

Por aquel tiempo (de 1840 á 1843) era Granada una de las

capitales de provincia donde más se cultivaban artes y letras, y mayor culto se rendia al espíritu innovador llamado providencialmente á regenerar la patria en literatura, en bellas artes, en todos los ramos del saber humano. El *Liceo*, creado y sostenido por lo más selecto de la poblacion, rivalizaba con los mejores de España, excediendo á muchos en la importancia de las tareas que eran primordial asunto de sus amenísimas reuniones. Aquella sociedad artístico-literaria, que ha sobrevivido á todas las nacidas por entonces en nuestro suelo, inclusa la de Madrid, sirvió para que se diesen á conocer hombres como los hermanos Fernandez-Guerra, sábios, modestos, y por excelencia honrados; como Valera y Sandoval, honor de la diplomacia y de las musas; como Luis de Montes, inteligente y laborioso hacendista, que ha sabido hermanar con estos útiles estudios el cultivo de las letras; como Nicolás de Roda, festivo é ingenioso crítico de costumbres; como Salvador Andreo Dampierre, elevado actualmente á un alto puesto en la magistratura; como Lino Talavera, satírico y moralista que habria rivalizado con Larra en la vivacidad y trascendencia de sus escritos, sin el lamentable escepticismo de aquel, á no haberle atajado el paso la muerte léjos del sol de los trópicos que alumbró su cuna; en fin, como otros muchos cuya enumeracion fuera prolija. Allí resonaba tambien la voz del Excmo. Sr. D. Javier de Búrgos, explicando un curso de Administracion, ciencia en la que era gran maestro; y el periódico *La Alhambra*, uno de los más duraderos de cuantos literarios ha habido en España, no solo recogia y publicaba aquellas interesantes lecciones, sino daba á luz escritos de hombres tan distinguidos en legislacion como el Excmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Zúñiga, hoy magistrado del tribunal supremo de Justicia.

En Granada se representó mi primer ensayo dramático (*Lo que alcanza una pasion*), acogido en el teatro con benevolencia muy superior á su escaso mérito. Allí acabé de persuadirme, gracias á los consejos de D. José Fernandez-Guerra, de que el comun aplauso no es piedra de

toque donde se pueden conocer los verdaderos quilates de las obras literarias, ni logra impedir que las corone el desprecio, cuando pasan las circunstancias en que por uno ú otro accidente consiguen sin merecerlo estar en boga. Allí se estrenaron tambien por aquellos dias tres dramas de mi querido Aureliano Fernandez-Guerra (*La peña de los enamorados*, en verso; *La hija de Cervantes* y *Alonso Cano ó la Torre del Oro*, en prosa), escritos bajo la impresion de las novísimas ideas románticas, pero marcados ya con el sello de la madurez y del buen gusto en el fondo y en la forma. Con estas mismas dotes nacian á la sazon las inspiraciones líricas de D. Zacarías Acosta, no ménos excelente poeta que matemático. Y, anunciando ya lo que habria de ser con el tiempo la vena fantástica del autor, aparecía en la escena granadina (á lo cual tuve el gozo de contribuir eficazmente) *Don Pedro el cruel*, drama en que salió por vez primera á luz pública el fecundo y popular novelista D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Únase á esto que allí tambien, en el período á que aludo, y animado por estos ejemplos, ensayó sus fuerzas en felices traducciones, siendo llamado á la escena á los once años de edad, Manuel Tamayo y Baus, autor de *Virginia*, de *La locura de amor* y de *Hija y madre*, y se verá si ha producido nobles frutos aquel movimiento literario, y si puedo prescindir de recordarlo ahora, yo que me glorío de conservar el íntimo afecto de cuantos me honraron entonces con el dulce nombre de amigo.

([11] *pág.* 110.) Una de las mayores satisfacciones del alma consiste en publicar el favor recibido; parece como que se ensancha el corazon comunicando con los demás el agradecimiento que atesora. Eterno será el que consagro á los señores D. Vicente y D. Pantaleon de la Torriente. Durante la grave enfermedad que en setiembre de 1854 pasé en la casa que el primero posee en Hermosa, tan poética y pintorescamente situada, estos nobles montañeses me prestaron los auxilios de la amistad y de la ciencia con una cordialidad, con un cariño, con tal y tan generoso esmero, que jamás podrá borrarse de la memoria.

([12] *pág.* 115.) Véase la nota señalada con el núm. 2.

([13] *pág.* 129.) Aludo á las hermosas tragedias bíblicas *Sara* y *Judit*, triunfo la primera de nuestra admirable actriz Joaquina Baus, altísimo timbre la segunda de Teodora Lamadrid y Joaquin Arjona. Tambien me refiero al poema de Cervino titulado *Bailen*, á su oda *Las siete palabras*, que rivaliza con las mejores de nuestro siglo de oro, y á *La fe cristiana*; inspiracion donde campea el sentimiento religioso hermanado con la mayor elevacion filosófica.

([14], *pág.* 147.) Los Excmos. Sres. baron Sirtema de Grovestins y D. Buenaventura Vivó, ministros de los Países-Bajos y de Méjico cerca de S. M. C.; el Sr. D. Enrique Stor, canciller de la Legacion holandesa; el distinguido jóven don Fernando Elías, agregado de la mejicana, y D. Antonio Rodriguez Ogea, cuyo talento empieza ya á dar muestras dignas de sí en el foro de la Habana.

Desde que escribí estos versos han fallecido el Sr. de Stor y el amigo á quien los dirijo. Perdónese, pues, que en este lugar rinda á la memoria de Esteva el único tributo que hoy me es dado consagrarle. ¿Cómo no recordar las vicisitudes de su corta pero honrosa existencia, dando idea con una de sus composiciones poéticas de los frutos que la musa castellana debia esperar de su clarísimo ingenio? Jamás olvidaré que, impulsado del cariño, por uno de esos vagos presentimientos del corazon, que no se equivoca en la desgracia, sin reparar en los estragos que hacia el cólera en Santander y en las aldeas vecinas (en una de las cuales moraba yo entonces), Esteva, acompañado de nuestro amigo Elías, hizo un viaje de setenta leguas en la más cruda estacion del año, por estar á mi lado algunas horas antes de volver á Méjico. ¡Quién habia de pensar que el cariñoso adios que entonces nos dimos era el último, y que en la antigua capital de Nueva España, ingrata madre de tal hijo, le estaban solo reservados los rigores de una larga enfermedad y de una muerte prematura!

Mariano Esteva y Ulibarri nació en Méjico el 25 de noviembre de 1825. Hijo de un abogado muy distinguido, y

acaso el de más clientela de aquella república, fué educado para la carrera del foro. Apenas contaba diez y nueve años, cuando empezaron á llamar la atencion sus ensayos líricos y dramáticos. Versado en el conocimiento de las lenguas griega y latina, familiarizado con los idiomas francés é inglés, y enriquecido con un caudal de ciencia superior á lo que debia esperarse de su corta edad, obtuvo por unánime aprobacion el grado de bachiller en tres facultades, y el de doctor en leyes y cánones en clase de premiado.

Elegido á los veinte y cinco años síndico del ayuntamiento de Méjico, primer cargo público que desempeñó, dió pruebas de suma laboriosidad é inteligencia, distinguiéndose muy particularmente por su celo en atender á la mejora de los hospitales, cárceles y demás establecimientos benéficos. El proyecto que entonces formó para fundar una casa de maternidad le conquistó el aplauso de sus compatriotas y el de la prensa norte-americana.

Llamado por los federalistas á ejercer el cargo de diputado en el Congreso general elegido despues de la segunda caida del presidente Santa Ana, consagró su primer discurso á combatir la ciega intolerancia de los que pedian al Gobierno que persiguiese á los santanistas, á los que defendió bizarramente él que nunca lo habia sido.

Pocos meses despues le trajo á Europa la voluntad de su padre, mal contento de la pasion que habia concebido por una actriz muy aplaudida en la escena mejicana. Hallábase Esteva en Roma, cuando, recien vuelto al poder el general Santa Ana, le confirió el empleo de primer secretario de la Legacion de Méjico en Madrid, á propuesta del Sr. Vivó, tambien nombrado entonces ministro de aquella república cerca de S. M. C.

De cómo Esteva desempeñó en Madrid su cargo y las árduas comisiones del servicio que le confió su jefe, son testimonio irrecusable las *Memorias* del mismo Sr. Vivó. Nuestros mas esclarecidos ingenios le acogieron desde luego segun merecian sus altas dotes intelectuales y morales y su trato cordial y ameno. ¡Ojalá nunca hubiese regresado á América!

En España tal vez no habria experimentado la terrible enfermedad, reliquia de otra más aguda, que puso fin á su existencia sobre dos años despúes de haber abandonado nuestro suelo.

Hé aquí ahora una de sus composiciones poéticas.

Recuerdos de Pompeya.

Á MI PADRE.

Multi aeternam illam et novissimam noctem mundo interpretantur.

PLINII EPISTOLAE, XX, lib. VI.

De golfo azul en la risueña orilla
Que engalana la vid con sus festones,
Se levanta la frente soberana
De una ciudad romana
Que sobre el mar y la campiña brilla.
Los mármoles riquísimos de Paros,
De Ménfis y de Tébas el granito
Y alabastro exquisito,
Y extrañas piedras y metales raros
De apartadas regiones,
Templos, termas, salones,
Circo, y plaza y cuarteles decoraron.
En tímido homenaje presentaron
Á los dueños del mundo
Los cinceles de Grecia sus prodigios,
Que un respeto profundo
De tanto genio digno cautivaron.
El foro extenso ocupa
Multitud afanada y laboriosa;
Cruza tambien la calle, el templo llena,
Y en ancho coliseo
Aplaude con alegre clamoreo
El ardid y la fuerza del atleta
Ó los sonoros cantos del poeta.
Niños, mozos, ancianos,
Escolares, guerreros, ciudadanos,

Al gozo ó al trabajo se dedican,
Como suele indolente
La muchedumbre inmensa,
Que, consagrada en todo á lo presente,
En el oscuro porvenir no piensa.

Con espléndida luz el sol brillaba
En la mitad del alto firmamento,
Y su imágen el golfo reflejaba
Que, como limpio espejo, no rizaba
La brisa leve ni agitaba el viento.
Los céfiros su blonda cabellera
Empapada en aromas
De la ciudad en torno sacudian,
Y alegres susurrando recorrian
El verde llano y las floridas lomas.
Magnífico era el dia:
Cuando importuna nube
Que del fondo del mar traidora sube,
Cubre del sol la fecundante llama,
Y crece, y crece más, y el puro cielo
Y el mar azul envuelve
Como á yerto cadáver con un velo.
El viento vuela con gemir profundo,
Del mar se chocan las revueltas olas,
Cuya honda furia la ribera embiste,
Que impávida y serena
Como menuda arena
En blanca espuma la ola convirtiendo,
El repetido golpear resiste.
Sordo rumor del seno de la tierra
Melancólico sale,
Y crece, y retumbando se dilata,
Como de armas el choque en cruda guerra,
Como el trueno lejano
Que temblando escuchó la tribu ingrata
Cuando en Siná la mano
De Jehovah poderoso
Vibrando estaba el rayo pavoroso.
Treme la tierra, en sucesivas ondas
El movimiento de la mar imita;
Convulsiva se agita
La mísera ciudád; crugen los muros;
Y las altas columnas de granito,
Y de mármol los altos capiteles,
Como los pinos al soplar el viento,

Así la frente inclinan
Al impulso del rudo movimiento.
«¡Gracia, oh Dioses!» clamaba
La multitud que atropellada huia,
Y por respuesta á su clamor sentia
Que su planta insegura resbalaba
Y más y más la tierra se movia.
Pálida, y temblorosa, y anhelante
Una jóven beldad se precipita,
El manto desprendido,
Desceñida la túnica ondulante,
Medio suelto el cabello,
Volviendo atrás el rostro conmovido.
Cabeza delicada, que sustenta
Cuello de blanco cisne,
Rasgados ojos que el pavor aumenta,
Rosada por la fiebre la mejilla,
Y en la luenga pestaña
Una furtiva lágrima que brilla.
Que próspera la suerte le sonríe
(Ya que dicha llamamos la riqueza)
De su cuello las joyas acreditan,
Y el rico anillo que su mano adorna,
Realzando su belleza,
La arguye de sensible, y que le plugo
Sacrificar la femenil fiereza
Doblando el cuello al amoroso yugo.
De esclavas un tropel sus huellas sigue,
Que con dolientes ayes y lamentos
Ensordecen los vientos,
Y sus sonoros pasos, y el gemido
De siervas y señora
Se pierde confundido
Del general desastre en el rüido.
El estrépito aumenta, el movimiento
Es mayor cada vez, la mar airada
Se sacude furiosa en la ribera,
Y completa el portento
Lluvia tenaz que llena la ancha esfera,
Y á la triste ciudad más horroriza,
De negruzca y mortífera ceniza.

Entre la blanca espuma de las olas
Un punto negro aparecer se mira,
Que ya desaparece,
Ya vuelve á verse, y crece,

Y á la playa se acerca ó se retira,
Su dimension aumenta
Y deja ver su forma—¡pobre esquife!—
En lucha desigual con la tormenta
Quiere tocar la playa;
La furia de la mar no le amedrenta,
Ni al estéril remar su fe desmaya.
Cuatro esclavos robustos
Con fuerza mueven los delgados remos,
Y en la triunfante prora
Choca y se estrella al golpe dividida,
En impalbable espuma convertida,
La ola gemidora.
Y más á las orillas se aproxima;
Vence por fin el pérfido elemento,
Y del mar libre y de importuna roca
Con rudo choque la ribera toca.

De la frágil barquilla salta en tierra
Con presteza que un jóven envidiara
Un respetable anciano;
Divina luz de la sublime ciencia
Resplandece en su cara,
Y en su gallarda y varonil presencia
Alta y noble virtud, estirpe clara.
Recogidos los pliegues de su toga,
Y alta la limpia frente,
Con ansiedad prolija
Los bellos ojos fija
En un monte eminente
Que se estremece de la playa enfrente,
Y, rasgando la niebla tenebrosa
Que circunda la tierra consternada,
Rojiza llama al firmamento envia,
Y en letal agonía,
Que convulso lo agita,
Negra ceniza y piedra calcinada
Con furia inmensa sin cesar vomita.
Con insegura planta
El afanado anciano se adelanta,
En ánsia de saber su pecho ardiendo.
De sus siervos desoye
Los consejos, las súplicas, el llanto;
Él tiembla de fatiga;
Tiemblan ellos de espanto.

Una abrasada atmósfera circunda
Al investigador Sus miembros todos
En sudor se desatan;
Inclina la ancha frente pesarosa,
Y de un esclavo en el amigo seno
Un momento reposa.
Se levanta de nuevo: apresurado
Nuevos pasos ensaya;
Mas por el humo denso sofocado,
Sin saber el secreto que adivina,
Mustia la frente inclina
Y se desploma en la moviente playa.
Un lánguido gemido
Arrancó de su pecho estremecido
Como adios á la luz. — La lava roja
Y la ceniza y calcinada piedra
De que torrentes el volcan arroja
Envuelve la ciudad, el campo oculta
Echando encima funeral sudario,
Y de Plinio el arrojo temerario
Con Stabia y Pompeya se sepulta.

De entretejido pámpano las guias,
El luciente follaje de la higuera,
El color y perfume de las flores,
De instrumentos el son, y de cantores
Las dulces armonías,
Con su deleite embargan los sentidos
Al lado de los muros derrüidos
Del circo, de las termas ó del templo,
Y se creyera que á olvidar convidan
Tan crudo estrago, tan terrible ejemplo.

(Nápoles, mayo de 1853.)

([15] *pág.* 155.) Don Manuel de Hoyos Limon, de quien ya se ha hablado anteriormente con la estimacion debida á sus nobles prendas y vasta y sólida doctrina.

([16] *Ibid.*) El anciano profesor Lordat, jefe de la escuela de Montpeller y expresion viva de las tradiciones y adelantamientos de la medicina secular, es como la Providencia de sus discípulos: tan generosamente ampara á los honrados y estudiosos con quien no se ha mostrado la fortuna pródiga de sus favores.

([17] *pág.* 156.) Me refiero al triunfo que en las ruidosas

controversias habidas á la sazon en Paris iba logrando sobre el organicismo la doctrina vitalista.

([18] *pág.* 167.) Alude á una oda del Sr. Fernandez Campo-Redondo en la que ensalza el valor y virtudes de los antiguos héroes cántabros. Conocí á este ingenio montañés en la aldea de Sobremazas, no muy distante de Hermosa, en casa de su pariente y mi amigo D. Joaquin de la Torriente. La memoria de aquellos dias y de aquel país vive indeleble en mi alma.

([19] *pág.* 172.) Siento mucho no poder revelar el verdadero nombre de la criatura angelical admirada en España y en Europa bajo el seudónimo de *Fernan Caballero.* Aspiraba á retratarla en mis versos, y apenas logré bosquejar algunas de sus altas calidades y peregrinas virtudes. Los que deseen conocer á fondo la ternura de su corazon, lean sus obras, marcadas con el sello de la más pura moral cristiana, y tan bellas y originales como todos los frutos del entendimiento que nacen al amor de la naturaleza y de la verdad. Talento observador y analítico, sin dejar por ello de abarcar vastos espacios de una sola ojeada; espejo fiel donde se refleja la vida íntima de nuestro pueblo con toda su poesía, Fernan Caballero es ya tan popular entre el vulgo como entre los sábios.

([20] *pág.* 184.) La Sra. D.ª Victorina Moreno y Cueto, esposa de mi hermano adoptivo Juan Antonio de la Torriente. Falleció, á los tres meses de casada, en la isla de la Madera, adonde por consejo de los médicos la llevó aquel desde Madrid para combatir la lenta fiebre que la consumia. Entonces se separó por primera vez, para no verla más en este mundo, de su tierna madre la Sra. D.ª Emilia de Cueto, hermana de la Sra. duquesa de Rivas y del excelente diplomático y escritor D. Leopoldo Augusto de Cueto. Poco más de un año despues, esta desdichada madre, cuyo único pensamiento se cifraba en Dios y en el amor de sus hijas, vió sucumbir á impulsos de la misma enfermedad á la segunda y última de las suyas, que voló entre sus hermanos los ángeles cuando apenas alboreaba su juventud. Pocas

veces he visto dolor tan íntimo y duradero como el de esta madre sin ventura.

(21 *pág.* 188.) La fecha de estos versos, debidos á un justo arrebato de indignacion, da á conocer que fueron escritos cuando el Sr. Nocedal no habia llegado aun á tomar parte en los consejos de la Corona, puesto al que ascendió en octubre de 1856. De vuelta yo de Andalucía los escribí en el *Álbum* que D. Ventura de la Vega ofreció á la Sra. D.ª Soledad Nocedal de Ponte como regalo de boda, *Álbum* en el cual se me habia reservado cariñosamente una de las tres primeras hojas. En ellas encontré la poesía de Aureliano Fernandez-Guerra que traslado á continuacion. Muéveme á enriquecer estas notas con joya de tanta valía, la circunstancia de ser obra inédita de aquel á quien consagro cariño de hermano y respeto de discípulo, y la de aludir á otro de mis más caros amigos, á D. Cándido Nocedal, arrojado y elocuente defensor de la unidad religiosa.

Al tres de octubre de 1855.

DITIRAMBO.

Benéficas hadas,
Que hollais misteriosas
De valles y rios
La mágica pompa,
Rompéd las revueltas
Espumas sonoras;
Hended los espacios
Cual níveas palomas,
Bañando los aires
En lluvia de aljófar,
Que el último rayo
Del sol tornasola.
Al mundo ya envuelve
La noche en sus sombras;
Ya nace la luna,
Del cielo señora.
Venid coronadas
De mirtos y rosas
Do enciende Himeneo
Su plácida antorcha;

Do en noble familia
Mi patria atesora
Con flor y esperanza
Su prez y su gloria.
Que espire el recinto
Balsámico aroma,
De paz y de vida
Fragancia preciosa;
Y en ténue murmullo
Los ecos respondan
Al canto que ensalza
De amor la victoria.

HADA 1.ª

He allí con nupcial diadema
La hechicera Soledad,
Más linda que el alba de azahares vestida,
Que el sol en oriente naciendo del mar.
Su paz le dieron las Gracias
Y Venus su ceñidor,
La casta azucena virgínea blancura,
Sus flechas el ciego tiránico dios.

HADA 2.ª

Por mí ha de mostrar el lauro
De perenne juventud;
Un trono en su pecho verá la inocencia,
De honradas matronas será norte y luz.

HADA 3.ª

Yo en los labios del amante
Haré posar la verdad;
Que el férvido seno palpite á la llama
De fé incontrastable, de amor eternal.

HADA 4.ª

Yo les mostraré en la yedra
Unida al olmo feliz,
Y en tiernas querellas que asordan los campos,
De amor los hechizos, las glorias sin fin.

UNA SILFIDE, AL PADRE.

Oh tú, anciano venerable,
Por cuyas mejillas corren
Tiernas lágrimas de gozo,
Que mal reprimes y escondes;
Tiende al derredor la vista
Del sagrado altar en donde
Lazo feliz encadena
Por siempre dos corazones.
Mira á su lado otra hija
Modelo de esposas noble,
Mira á tu Cándido insigne,
Que eterno ha de hacer tu nombre.
Y allá contempla gozoso
Tu dulce amada consorte,
Por quien del vivir la senda
Pisas cubierta de flores.
Así jamás las marchite
El tiempo con fieros golpes,
Ni cual ayer en tu alma
Clave dardos punzadores.
Abrácese á tus rodillas
De nietos la turba dócil,
Y tu regazo dispute,
Tu amor y tus bendiciones.
Pálas te rinda sus frutos,
Y Céres propicia colme
De esmeraldas los sembrados,
De granos de oro las trojes.
Sus encendidos rubíes
Te den los manchegos montes,
Y el blanco vellon que arrastran
Los corderos baladores.
Para tí nuevas delicias
Traigan las horas veloces,
Y en ellas embelesado
Los años de Néstor dobles.

OTRA HADA, Á LOS ESPOSOS.

Cuando no es el bien mayor
Que electriza á los mortales,
Es el mayor de los males
El lazo eterno de amor.

Mas si en próvido desvelo
Dios unir dos almas quiso,
Es la tierra un paraiso,
Es el corazon un cielo.
Y entonces, volando en pos
De un placer jamás sentido,
Ya en medio el mundano ruido
Solas se bastan las dos;
Ya en los campos, do no abruma
Jamás cortesana envidia,
Que nunca la ambicion lidia
En los torrentes de espuma.
Refugio de la amistad
Son las selvas deleitósas,
Crecen allí con las rosas
La inocencia y la verdad.
En cenagoso pantano
No brota azucena pura;
Mas la flor de la ventura.
Aun en fango cortesano.
Apurad, copia gentil
De gallardos amadores,
La dicha de los amores
De la vida en el abril;
Y haced, pues alto desvelo
Unir vuestras almas quiso,
De la tierra un paraiso,
De vuestra pasion un cielo.

OTRA SILFIDE, Á LA MADRE.

¡Oh tú, madre, que imprimes
Bañada en dulce llanto,
En la frente de un ángel
Mil besos regalados!
Ya el fortunado esposo
Arranca de tus brazos
La vírgen de sus sueños,
De su ventura el astro.
¡Partieron ya! Tus ayes
Les lleva el aire vago,
Mezclándose al susurro
De vítores lejanos.
Escucha los consuelos
De tu amoroso Cándido,
Hoy que alegre festejas
Tambien su nombre fausto:

Que es envidiable gloria
De un padre el hijo sabio,
Discreto entre discretos,
De ingenio soberano,
Modelo de leales,
De amigos y de hidalgos,
Del mérito caudillo,
Del inocente amparo.
Él muestra, en la tribuna
Y en el foro luchando,
Prudencia de las canas
En juveniles años.
Su rey, su Dios, su patria
Allí inflaman su labio;
Para él no ruge el trueno,
Y no amenaza el rayo.
De Dios querido sea,
De los hombres loado,
Y festejen sus triunfos
Las flores del Parnaso.
Alégrate en tus hijos,
Dulce señora, hallando
Sin nubes siempre el cielo,
Propicio siempre el hado.

CORO DE HADAS Y SILFIDES.

En los bosques la tórtola gime
Y el tierno ruiseñor;
Danse paz con sus ramos los cedros,
Las altas estrellas se abrasan de amor.
Se despeñan amantes los rios
A unirse con el mar:
Todo alienta á la mágica lumbre
Que abrasa á la bella sin par Soledad.

([22] *pág.* 189.) Alude al símbolo de la Santísima Trinidad que corona la alegoría central del techo del *Congreso de los Diputados*, muestra notable de la intencion filosófica y estudios clásicos del pintor D. Cárlos Luis de Ribera.

([23] *Ibid.*) En algunos cuadros del referido techo se ven agrupados los antiguos legisladores de la nacion española.

([24] *pág.* 194.) Se escribia esto cuando la guerra de Oriente, llevando ante los muros de Sebastopol los ejércitos aliados, tenia hondamente conmovidas las naciones que son, por de-

cirlo así, el corazon de la Europa. Alava pensaba entonces dirigirse á Crimea para ver por sí mismo los esfuerzos de todos en aquella lucha gigantesca.

([25] *pág.* 196.) Álava, tan digno de aprecio por su erudicion y talento, suele aplicar todos los años una parte de sus crecidas rentas á viajar por Europa, y muy principalmente por Alemania, á fin de recoger los nuevos descubrimientos de los sábios profesores de aquellas universidades, en cuanto tiene relacion con el Derecho romano. ¡Dichoso quien hace de sus riquezas el empleo á que las destina el insigne profesor de la universidad sevillana!

([26] *pág.* 204.) Sugirióme la idea de esta *Balada* la vista de un árbol seco próximo á las tapias de una casa de aspecto humilde situada en el estrecho valle de Hermosa á los piés de la Torriente. En aquella casa vivia una anciana viuda cuyos hijos habian fallecido en la isla de Cuba, excepto el último que de vuelta de la Habana murió en sus brazos. Ninguno de ellos, á pesar de su laboriosidad y honradez, logró topar con la fortuna en aquellos remotos climas.

([27] *pág.* 213.) La Sra. D.ª Elisa Lopez de Morla y Nuñez de Prado, hija de los señores condes de Villacreces, muy digna por sus virtudes de las que atesora el corazon de su esposo.

([28], *pág.* 220.) Manantiales abundosos de ricas aguas, de los que se surte el vecindario de Hermosa.

([29], *Ibid.*) Nombre que puso D. Vicente de la Torriente á siete hayas que plantó por su mano, hace más de treinta años, en el monte denominado *La Torriente nueva.*

([30], *Ibid.*) En medio casi del pintoresco vallecito que corre desde Hermosa á las cumbres en que está asentado el lugar de Santa Marina hay una extensa frutalera propia del señor Torriente, el cual ha plantado por sí mismo sus muchos árboles y pone especial esmero en cultivarla. En la calle principal de las que dividen esta posesion se ven tres pequeñas glorietas, y en el centro de cada una de ellas una frondosa encina, tambien plantada por su mano, con el nombre de uno de sus tres hijos. Este prurito de hermanar el amor de la naturaleza con el de la familia, que es uno de los

rasgos más característicos de D. Vicente de la Torriente (oficial herido con gloria en la batalla de San-Marcial, defendiendo la independencia del suelo patrio), es tambien vivo testimonio de su bondad.

([31], *pág.* 226.) La interesante y preciosa niña Conchita Escario y Colomina, hija de mi difunto amigo Ramon Escario, la cual ha encontrado en sus jóvenes tios Concha y Emilio la solicitud propia del cariño paternal, y la intensidad de ternura con que atienden siempre al ser desgraciado los que abrigan un corazon generoso.

([32], *pág.* 228.) Véase el tomo XXXIX de la notabilísima *Biblioteca de Autores españoles* del Sr. Rivadeneyra.

([33], *Ibid.*) Con el título de *Recuerdo* dí á luz en el número 2,417 de *El Heraldo*, correspondiente al 7 de abril de 1850, las líneas que traslado á continuacion en cumplimiento de un deber de justicia y gratitud.

«DON JOSÉ FERNANDEZ-GUERRA.—Se han cumplido cinco años desde que en esta corte dejó de existir uno de los hombres más sábios y de mayor modestia que en los últimos tiempos han florecido en España. Lo vasto de sus conocimientos, el profundo estudio que habia hecho de nuestra literatura y nuestro idioma, el buen gusto que le distinguia, y sobre todo, el amor con que prodigaba los tesoros de su saber á cuantos á él acudian codiciosos de enseñanza, daban tal autoridad á D. José Fernandez-Guerra, que todos los que teniamos la fortuna de cultivar su trato recogiamos sus palabras con la veneracion debida á su talento y á las nobles prendas de su alma.

Nacido en Granada en 1791, D. José Fernandez-Guerra dió á conocer desde la más tierna edad sus felices disposiciones. En 1807, es decir, á los diez y siete años, obtuvo en aquella Universidad los grados de licencia y magisterio en artes, con la honorífica distincion de *némine discrepante;* y desde aquella época (despues de haber cursado y ganado por amor á las ciencias cuatro años de medicina, al mismo tiempo que seguia su carrera de jurisconsulto) desempeñó, ya las cáte-

dras de lógica y metafísica, ya las de primero y segundo año de leyes, ya las de retórica y bellas letras, ya, finalmente, las de historia literaria, bibliografía, numismática y antigüedades. En todas ellas sacó aventajados discípulos, y obtuvo grandes y merecidos aplausos de cuantos asistian á escuchar sus luminosas explicaciones.

En 1831 su primo político el Emmo. Sr. D. Juan José Bonel y Orbe, hoy Cardenal Arzobispo de Toledo, se le llevó consigo al obispado de Málaga, encomendándole la Notaría mayor de aquel tribunal eclesiástico.

Las juntas revolucionarias de Granada le restituyeron á su cátedra, y trataron de ponerle sucesivamente al frente de aquel Gobierno político y de aquella Audiencia en los años de 1835 y 36; pero jamás aceptó cargo ninguno, conducta que le valió grandes disgustos y amarguras.

Á la mayor edad de S. M. la Reina fué colocado en la Biblioteca nacional, y murió desempeñando su cargo á los cincuenta y cinco años de edad.

Varias asociaciones literarias le llamaron á su seno; pero ni él lo solicitó, ni se ufanó jamás con ello.

Reunió una preciosa biblioteca de 18,000 volúmenes escogidos, manuscritos singularísimos, un riquísimo gabinete de antigüedades, pinturas, historia natural, física, y cuanto puede servir de útil y provechoso pasto al entendimiento.

Su aficion más decidida fué por los estudios filológicos y por el teatro, dejando á sus hijos una singular coleccion de más de 3,000 comedias antiguas.

La política y los acontecimientos de la nacion llevaron su pluma desde 1808 hasta 1823, defendiendo siempre la libertad y la justicia. Nunca inspiró sus escritos ninguna cábala, ni le sirvieron para escalar esta ó aquella posicion. Ellos prueban la rectitud de su corazon y la nobleza de sus sentimientos.

En 1823, perseguido, cansado, desengañado, convirtió á las letras todos sus esfuerzos. Publicó desde entonces tres refundiciones del teatro antiguo magistralmente trazadas, *La Dama Duende*, *Cuantas veo tantas quiero*, é *Ir contra el viento.*

Ha dejado inéditas, fruto de aquella época, las obras siguientes:

El Rico-hombre de Alcalá, refundicion notable.

Gramática filosófica de la lengua castellana, para cuya empresa siguió una tirada correspondencia con el erudito filólogo D. Bartolomé José Gallardo, que, mal interpretada por el Gobierno de 1831, le ocasionó terribles sinsabores y me noscabo en los bienes de fortuna.

Historia analítica del teatro español, tarea á la que en 1820 dió principio, y en la que no cesó hasta su muerte, dejando examinadas cerca de 500 piezas de nuestro teatro del siglo XVII.

Las más de sus poesías, dictadas por especiales circunstancias, ó dirigidas á personas en algunas de las cuales queria ver la virtud y buena índole que eran patrimonio suyo, carecen de un interés general. Acaso si Fernandez-Guerra volviese á la vida, borraría muchas de ellas, arrepentido de que las hubiese trazado su pluma. Sin embargo, otras de interés permanente, impresas aquí y allí, merecen coleccionarse, como lo merecen todas por la tersura, pureza, gala é inspiracion con que están escritas.

Respecto á las demás excelencias que resplandecian en nuestro amigo, diremos hoy lo que dijimos en la *Revista de Europa* á los pocos dias de su muerte (acaecida en 9 de mayo de 1846), al dar á luz su hermosa oda titulada *El hombre á su Dios*, en la que se encuentran estas notables estrofas:

«. . . . .

¡Ah! mis ojos te vieran, de grandeza
Cercado y de luz pura,
Inclinar tierno padre tu cabeza
Hácia mí sin ventura.
Hácia mí, á quien Satán con fiera mano
El cuello ya oprimia,
Y tu mirar terrible le hizo vano
Su esfuerzo y tiranía.
Cual sierra de los cielos derrumbada,
Así en el hondo Averno
Cayó la fiera vil precipitada
De tu furor eterno.

. . . .

Vite, en carro luciente y majestoso
Sobre los raudos vientos
Vivificar el orbe prodigioso
Y hollar los elementos.
Vite en el ceño y cólera terrible
(Por tú quererlo solo),
Cual paja el monte y risco inaccesible
Llevar de uno á otro polo.»

Véase á continuacion lo que en 1846 deciamos en la indicada *Revista* acerca del señor Fernandez-Guerra.

«...Solícito y cariñoso padre, ha formado en sus hijos dos modelos de honradez, inspirándoles al tiempo mismo el amor al estudio, y haciendo que sean hoy por el caudal de sus conocimientos una excepcion en medio de nuestra sociedad tan poblada de ignorantes. Para él no habia más en la tierra que el amor de sus hijos y el de su esposa, el cultivo constante de las letras, y el comercio desinteresado de sus amigos, á quien siempre guiaba con la luz de sus consejos. Nosotros, que tanto le debimos, que en él hallamos una solicitud paternal, y que le lloramos todavía con lágrimas nacidas del corazon, no cumpliríamos con lo que exige la gratitud, que es el más sagrado deber del hombre, si dejásemos de tributar un recuerdo al que tanto se desveló por hacernos dignos de alguna legítima gloria. Este recuerdo es estéril, porque nuestras lágrimas no pueden reparar la pérdida que hemos experimentado; pero acaso un dia le tributemos otro homenaje que valga más, quedándonos entre tanto la satisfaccion de que él mira desde el cielo la sinceridad del sentimiento que nos ha dictado estas líneas, y la de que nunca podrá culparnos de haber manchado nuestra alma con el feo borron de la ingratitud.»

La siguiente poesía, bella imitacion de Gray, es prueba de que son muy justos los elogios tributados al mérito de Fernandez-Guerra. Esta obra, á la que el ilustre poeta y gran literato no habia hecho todavía las últimas correcciones, y en la que no obstante brillan dotes que tan raras

van siendo ya, por desgracia, dice más que cuanto pudiéramos añadir en pro de la exactitud de nuestros asertos.

El cementerio de la aldea.

(*Imitacion de Gray.*)

POESIA POR D. JOSÉ FERNANDEZ-GUERRA

La luz desmaya que ostentara el dia;
Y la campana, con clamor pausado,
El balante rebaño al redil guia.
Tras su paso tardío el fatigado
Labrador de la noche al espantoso
Caos el orbe deja abandonado.
Reina en el aire un lóbrego reposo,
Y del prado la pompa deleitable
Envuelve y mustia un velo vaporoso.
Solo el nocturno insecto lamentable
Zumba en lo mas sombrío, y adormiera
Al ganado su tono invariable.
En gótico almenaje apareciera
El buho, y con horrísono gemido
Se queja de que allí su paz altera.
No léjos de aquel fuerte envejecido,
Bajo la hiedra de eternal verdura
Y en el valle de tejos circuido,
Una porcion de tierra humilde, oscura,
De abuelos cada aurora suspirados
Los restos guarda en pobre sepultura.
¡Ay! que ya ni los cantos deseados
De la ágil golondrina, ni por suerte
Los aromas del alba delicados,
Ni el caramillo que en su afan divierte
Al rústico, ni el gallo vigilante
Los volverán del sueño de la muerte.
Ni menos una esposa, tierna, amante,
Les servirá al llegar la noche umbría
Simple mesa, mas sana y abundante,

Ni sobre sus rodillas á porfía
El enjambre de hijuelos oficioso
Su halago paternal disputaría.
¡Oh cuántas veces su destral brioso
Hizo temblar la selva dilatada,
Y abrió su arado un suelo trabajoso!
¡Oh qué dicha la suya tan colmada
Cuando su carro sin cesar crujiera
Al peso enorme de la mies dorada!
Hijos de la ambicion loca, altanera,
¿Por qué mirais con bárbaro desprecio
Estas costumbres de virtud sincera?
No con sarcasmo y con orgullo necio
Oigais de estos sencillos aldeanos
La historia digna de comun aprecio.
El poder que envánece á los humanos,
Un nombre ilustre, el oro, la belleza,
Titulos son efímeros y vanos.
Todo perece ¡oh Dios! y con certeza
El sepulcro es el término temido
Del sendero que lleva á la grandeza.
Política falaz, dolor fingido
No alzó á estos infelices moradores
Mausoleos de mármol escogido.
Ni oyéranse los fúnebres clamores
En las bóvedas sacras resonando
Mezclados con elogios impostores.
¡Cuándo las urnas, y los bustos cuándo
Que el cincel animó diestro y valiente
Volvieron de la vida el soplo blandó?
La voz de la lisonja inútilmente
Halagar quiere el insensible oido
Que cerró parca dura é inclemente.
Aquel césped á polvo reducido,
Quizá pechos encubre, cuya llama
Admiracion del mundo hubiera sido;
Manos en que ganara mayor fama
De un Alejandro el cetro, y de un Homero
La lira que á los próceres inflama;
Mas nególes auxilio placentero
La ciencia, y de su ingenio la semilla
Ahogó el destino inexorable y fiero;
Y así brillára cual la perla brilla
Del vasto mar en el profundo seno
Sin que ninguno llegue á descubrilla,
Ó como acaso en árido terreno

Sin ser vista una bella flor colora
Dejando el aire de fragancia lleno.
La paz de los sepulcros goza ahora
Aquí tal vez el Hámpden de la aldea
Á quien el débil oprimido llora :
Gózala un Milton, sin que objeto sea
De humana gloria, un Crómwell no manchado
Con la traicion más execrable y fea.
De hablar y persuadir no les fué dado
El arte, y de los triunfos de la hermosa
Virtud privólos su infeliz estado.
No los realzó la fama sonorosa,
Ni derramar pudieron la abundancia
En esta tierra fértil y preciosa.
Mas no los sorprendió desde la infancia
El vicio infame, ní contados fueron
Sus diás por su orgullo y su arrogançia.
Ellos jamás el ara destruyeron
Alzada á la piedad, ni ensangrentado
Cetro haber en sus manos pretendieron.
De sus cándidas almas ignorado
El artificio fué : nunca en sus frentes
El brillo del candor se vió eclipsado.
Á deidades mentidas é impotentes
Los inciensos al mérito debidos
No prodigaron ciegos é imprudentes.
Del mundanal bullicio retraidos
No oyeron de la envidia el torpe acento,
Y sus votos no fueron desmedidos.
Sin lustre y sin ningun remordimiento
Los caminos siguieron ignorados
De la vida en dulcísimo contento.
Sus restos no por eso abandonados
Del tiempo fueran al rigor severo,
Ni por aleve planta profanados.
Unos versos sin arte, ó un grosero
Emblema, del sensible caminante
Imploran un tributo pasajero ;
Y la memoria dulce é importante
De sus años y nombres á una peña
Fian, que es templo á la virtud bastante;
Y algun pasaje de la Biblia enseña
La ciencia de morir. ¿ Del alme dia,
Quién dejó sin dolor la luz risueña?
¿Quién entonces no busca en su agonía
De un amigo en los ojos con anhelo

Una lágrima fiel, ardiente y pia?
  Aun deslazada el alma de este suelo,
Parece se reanima el polvo frio
Con nuestra compasion y amargo duelo.
  Si en este asilo mísero y sombrío
Viajero observador escucha atento
Los anales que traza el plectro mio,
  Y le ocupa mi suerte el pensamiento;—
Algun viejo pastor, de respetosa
Faz, le dirá con hondo sentimiento:
  «Mil veces le ví al alba deliciosa
Correr por el rocío, y del sol claro
En el monte esperar la luz hermosa.
  Bajo ese fresno, que del tiempo avaro
Es ya trofeo, por la siesta ardiente
El descanso buscaba dulce y caro.
  Ya del lago siguiendo tristemente
La opaca márgen, pensativo oia
El ruido de sus olas imponente;
  Ya el bosque tenebroso recorria,
Y á impulso del dolor que le aquejaba
Con risa de amargura sonreia.
  Palabras entre dientes murmuraba,
Ó en silencio profundo sumergido,
Señales de vivir apenas daba.
  Su corazon mostrábase oprimido,
Ó por verse del mundo abandonado,
Ó por no ver su amor correspondido.
  No vino un dia al tiempo acostumbrado
Á respirar el aura bienhechora
Que fielmente precede al sol dorado;
  Al despuntar de la siguiente aurora
Bajo el árbol que amaba con desvelo
Le esperé en vano de una en otra hora;
  Y al tercer dia ví que largo duelo
Iba entonando el himno de tristura
Á este lugar de eterno desconsuelo.
  Dióse á su helado cuerpo sepultura
Al pié de aquel meliso: allí reposa;
Ved su epitafio en esa piedra dura.»

EPITAFIO.

  ¡Oh tierra! séle blanda y amorosa;
Pues ni buscó el aplauso de la fama
Ni el favor de fortuna caprichosa.

Nace, y melancolía en él derrama
Su hiel. Aunque de cuna pobre, oscura,
Sintió en su pecho la apolínea llama.
Solo poseyó un alma noble y pura;
Dar no pudo otro alivio al desgraciado
Que lamentar con él su desventura.
Halló un amigo y vió su afan colmado.
No inquietes sus cenizas, pasajero:
De tí sea este asilo respetado.
Sus virtudes y vicios el severo
Juez los ha de pesar en fiel balanza;
Él aquel dia grave y postrimero
Aguarda entre el temor y la esperanza.

El 4 de marzo de 1850 fueron trasladados desde el cementerio general de la puerta de Toledo al de la Real Archicofradía Sacramental de San Ginés y San Luis los restos mortales del señor Fernandez-Guerra. La traslacion se verificó sin ostentacion, pero con decencia. Sus hijos y muchos de sus amigos acompañaron el cadáver desde el un cementerio al otro, donde salieron á recibirlo la sacramental con la cruz y el M. R. arzobispo de Toledo, el cual oyó de rodillas la misa que se dijo en la capilla de aquel asilo de la muerte. Concluidos los himnos mortuorios consagrados por la Iglesia á semejantes ceremonias, el coro entonó el cántico *Benedictus dominus Deus Israel*, cántico de tan sublime ternura y de tan santa alegría en medio de aquella augusta tristeza, que bien pudiéramos tenerlo por himno de triunfo de los muertos, como es el *Te Deum* himno triunfal de los que viven.

En seguida el féretro fué conducido al nicho, y vimos al religioso poeta Cervino depositar en el ataud un frasquito lacrado, que acaso contendrá alguna de las composiciones que destellan de su corazon lleno de fe. Ni se lo preguntamos, ni se lo preguntaremos nunca.

Las lluvias de los dias anteriores habian cubierto de verdor aquellos campos, que se mostraban llenos de vida bajo un sol radiante y puro. Todo en la naturaleza parecia contrastar con aquel cuadro de dolor; y sin embargo, á nuestros ojos el risueño aspecto del cielo y de la campiña no era

la realizacion de una antítesis; era la expresion de amor con que hasta la misma naturaleza acogia el sentimiento de piedad filial que habia dictado tan solemne ceremonia.»

([34], *pág.* 230.) Buligni ha regentado con muy buen éxito por espacio de algunos años la cátedra de química en el Real colegio de Artillería establecido en Segovia.

([35], *pág.* 233.) Gravemente enfermo del pecho, con el valor que siempre tuvo, José Ángel Colmenares se embarcó para la isla de Cuba á fines de 1855, tocando antes en Sevilla para despedirse de mí, y ansioso de abrazar á sus cariñosas madre y abuela, residentes en el puerto de Baracoa. Dos veces naufragó sin haber perdido completamente de vista las costas de España, y en ambas ocasiones logró vencer á la muerte. Á los ocho dias de su arribo á la capital de Cuba (uno antes de que su afligida madre llegase á aquella ciudad) falleció en brazos de su padre político. La desatinada pasion que subyugó la voluntad de mi triste amigo á los caprichos y locuras de una mujer poco digna del cariño que le consagraba, contribuyó bastante á su prematuro fin. Reciba en estas mal trazadas líneas la viva expresion de una amistad que no ha extinguido la muerte.

([36], *pág.* 236.) Pocos versos he escrito en mi vida, yo que solo hago versos cuando necesito desahogar en ellos mi alma, con tanta satisfaccion como este soneto. Trasladando aquí el que escribió Caracuel al recibirlo, ofendo acaso la modestia de quien en esta época de charlatanería oculta á las miradas de todos los frutos de su amor á las letras; pero cumplo como bueno manifestando públicamente lo mucho en que los estimo. Téngase, no obstante, por exagerada hipérbole nacida de la amistad cuanto dice en mi loor el siguiente soneto:

A D. Manuel Cañete,

AL PUBLICAR SU TOMO DE POESÍAS.

Al sacro empíreo la nevada espuma
Ufano ya Guadalquivir levanta,
Que nuevo Apolo las virtudes canta
Con fe, con estro, con nobleza suma.
Fúlgida antorcha del honor tu pluma,
Proclamando verdad, de amarga planta
Báñase en jugo que al tirano espanta,
Y al bueno alienta, y al inícuo abruma.
Una y mil veces venturoso el hombre
Que no del todo ha de morir: en vano
Habrá miedo y calumnia que le asombre.
Perdona, ¡oh vate! si en mi arrojo insano
Quiero al tuyo enlazar mi humilde nombre
Aplaudiendo tu ingenio soberano.

MANUEL CARACUEL.

Si yo abrigase la poca fe que el gran Chateaubriand tenia en los artesanos poetas, porque atendiendo á la índole especial de sus ocupaciones ordinarias juzgaba que necesariamente habian de ser *ó malos poetas ó malos artesanos*, el soneto que antecede modificaria mi opinion, como los versos del panadero Reboul modificaron la del autor de *Los mártires*. Por dicha no he necesitado cambiar en este punto de parecer. Siempre he creido que un buen artesano podia ser al mismo tiempo excelente poeta, y vice-versa. La aristocracia del ingenio (la más legítima de todas las aristocracias, si tiene á la virtud por guia) brilla de igual modo en el modesto hogar del artífice que en el palacio del magnate. En esto precisamente veo yo el más precioso tal vez de sus fueros y privilegios.

([37], *pág.* 243.) German Hernandez nació en Murcia el 11 de junio de 1823. En octubre de 1851, despues de haber pasado en Madrid algunos años en la mayor estrechez trabajando con la constancia propia de la verdadera vocacion artística, fué á Paris pensionado por el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez

Santaella (á la sazon Comisario general de la Santa Cruzada), y en el estudio del célebre Glaire alcanzó en breve merecidas distinciones. Poco más de un año permaneció en aquella nueva Aténas. En marzo de 1853 vió al fin realizado su mayor deseo; el de estudiar en la capital del orbe católico las maravillosas creaciones del pintor de Urbino, y los restos de escultura griega que se conservan en aquel emporio.

Nutrido en las sábias máximas de la antigüedad, familiarizado con el arte que mejor ha realizado la belleza de la forma, idealizando la materia, por decirlo así,—German Hernandez ha depurado su gusto en el comercio de modelos tan admirables, y enriquecido en Roma su entendimiento con gran caudal de doctrina. El lienzo á que aludo es claro testimonio de ello. Grandeza en el dibujo, filosofía en la composicion, expresion íntima y verdadera en los personajes, color de buena casta, y sobre todo, detalles que revelan erudicion copiosa y bien digerida, son las dotes que principalmente resplandecen en el cuadro que representa á *Sócrates y Alcibiades*, y todo ello con tan puro olor de aticismo, que arguye en el pintor la maestría necesaria para dar á la representacion de cada asunto el carácter que le corresponda.

Sin embargo, este que á los ojos de la sana crítica debia ser el principal motivo de aplauso, ha sido para la presuntuosa ignorancia ocasion de mal compuesta censura. ¿Ni cómo esperar otra cosa? ¿Qué ha de hacer sino desbarrar el que habla de lo que no entiende?

Cuando se lleva la ignorancia ó la ofuscacion al extremo de encarecer como supremo fin á que hoy debe aspirar la pintura española, como preferible á todo, no ya la verdad de la naturaleza en sus más bellos tipos y manifestaciones y depurada de cuanto la pueda afear en la vida comun, sino lo más ordinario y grosero de la realidad,— el artista no debe fijar siquiera la consideracion en consejo tan pernicioso Y si, además, los que aconsejan de tal suerte manifiestan en sus escritos falta absoluta de verdadero conocimiento en la historia y tecnicismo del arte, aunque se arrojen á de-

cidir *ex-cathedra* en la matèria, ¿no será indigno de llegar á ceñirse el laurel de artista quien sienta decaer su ánimo á impulso de la desatinada palabrería de estos críticos á la violeta?

Véase por qué recomiendo á German Hernandez que siga su camino sin desmayar, y que no haga caso de ciertas críticas, solo ensalzadas por los necios. Ya lo dijo Boileau:

«Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.»

([38], *pág.* 246.) D. Ildefonso Nuñez de Prado, administrador de los bienes patrimoniales de S. M. la Reina en Sevilla, del cual tengo entendido que nació la idea de llevar á cabó sin demora la indispensable reparacion y restauracion del Alcázar.

([39], *Ibid.*) D. Joaquin Dominguez Becquer, artista de gran ilustracion y talento, ha dirigido la restauracion á que se alude.

([40], *pág.* 247.) Galerías con maciza balaustrada de mármol levantadas sobre las de ligeros arcos arábigos del patio principal del Alcázar. Estas galerías, por su pesadez y poco graciosas líneas, así como por gravitar demasiado sobre los calados muros de la planta baja, han perjudicado al edificio hasta el punto de hacer indispensable el reforzarlos con barras de hierro para evitar su ruina, y son de lo menos airoso que nos ha legado el renacimiento, tan esbelto y elegante en el hospital de Santa Cruz de Toledo (hoy colegio de Infantería) en el monasterio de Lupiana, y en el palacio arzobispal de Alcalá de Henáres.

([41], *Ibid.*) Seria proceder en infinito enumerar los prodigios arquitectónicos destruidos en España, sin fruto alguno para la nacion, desde que en 1835 se extinguieron las comunidades religiosas. Basta para comprender los desastrosos efectos del vandálico furor que en los albores de esta época constitucional se ensañó con los monumentos artísticos erigidos por la piedad y patriotismo de nuestros mayores ó por su amor á la propagacion de las luces, lo que ha sido de edificios como el monasterio de Po-

blet y la universidad Complutense. ¡Y todavía querrán ser tenidos por liberales y civilizados los que en nombre de la libertad han arruinado ó malvendido semejantes maravillas!..... Asombra tanta barbarie.

([42], *pág.* 248.) Tengo entendido que el famoso patio de la Alhambra llamado *de los leones* amenaza ruina. Por honor de nuestro país quisiera que se acudiese pronto á impedir lo que, de verse efectuado, nos llenaria de baldon á los ojos del mundo entero. La Alhambra es la única joya de su especie en Europa: si por incuria la dejamos arruinar, podrán decir todos con razon que el África empieza en los Pirineos. Abrigo aún la esperanza de que no ha de ser así. ¿Y cómo no la he de abrigar conociendo el amor que profesan á las artes nuestros monarcas?

([43], *pág.* 249.) Sabido es que enfrente del Alcázar de Sevilla se levantan el Consulado y la Catedral, obra aquel de las mejores de Herrera, y una esta de las primeras del mundo. Allí se veneran y custodian con particular devocion los restos mortales del santo rey D. Fernando. Quien fije un poco la atencion en los tres citados monumentos, que están como tocándose con la mano, podrá ver en ellos providencialmente simbolizados los tres grandes elementos constitutivos de la nacionalidad española: Dios, el Rey, y el pueblo.

([44], *pág.* 256.) Con solo recordar que en 1844 apenas tenia España sombra de marina Real, yaciendo abandonados ó por tierra nuestros arsenales, y ver lo que de entonces acá se ha hecho en ellos, la escuela náutica y factoría de máquinas que se han creado, y el número de buques de guerra que consigna el último *Estado general de la Armada*, se podrá venir en conocimiento de lo mucho que hemos adelantado en marina de pocos años á esta parte, á pesar de las extrañas vicisitudes por que ha pasado nuestro gobierno. Al celo é inteligencia del marqués de Molins se debe la mayor parte de estas mejoras y de estos buques, uno de los cuales (la corbetá *Ferrolana*) hizo ha pocos años por órden suya el viaje de circunvolucion del globo, no efectuado por nave española hacia mucho tiempo. ¡Dichoso quien puede añadir á

sus timbres heredados el patriótico de restaurador de nuestra marina de guerra!

([45], *pág.* 256.) D. Mariano del Amparo Roca de Togores y Aguirre Solarte. A los siete años de edad, época de su muerte, háblaba con perfeccion tres idiomas (español, francés é inglés), y daba en todo muestras de una precocidad intelectual verdaderamente admirable.

FIN DE LAS NOTAS.

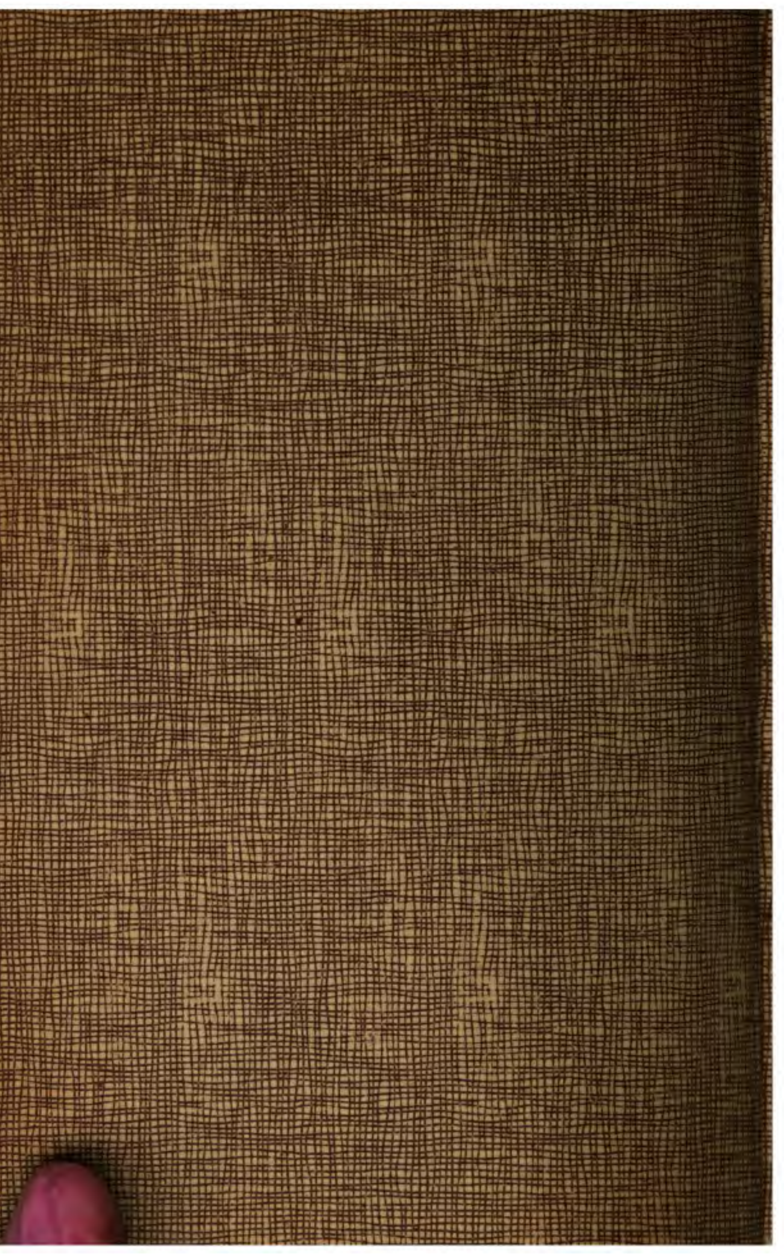
ÍNDICE.

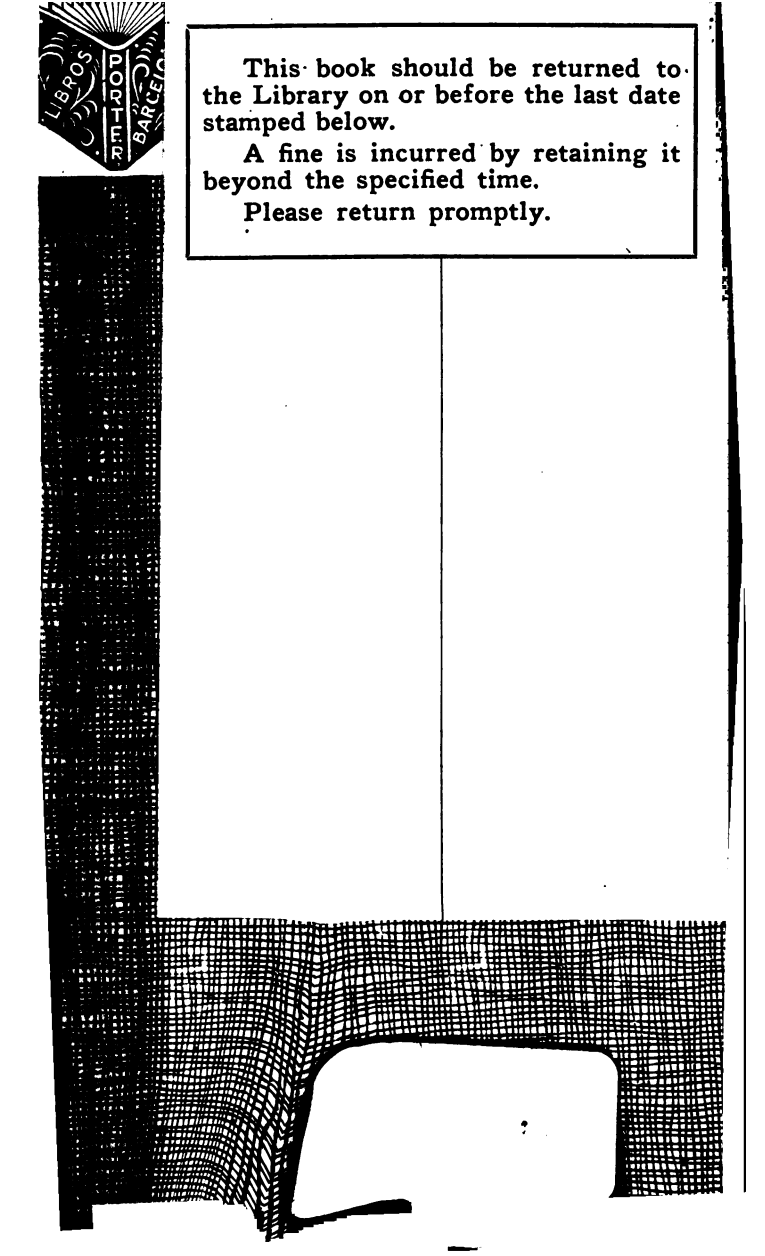
Pág.

Pág.

ERRATA.

En la pág. 189, lín. 17, dice: «De vuestra *injusta* indignacion;»
Léase: «De vuestra *justa* indignacion;»




LIBROS
PORTER
BARCELO